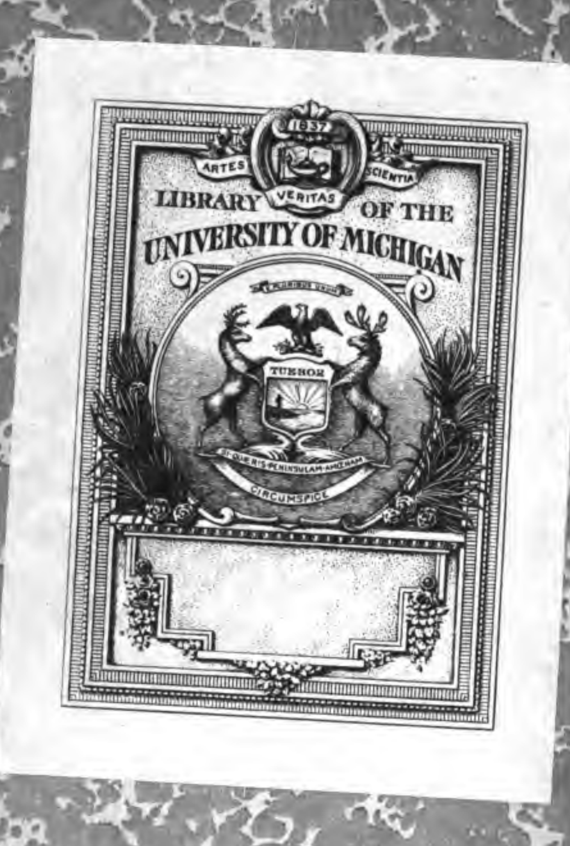



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



"EL RASTRERO"

OBRAS DE JOSÉ MAS

CUENTOS

Alma y materia (agotada).
Narraciones misteriosas (tercera edición).

LAS NOVELAS ALUCINANTES

El baile de los espectros (cuarta edición).
Los sueños de un morfinómano (tercera edición).

LAS NOVELAS DE LA MUJER

Soledad (tercera edición).
Sacrificio (premiada).
Esperanza (premiada).

LAS NOVELAS SEVILLANAS

La Bruja (tercera edición).
La estrella de la Giralda (tercera edición).
La Orgía (sexta edición).
Por las aguas del río (décimo millar).

VIAJES

En el país de los bubis (octavo millar).

LAS NOVELAS DE CASTILLA

«El Rastrero».

EN PRENSA

LAS NOVELAS SEVILLANAS

Hampa y miseria (quinta de la serie).

EN PREPARACIÓN

LAS NOVELAS SEVILLANAS

La locura de un erudito (sexta de la serie).

EN ESTUDIO

LAS NOVELAS DE GALICIA

La costa de la muerte.



ESCRITORES
CONTEMPORANEOS
NOVELISTAS ESPAÑOLES
JOSÉ MÁS
"EL RASTRERO"
LIBRERIA Y EDITORIAL
RIVADENEYRA
MADRID

A D. Emilio Montero Sánchez.

Ya está EL RASTRERO lanzado a ese público selecto que distrae sus ocios con la lectura. El nombre de usted tenía que ir al frente de mi novela castellana. Sin los datos que con tanta bondad me facilitó, no se hubiera escrito. Ha sido curiosa la gestación de esta obra. ¿Recuerda usted? Nos conocimos hace dos años en Villamartín, el claro y alegre pueblo de mi inolvidable Andalucía. En nuestras charlas evocó usted tipos y costumbres de unas aldeas cercanas a Béjar. Quedé admirado de todo aquello. Y entonces usted me dijo: "¿Por qué no escribe la novela de esos pueblos de la serranía de Castilla?; nada hay hecho; son costumbres que hasta ahora no han sido llevadas a las páginas de una verdadera novela." "Tienen ustedes los castellanos—repuse yo—un libro admirable: Tierra de Campos, de Macías Picavea." "Sí; pero esa novela es de la llanura. Falta la obra pintoresca de la serranía. Y esa la tiene usted que hacer. Yo marcharé pronto a Salamanca, mi tierra. ¿Quiere usted pasar conmigo una temporada? Allí, sobre el terreno, podrá documentarse. ¿Acepta?" "Con mil amores."

Meses después le cumplí lo ofrecido, y la novela empecé a observarla y a vivirla. Sin embargo, ahora

que está terminada, debo decir para la tranquilidad de mi conciencia, que nadie puede darse por aludido. Los personajes surgieron de mi fantasía, como todos los de mis otros libros, aunque como punto de partida y para que sean humanos me inspirara a veces en la realidad.

No tengo la osadía de creer que he hecho la novela de la sierra de Castilla. ¡Pueden hacerse tantas! Convencido de esa verdad, yo inicio con esta obra una serie de novelas castellanas, y entre ellas tengo en estudio una de Candelario, que será completamente distinta en tipos, costumbres y paisaje. Los novelistas españoles estamos obligados, siquiera por patriotismo, a reflejar en nuestras obras todo lo típico y todo lo fundamental de nuestra raza. De la España recóndita queda mucho por descubrir. Prediquemos con el ejemplo.

Y ahora, permítame que me retire. Comienza la novela, y fiel a la técnica realista, he de ocultarme.

Muy suyo,

JOSÉ MÁS.

Sigüenza, agosto de 1922.

I

—¡¡Los carros!!

—¡¡Los carros!!

Hombres, mujeres y chicuelos, al oír estas exclamaciones, salieron corriendo hacia la calle principal de la aldea y se agolparon en una de las esquinas. La plaza quedó casi solitaria. No se veía más que un grupo de viejos en torno de una mesa negruzca y larga.

Bamboleándose, como cestos muy colmados de ofrendas, avanzaban las carretas bajo la luz triste de un crepúsculo otoñal. Las encinas recién cortadas aparecían hendidas por el recio filo de las hachas y casi cubriendo los carros extendíase el verdoso ramaje de aquellos troncos mutilados. Más arriba, agitando los brazos y locos de contento, dominando al pueblo desde aquella barricada prodigiosa y movible, veíanse mozos y mozas, confundidos, mezclados, como una prolongación viviente de la carga de leña.

A medida que acercábanse a la plaza, aquel oleaje humano se encrespaba y oíanse gritos agudos de gargantas femeninas y sonidos de guitarras, almireces, panderetas y castañuelas.

Bajo su carga bulliciosa seguían en su avance las carretas, arrastradas por bueyes de color castaño, len-

tos, perezosos y adornados con cintas de colores y collarones de esquilitas relucientes que tintineaban al moverse.

Iba huyendo la tarde. La luz del crepúsculo se tornaba gris, y el pueblo sumíase en las tinieblas.

Un mozo fornido, de ancho pecho y de brazos hercúleos, se irguió en lo alto de una de las carretas e impuso silencio con su voz estentórea. Después dió al aire la siguiente canción:

¡Ay!, leñera,
leñera, un cuartillo
¡ay!, leñera,
leñera, de vino.

El cantador fué jaleado por la carga humana que abarrotaba los carros y por el gentío que agolpábase en la esquina. Hombres, mujeres y niños, tuvieron que replegarse, pues uno de los boyeros, con su larga y nudosa vara, advertía, tocando cariñosamente en las espaldas de los curiosos, que necesitaba más sitio para pasar.

Los gritos, las risas, el cante y la muchedumbre enloquecida que pululaba por allí, no conseguían barrer la nube de tristeza y de angustia que cerníase sobre el pueblo. En este instante, en la penumbra del crepúsculo, era más sórdido, más trágico. La sierra parecía empujarlo, oprimirlo, como si quisiera quitarle aquel pedazo de tierra, hurtado a las encinas seculares. Las calles van a morir al monte que vigila el poblado y lo ciñe impidiéndole extenderse.

Las casas de Tejuelo son negras, de tierra pizarrosa. No hay un tejado bermejo, ni una pared blanca, ni un zócalo de colores vivos. Todo es sombrío.

Se ha encendido una luz en la plazoleta, y con este resplandor de cirio, se ilumina la Casa-Ayuntamiento, cuyos muros espejean negruzcamente.

Se detiene el primer carro. Por la callejuela en sombra, avanzan tres más, colmados también de encinas y de carne humana. El griterío sube y se extiende como un nubarrón de tempestad y de tragedia.

La mesa colocada cerca del Ayuntamiento está llena de manzanas, nueces y jarras de vino. La *tía* Petra, gordezuela y sonrosada, oficia como repartidora de los manjares, y lanza miradas de reconvención cuando alguno de los convidados abusa de su liberalidad. Sentado en una silla de enea está el *señó* Felipe, alcalde del pueblo, que en este momento dice, dirigiéndose a una muchacha alta, de pelo rubio y ojos azules:

—Me parece que ha llegado la hora de retirarnos. Mañana será otro día. Tú, Desiderio, ocúpate de que esa leña de los carros quede recogida en el solar de la vuestra casa. Con ella tendréis lumbre hasta el año que viene. No os moriréis de frío. Mañana, día de la boda, la Providencia os dará también comida para todo un año. Usted, *señá* Petra, creo que debe repartir la última convidada y anunciar al mocerío que esto ha terminado por hoy.

El *señó* Felipe pronunció este discurso autoritariamente, mientras echábase hacia atrás su sombrero

de fieltro negro, de anchas y lacias alas, y daba grandes golpes en los pedruscos con el regatón de su grueso cayado.

La *señá* Petra gritó entonces:

—Acabad de beber, que el padrino de la boda quiere descansar.

En unos segundos la mesa quedó limpia de nueces, de manzanas y de jarras de vino. Oíanse carcajadas, gritos y vivas a los novios, que seguían quietos y silenciosos, muy cerca del *señó* Felipe y de la *tía* Petra.

Poco a poco la plaza fué quedando desierta, no sin que antes las mozas besaran a la novia y los mozos abrazaran al novio, deseándoles toda clase de dichas.

Por los agujeros tenebrosos de las callejas, desaparecían, convertidos en jirones de sombras, las mujeres, los hombres y los niños. Al alejarse todo este gentío, el ruido de las castañuelas, de las guitarras, de las panderetas y de los almireces, se iba desvaneciendo en el aire de la noche oscura, y los gritos y las voces se apagaban también, restallando como latigazos sobre el pueblo negro y misterioso.

II

A la mañana siguiente, los mozos y las mozas bullían por las calles como en días de fiesta. A la puerta de la vivienda del *señó* Felipe agolpábase la chiquillería para ver salir a los novios. La casa del alcalde tenía un solo piso. Por una de las ventanas veíase ahora al padre de la novia, y de vez en cuando a Tomasa y a Desiderio. Los muros negros brillaban metálicamente al ser bañados por el sol. El cielo mostraba tal limpieza y diafanidad, que al destacarse de los tejados de pizarra era como el manto prodigioso de una Purísima. La tristeza del pueblo tenebroso triunfaba del color, de la luz y del griterío.

—Vamos, que se hace tarde y el cura estará esperando.

Era la voz ruda del *señó* Felipe. Momentos después, los prometidos salían a la calle. No esperaban otra cosa el dulzainero y el tamborilero, porque acercándose a los novios dieron al viento los sones tristes y melancólicos de la dulzaina, en contraste armónico con el jocundo redoble del tambor.

Tomasa y Desiderio, seguidos de la gente joven, se pusieron en marcha hacia la vivienda del cura.

Llevaba el novio, a guisa de estandarte, el clásico varal lleno de rizos y adornado con cintas de colores y campanillas, como una palma en domingo de Ramos. En la punta se veía temblar húmedo, rojo y fresco, un pedazo de carnc de la res sacrificada el día anterior para los convidados a la boda, y una rosca dorada y tierna.

—¡¡La ofrenda para el señor cura!!

—¡¡Vivan, vivan los prometidos!!

Ondulaba el gentío y removíase por las calles negruzcas. El sol ponía ramalazos de luz sobre las faldas de las mozas. Los novios seguían caminando en silencio, como si aquellas exclamaciones no fueran dirigidas a ellos.

Vestía la novia un rico justillo de moaré negro. Las bocamangas eran de un encaje blanquísimo y de dibujo fino y complicado. Sobre el justillo resaltaba el pañuelo o *ropón de cien colores,* cruzadas las puntas por delante y atadas por detrás. Parecía algo exótico, chinesco o japonés. La falda era de *manteo cerrado* y de color pardo. El vistoso delantal o *mandil* semejaba un pañuelo de moaré negro, con sartas de abalorios y largos flecos de seda torzal. De su cintura pendía una linda *faltriquera* de terciopelo granate oscuro, con agremanes. La falda dejaba adivinar unas piernas rollizas de aldeana, cubiertas con unas medias negras, y los pies, ni grandes ni pequeños, calzábanse con unos zapatos de *oreja.* Muy ceñida al cuello llevaba la *gargantilla,* de finísimas cuentas y de afiligranados eslabones. En

el centro veíase brillar *la venera*, la maravillosa cruz de calados prodigiosos, que parecía bordada en hilos de oro. Esta gargantilla anudábase por detrás con una cinta roja, cuyas puntas caían graciosamente sobre el ropón. Los zarcillos, también de oro, muy grandes y en forma de racimos, hacían juego con el collarín afiligranado. Los ojos de la moza, a la luz de la mañana, tenían el color del cielo castellano en otoño. Eran de un azul pálido, casi desvaído. Su pelo rubio recogíase en un peinado bajo, con raya en medio y rodete aplastado. La mantilla, de terciopelo negro con forro de raso blanco y engarces de abalorios, caía sobre el rostro bello y grave con la gracia modesta de una toca. En las manos de virgen aldeana, sostenía un rosario y un libro de misa, casi envueltos en un pañolito de encaje.

Desiderio, al lado de su prometida, levantaba en alto el varal, erizado de moñas y de cintas. Tocábase el mozo con un sombrero flexible de fieltro negro, con grandes alas y de copa redonda. Su rostro de hombre curtido por el sol y por las lluvias, tenía una expresión de alegría socarrona. Vestía chaqueta negra de astracán, muy corta; camisa de bordada pechera, chaleco muy abierto, también de astracán y ribeteado de cinta negra; cuello bajo, sirviéndole de corbata un pañuelo de colores chillones. El pantalón era una prenda regia, hecha con rico paño de Torrejoncillo, de color café, con listas oscuras. Una faja *entrefina*, ancha y negra, ceñíale la cintura, y por encima del chaleco y de la faja asomábase un pañuelo de seda azul, con dibujos claros.

Pronto llegó la comitiva a la casa del cura. Los músicos se detuvieron ante los umbrales del anciano párroco. El padre salió en seguida sonriente y alborozado, para recibir a los novios. Los prometidos besáronle la mano con respeto, y después, con el grave ademán de un rito sagrado, el novio ofreció al sacerdote el simbólico varal, engalanado de moñas con el pedazo de carne y la dorada rosquilla, que aparecían clavados en la punta como un trofeo de victoria. El sacerdote, candorosamente, les dió las gracias por la incomparable ofrenda. Uno de los mozos gritó:

—¡Padre, se lleva usted lo mejor de la ternera! Mande guisar esa carne con mucho hervor, que así, tan fresca, le puede hacer daño. Y no se olvide de que aún le tienen que mandar, como es costumbre, la lengua de la res.

—Eso es precisamente lo que a ti te sobra—repuso Desiderio con ironía.

Sonrió el cura ante las frases del aldeano, y una vez que dejó en el interior de su vivienda el historiado varal, se reunió a los novios y todos juntos se dirigieron a la iglesia.

El templo de Dios reposaba silencioso y sombrío en una apartada plazoletilla. Sus muros de pizarra amenazaban ruina dede hacía algunos años. El campanario de espadaña parecía sostenerse por un milagro del cielo. Su única campana tenía el color verdoso del bronce viejo oxidado por las lluvias y por el sol. En torno de esta iglesia a medio derrumbar, veíanse trazar círculos y zigzagueos a los vencejos y

a las golondrinas. El tejado negruzco era, en la soledad de aquel sombrío rincón, como la concha de un enorme galápago. Una puerta desvencijada, con las visagras medio rotas, tambaleándose como la hoja de una navaja que tuviese el clavillo flojo, daba acceso al interior. Dentro del templo se respiraba un baho de humedad, olor de cosa vieja y casi momificada. El techo estaba surcado de vigas y de tablas lisas, sin pintura. En los altares, el dorado había desaparecido, y los santos, las hornacinas, los frisos y las columnas, tenían una pátina gris, de vejez y de abandono. Uno de aquellos altares, que fué en su época de traza barroca, era hoy algo imposible de clasificar. Los adornos de las columnas y de los arcos habían saltado, quedando sólo a la vista, una superficie plana sin el menor vestigio de relieve. En la hornacina gris, había un Cristo de escayola horriblemente pintado, con larga y empolvada melena, que le caía por los hombros, manchados de bermellón. Fingía la sangre que fluía de sus llagas cárdenas, unas pinceladas de azul prusia. A este Cristo contemplábanlo con verdadera veneración los viejos del pueblo. Muchos de ellos permanecían absortos ante esta imagen, risible y grotesca, que chorreaba pintura roja por todo su cuerpo. De la cintura a los muslos, amoratados por desollones quiméricos, pendían unas enagüillas blancas, que el polvo, incrustado en su tejido, convertía en un color de papel de estraza.

En el altar mayor estaba la mística efigie de Santo Domingo de Guzmán. En otro retablo, tan viejo

y tan descascarillado como los otros, se erguía la dolorosa figura de Santa Agueda, colocada sobre un pedestal adornado de cabezas de angelillos con las narices rotas y la cara con manchas de humedad. En lo hondo del templo, al final, veíase una baranda de madera y un inmenso atril, donde había un enorme libro abierto, carcomidas sus pastas, adornado con cintas descoloridas y sucias, que parecían brotar como guiñapos de las páginas amarillentas. El suelo de la iglesia era de tierra endurecida y apelmazada como el cemento, por el continuo roce. La luz se recibía por cuatro ventanucos que miraban al cielo, cerca del techo, sobre los grises muros. Una cortinilla roja, a ramalazos amortiguados sus colores por el sol, cubierta de polvo y llena de desgarrones, flotaba en el hueco de los ventanucos, cerniendo tristemente el resplandor áureo de la mañana de otoño.

De vez en cuando, se abría la única puerta para dejar paso a alguna mujeruca, y la luz de la calle, al introducirse cautelosamente por aquel vano, se sorbía la penumbra del interior. Pero era sólo un instante. Después vuelve a sumirse el templo en las tinieblas.

Mientras el párroco dirigíase a la sacristía para preparar todo lo concerniente al acto sagrado, los novios quedaron aguardando bajo la nave del templo tenebroso. Ahora se habían reunido con ellos la *tía* Petra y el *señó* Felipe, Agueda, la otra hija del alcalde, y las *mozas de novia*, amigas íntimas de Tomasa, que, como era costumbre, fueron las encargadas de vestirla para aquel acto transcendental de su

vida. También se acercaron al grupo, los *mozos de novio*, amigos de la infancia de Desiderio y que mirábanlo en estos momentos con envidia.

Cerca del altar donde reposaba el Cristo de las empolvadas enagüillas, hallábanse los viejos y las viejas que habían acudido a la ceremonia de la boda. Ellas, vestidas de negro, con el rostro surcado de arrugas, donde aleteaba la llama agónica de las pupilas, envolvíanse en el pesado ropón, y ellos, con el sombrero de redonda copa, colgando de las manos sarmentosas, se miraban unos a otros como aburridos. Vestían calzón corto ajustado a las rodillas, con *alzapón*. Unos, cubríanse las piernas con medias grises, otros, con polainas de tela, adornadas con botoncitos de plata. La pesada capa de paño pardo caía sobre los hombros de estos viejos, hasta rozar el suelo, y parecía que se iban haciendo más pequeños, como si se hundiesen por el peso de aquella envoltura, que con su color terroso, simbolizaba el desolado paisaje de la llanura castellana.

* * *

Salió la comitiva de la iglesia. Los rayos del sol aplastábanse sobre aquella inmensa mancha gris, movediza y palpitante como las nubes de arena en un desierto africano. Los ropones y las pardas capas ahogaban las pinceladas de luz que ponían en el ambiente dorado los pañuelos de colores de las mozas y de los mozos. Lo viejo y lo árido triunfaba

de lo alegre y de lo juvenil. Los novios casi no se distinguían, envueltos en aquella ola de capas grises y de sombreros oscuros. En el minúsculo campanario de espadaña, el bronce empezó a voltear. Era un sonido bronco, agrio, como si la campana protestara de aquel pueblo negro y de aquella boda de conveniencia.

Cuando llegaron al Ayuntamiento, ya estaba preparada la mesa del convite en una de las habitaciones del piso bajo. Sobre el blanco mantel, resaltaban los platos rojos de barro vidriado. Había una gran profusión de cantarillas con vino, y al lado de cada plato, un pedazo de pan moreno y de gruesa corteza. En el centro, humeaba una gigantesca cazuela, repleta hasta los bordes de carne asada. Los más ancianos, fueron tomando asiento, sin quitarse el sombrero, ni despojarse de la capa. Las mujeres se sentaron también, luciendo su negro ropón, mientras el *tío* Felipe, colocaba a los novios en sitio preferente y la *señá* Petra, servía a los invitados con gran desenvoltura y en raciones iguales, como si todos disfrutaran del mismo apetito. Las *mozas de novia*, colocadas cerca de Tomasa, mirábanla con envidia, mientras ella, tenía el rostro arrebolado por tantas emociones. Desiderio reía, y con los ojos brillantes por la bebida, rechazaba un nuevo jarro de vinillo serrano, que alargábale Eufrasio, su hermano menor, fuerte como una encina y sonrosado y redondo como una manzana. La mesa no era lo suficientemente grande para tantos invitados. Algunos salíanse a la puerta con una escudilla rebosando carne, y allí

era devorada al poco tiempo por tres o cuatro mozos, que abalanzábanse sobre el sabroso asado, como perros de presa. El vino iba poco a poco exaltando a estos aldeanos impulsivos, de rancias costumbres y de cerebro limitado. A cada instante sonaban las voces más roncas y las risas más jocundas, y eran los ademanes más violentos. La sangre de Cristo formaba arroyos en la blancura del mantel, y corría hasta ocultarse debajo de la mesa. El sudor de los viejos, el humo del guisado y el olor agrio y penetrante del vino, hacían la atmósfera irrespirable. Olía allí, además, a carne humana; pero a una carne sucia y enferma.

Los novios fueron los primeros en levantarse.

—¡A la plaza, a la plaza, que empieza el baile! —exclamó Eufrasio con voz estentórea detrás de los recién casados.

Poco a poco fueron saliendo todas las personas invitadas, y sólo quedó allí una vieja de rostro anguloso y de apagadas pupilas, que envuelta en su negro ropón seguía chupando con placer de vampiro un trozo del asado, empapado en sangre, casi crudo.

III

Duró el baile en la plaza hasta las cuatro, hora en que los mozos y las mozas se fueron acercando a la mesa, en forma de herradura, donde había de celebrarse el *ofrecijo*. La mesa estaba colocada al aire libre y enfrente del Ayuntamiento.

Uno de los invitados gritó:

—¡Vengan los novios al *tálamo*, que ya es la hora!

Dábase el nombre de *tálamo* a un banco de madera con espaldar, donde tomaban asiento lòs novios, padres y padrinos, durante la ceremonia del *ofrecijo*. Este banco hallábase dispuesto detrás de la mesa, cuyo tablero aparecía lleno de panes pequeños y *azafranados*. Estos panes, de color rojizo, repartíanse como dulces entre la gente menuda. Había también montones de frutas y algunas bandejas de metal blanco. Entre las patas de la mesa, descubríase la redonda panza de una gran corambre, henchida de vino tinto. Era el rico jugo del viñedo serrano, grato al paladar y que por su fuerza, tenía la virtud de resucitar a un muerto. Delante de la mesa, extendidos como alfombras, veíanse varias mantas de colores y unos sacos vacíos.

Tomasa, Desiderio, la *tía* Petra, el *señó* Felipe y los padrinos de la boda tomaron posesión de sus

asientos respectivos. Empezaba la ceremonia. El baile cesó por completo. Lentamente, con la majestuosa sencillez de un patriarca del cristianismo, se irguió el padrino. La capa parda puso un temblor amarillento en torno de su cuerpo. Un botón dorado brillaba limpiamente en la negrura del *alzapón*. Tenía el cabello casi blanco, y su rostro recién afeitado, respiraba salud y bondad. Al levantarse, todos se pusieron de pie. Entonces el anciano, descubrióse religiosamente y sacó del bolsillo un puñado de monedas de oro, que volcó en una de las bandejas, al mismo tiempo que decía:

—Disfrutarlo con mucha salud y que Dios os bendiga.

De las callejas próximas vinieron hacia la plaza, empujadas por el viento, las notas alegres del tamboril y de la dulzaina. Eran los *mozos de novio,* que se habían ido momentos antes con los músicos para traer sus regalos. Acercábanse ya. Por una de las esquinas aparecieron en grupos nutridísimos. Venían cargados de ofrendas, como los Reyes Magos en la noche más gloriosa de la Cristiandad. Sobre los hombros traían las *medias fanegas* adornadas de cintas y de borlas de colores. Venían rebosando de trigo, de garbanzos, de habichuelas, de habas... En las mantas y en los sacos, fué cayendo con grato rumor, todo aquel fruto de los valles de la serranía.

Los mozos, al verter su medida colmada, exclamaban con gravedad:

—¡Novios y padrinos, ahí va la mi probeza y que haiga salud!

Y los novios y los padrinos ritualmente repetían:

—Muchas gracias, y usted que lo vea.

Entonces ofrecíanles las cantarillas de vino, y los mozos brindaban por la felicidad de los recién casados. Pronto quedaron llenos los sacos, y en las mantas el trigo, que formaba pequeñas pirámides, con reflejos de oro.

Terminado el *ofrecijo*, reanudóse el baile. Tomasa estaba rendida, pero sacando fuerzas de flaqueza salió al centro de la plaza como era costumbre. Ahora, tenía que estar a la disposición de todos los mozos que quisieran *bailar la perra*, y Desiderio tendría también que bailar con todas las mozas.

Eufrasio, ya casi embriagado, fué el primero que hizo recordar la añeja costumbre, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Vamos a *bailarle la perra* a la novia!

Tomasa reía, pasando rápidamente de los brazos de un mozo a los de otro. No daban más que tres o cuatro vueltas y, al terminar, el galancete había de entregarle una moneda de diez céntimos. Tomasa tenía ya casi repleta la faltriquera y aun seguían presentándose nuevos mozos que, medio borrachos, se apretaban contra ella y casi rozábanle el rostro con sus labios de sátiros. El novio, en otro lado de la plaza danzaba también con todas las mozas, que prorrumpían en gritos, cuando la mano dura y salvaje de Desiderio, se posaba algo más de lo conveniente, sobre la cintura o la cadera de la mujer. Al terminar, reían a carcajadas y entregábanle la impres-

cindible moneda de cobre, precio estipulado por los bailarines de uno y otro sexo.

Estas danzas causaban una gran hilaridad entre los viejos, que desde los bancos seguían con la vista el raudo girar de las dos parejas. Tomasa, cansadísima ya, casi no se movía, y era como un maniquí llevado en volandas; Desiderio, en cambio, parecía adquirir más bríos, y las mozas le temían al sentirse arrebatadas por aquellos brazos fuertes y musculosos.

Las cantarillas de vino pasaban de mano en mano y de boca en boca. Hubo un conato de riña entre dos mozos. Las mujeres iban perdiendo el pudor y los hombres la vergüenza.

El *señó* Felipe, que no se le escapaba ni un solo detalle de la fiesta, comprendió que había llegado el momento de suspender el baile anunciando la cena.

Con dificultad consiguió dejarse oír. Poco después, chillando y vociferando como energúmenos, los mozos y las mozas, se dirigieron a la vivienda de los novios, para gustar de la cena prometida.

IV

Después de la cena, siguió el baile en la plaza, pero Eufrasio y otros amigos suyos escabulléronse y cautelosamente entraron en la casa de los novios. Momentos después regresaban al punto de partida sin que nadie hubiese notado su corta ausencia.

* * *

A las once de la noche, reventados de cansancio y sin alientos para sostenerse en pie, Desiderio y Tomasa despidiéronse de sus camaradas, que con irónicas sonrisas y con palurda socarronería, les desearon una noche muy feliz.

Temblaba la moza ante el misterio que iba a descorrerse en la soledad de la alcoba, y apretábase contra Desiderio, con la candidez de una paloma que siente débiles sus alas y no puede remontar el vuelo. En aquel momento, la ruda aldeana desaparecía, y en su lugar, quedaba sólo, la hembra inquieta por los enigmas de la carne.

¿Quería ella a Desiderio? ¿Había reflexionado alguna vez sobre las inclinaciones de su espíritu? ¿Ex-

tendíase por su cuerpo el fuego abrasador del deseo? Tomasa sólo sentía una gran curiosidad y un leve temor a lo desconocido. Su padre, le ordenó este casamiento, y ella, como buena hija, obedecía sin una queja y sin la menor protesta. A Tomasa le daba lo mismo un hombre que otro. El amor no había llamado aún a la puerta de su corazón.

Llegaron a la alcoba. Todo en la casa era silencio, soledad, quietud. Unicamente, venían de la calle, rumores de risas y de coplas. Los mozos seguirían hasta el amanecer, emborrachándose en las tabernas del pueblo.

Tomasa se dejó caer, destrozada de cansancio, en un amplio sillón de enea que parecía presidir la alcoba. Era una habitación pequeña, forrada de papel azul y con una sola ventana que caía al corral. La cama, de madera basta y recia, tenía un mosquitero rosa que colgaba del techo como una lámpara. En un rincón, había una mesita cubierta con tapete granate, y encima una mariposa nadando en un vaso de cristal amarillo, que iluminaba tristemente un cromo de Santo Domingo de Guzmán.

Desiderio, sin pronunciar una sola palabra, como dueño absoluto de todo cuanto allí había, se acercó a Tomasa, y abrazándola brutalmente, la besó en los labios. Ella dejó hacer, cerrando los ojos, pronta al sacrificio, pero sin sentir el despertamiento de la carne.

—¿No me quieres?—preguntó el hijo de la *señá* Petra, con el semblante rojo por la proximidad de

la hembra y brillándole las pupilas metálicamente como a un animal en celo.

—¿Por qué no he de quererte?—repuso ella, preguntando también y sin explicarse aquel amor insólito y lleno de vehemencia que no adivinara hasta entonces en su prometido.

El no esperó más. Con febril impaciencia le fué desabrochando los botones del justillo. Ella vaciló un momento, y pudorosamente murmuró:

—Espera, Desiderio. Me da mucha vergüenza. Apaga la luz.

—Eres una tonta; pero te obedeceré. Es la primera noche. Hoy mandas tú. Mañana harás lo que yo quiera.

Dió un brutal soplido al quinqué que ardía en medio de la estancia, se acercó de nuevo a la hembra, e iluminados por la débil lucecilla de la mariposa, casi en penumbras, avanzaron estrechamente unidos: él, impulsado por un bárbaro deseo; ella, ansiosa de curiosidad...

Un grito, un doliente grito de angustia, quedó vibrando en el aire, y al mismo tiempo se esparcieron por la alcoba los sonidos discordes de cencerros, esquilones y campanillas.

—¿Qué pasa?—rugió el yerno del *señó* Felipe, mientras buscaba la caja de fósforos.

—Aquí, debajo del colchón, hay algo. Me he dado un golpe terrible en las espaldas.

—¿Y los esquilones?—preguntó Desiderio, rabioso—, ¿quién los ha tocado?

—Deben de estar aquí. Debajo de la cama.

Ahora, a la luz de una vela, hacían una figura ridícula. Toda la poesía y todo el misterio de aquel acto, desvanecíanse ante la grotesca realidad. Tomasa, medio desnuda, se quejaba aún del golpe recibido, retorciéndose por el dolor. En el suelo, mirando debajo de la cama, como un gato husmeador, hallábase Desiderio, en la ridícula tarea de desatar los cencerros y las campanillas, que los mozos bromistas, habían atado en el colchón de muelle.

Tomasa, destruído ya su pudor de hembra por aquella broma tan grosera, saltó también del lecho, y hundiendo los brazos debajo de las sábanas, extrajo varias piedras, entre ellas la que se le había clavado momentos antes en el cuerpo, haciéndole lanzar aquel grito de dolor.

No terminó en esto la odisea de la noche de boda. A la mañana siguiente Tomasa se despertó sobresaltada. Era algo que se rompía con estrépito. Desiderio estaba de pie en el centro de la habitación. En torno suyo, el suelo aparecía mojado y veíanse trozos de un cacharro de loza. Pintábase en el rostro del hijo de la *señá* Petra, el asombro y la sorpresa. Después empezó a reír, con risa maliciosa de aldeano.

—¿Qué pasa hombre, qué pasa?

—Nada. No te preocupes. Son esos hijos de mala madre, que se han despedido echándonos magnesia en el orinal.

V

—Agueda, ¿no ha venido Tomasa?

—No, padre. Como es día de *tornaboda* se le habrán pegado las sábanas.

—Pues si no viene pronto, tendrás tú que avisarle.

—¿Voy ahora mismo?

—No; espera un poco.

Agueda siguió cosiendo. Era un tipo completamente opuesto al de su hermana. Tenía los ojos muy negros y muy tristes, y el pelo de color castaño, le caía en dos trenzas sobre sus hombros. Como una mujercita laboriosa, repasaba la ropa blanca, sentada en el poyete de una de las ventanas. La luz entraba cerniéndose por unos visillos de encaje. Era el escritorio del *tío* Felipe. Un despacho de modesta traza, con cuatro sillas, una mesa de pino, un estante y un reloj antiquísimo de pesas, parado en las nueve, desde Dios sabe cuándo.

Agueda era una linda moza, sin malicia, sin mundo y sin pretensiones. En la mirada de sus ojos, reflejábase su alma, un alma ingenua, de aldeana sencilla y creyente. El día anterior, mientras celebrábanse las fiestas de la boda, se había escabullido, atemorizada por los gritos de los mozos y por sus

violentos ademanes. Durante el baile en la plaza, se ocultó también, angustiada de súbito por una gran tristeza que le hizo llorar y acordarse de su pobre madre, aquella desgraciada madre, que se la llevó el Señor al cielo, cinco años antes, en una horrorosa epidemia de gripe, que causó la desolación en el pueblo.

Ahora, con el casamiento de la hermana mayor, quedaba ella como dueña de la casa, cuidando de su padre, el *tío* Felipe, que tenía un genio de todos los diablos, y que no admitía réplicas ni que le llevasen la contraria en sus asuntos privados.

—Parece que también se tarda Pedro.

—No han dado las ocho, padre—repuso tímidamente Agueda, sin levantar la vista.

—¡Y qué importa! Le dije que viniera más temprano. Hay que facturar la partida de jamones. No se puede demorar el envío.

—Aquí lo tiene usted ya, padre—dijo Agueda, señalando a la puerta del despacho, donde aparecía en aquel momento la humilde figura del escribiente.

—Perdóneme usted, señor Felipe. Me he retardado un poco, porque los mozos, que están esperando la salida de los novios, no me dejaron cruzar por allí, y he tenido que dar la vuelta al pueblo.

—¡Bueno, bueno! Siéntate y extiéndeme la hoja para la facturación de los jamones que nos han pedido de Valladolid. ¡Ah, ya sabes! Figuro yo como remitente y consignatario. Después endosaremos el resguardo al verdadero comprador. No quiero que

ningún comerciante de este pueblo conozca mi clientela. Hay que andar con cien ojos.

Sonrió con marrullería al pronunciar estas palabras, dió varias vueltas por el despacho y de nuevo, impacientándose por la tardanza de Tomasa y Desiderio, levantó un visillo de la ventana y miró hacia una de las callejas. Llegó en esto a sus oídos una gritería infernal, donde se confundían las voces de los hombres, de las mujeres y de los chiquillos. Al final de la calleja, venían los novios, envueltos materialmente en aquella nube humana. Los mozos, levantando los brazos al cielo, repetían enloquecidos:

—¡¡Vamos a ponerlo muy majo: con cintas de colores y campanitas de plata!!

—¡¡¡Hay que arar las calles del pueblo!!

—¡¡Traed el arado!!

—¡¡Uncidlos, uncidlos; que no se escapen!!

—¡¡Hoy es el día del *pardo;* mañana, el del *rucío!!*

—¡¡Que aren, que aren en las calles del pueblo!!

Crecía el tumulto en torno de los recién casados, que llenos de temor por aquellos gritos se disponían a obedecer.

Un mozo fornido apareció por una de las callejas trayendo en sus brazos un enorme arado, con el mástil engalanado de cintas y de cencerros. Su presencia fué acogida con voces roncas, risas y chillidos.

—¡¡Vengan, vengan los novios!!

Tomasa y Desiderio como fantoches fueron arrastrados por los mozos y uncidos sin tardanza al palo de aquel instrumento, grato a Ceres. Detrás, uno de

los aldeanos más revoltosos los guiaba y hacía chasquear en el aire su gigantesco látigo.

En aquel pueblo, negro y achaparrado, de casucas que parecían apoyarse unas sobre las otras para no perder el equilibrio, y bajo aquel cielo de luz cruda y agria, este hombre y esta mujer uncidos al arado, producían una impresión de tragedia grotesca y cruel al mismo tiempo. La muchedumbre, que fingía una mancha de caras terrosas y de trajes grises, daba grandes gritos jaleando a la yunta humana, que hacía esfuerzos terribles para avanzar arañando la tierra, con la aguda cuchilla de aquel instrumento de labor.

El *tío* Felipe desde la puerta de su casa contemplaba, inalterable y sereno, este espectáculo, del que había sido también protagonista treinta años antes, cuando se unió a su buena compañera, hoy ya difunta. Pero al ver a su propio hijo bajo el yugo del arado, como una bestia más de la sierra, sentía deseos de sublevarse contra aquella bárbara costumbre. Fué sólo un momento. El aldeano pegado al terruño y a la tradición como una tortuga a su concha resurgió en él. Y el espíritu de sus antepasados, sanguinario y salvaje, despertó con enérgica violencia. ¡No faltaba más! ¡Aquello era justo! ¡La costumbre venía de muy antiguo! ¡Si no la conservaban merecían contarse entre los perjuros y los malditos! Recordó un retrato que había en su casa: era de sus abuelos, sonriéndose candorosamente uncidos a un arado, lleno de cintas y de lazos.

Y ya muerto en flor el leve resquemorcillo contra

la burla aldeana, el *señó* Felipe avanzó hacia el gentío que rodeaba a los recién casados, y él mismo unió sus risas y sus gritos al holgorio del pueblo.

Por el rostro de Tomasa y de Desiderio resbalaba el sudor en gotas gruesas que caían al suelo. Era como si con aquel sudor tratasen de reblandecer la tierra para que la cuchilla del arado la hendiese con más facilidad. Desiderio se curvaba como un gladiador que se apresta a la defensiva, y al esfuerzo de sus músculos en tensión y de su pecho vigoroso crujía la cuchilla, rasgando la tierra, y al moverse el mástil del arado, agitábanse las cintas de colores y sonaban las campanillas y los cencerros. Tomasa tiraba también con bríos, ayudando al marido, uniendo su esfuerzo de hembra crecida en aquel pueblo de la sierra brava, al esfuerzo del macho, que era ya para siempre el amo de su cuerpo y de su hacienda. En aquella postura de bestias sonreían los desposados, animándose mutuamente, poniendo así de manifiesto su vigor y la resistencia de sus riñones.

¿Era aquello como un símbolo bárbaro y primitivo del calvario del matrimonio, una visión prematura del camino áspero que habrían de recorrer hasta alcanzar la felicidad? Nadie podía explicarlo. Nadie sabía su origen. Era una costumbre antigua, a la que rendíase sumisión.

Agueda salió también a la puerta de la casa; pero retrocedió en seguida, reflejándose en sus ojos negros la emoción de angustia que le causaba aquella escena tan brutal, tan monstruosa para su corazón

de niña ingenua. Y pensó con terror que ella tendría que ir así en día no lejano, cuando su padre le buscase un hombre como a su hermana.

—No veas eso, Agueda; es demasiado fuerte para ti.

Era la voz de Pedro, franca, sincera, llena de dulzura.

Había dejado de escribir. La pluma temblaba algo entre sus dedos, mientras pasábase una mano por la frente y hundía la mirada de sus ojos zarcos en las negras y tristes pupilas de la asustada moza.

Hubo un silencio embarazoso, que rompió Agueda con estas frases, jugando con una medallita de oro que pendía de su cuello:

—Sí, tienes razón. Eso es demasiado fuerte, mejor dicho, demasiado bárbaro. No sé cómo mi padre puede consentir esa salvajada.

—Si se opusiera sería peor. Puede mucho la fuerza de la costumbre. Lo hicieron tus abuelos; después, tus padres; ahora, tus hermanos, y mañana, quizás te toque a ti...

En los ojos de Agueda encendióse una chispa de protesta.

—No. Antes renunciaría a la boda.

—¿Y si tú padre te lo exigiese?

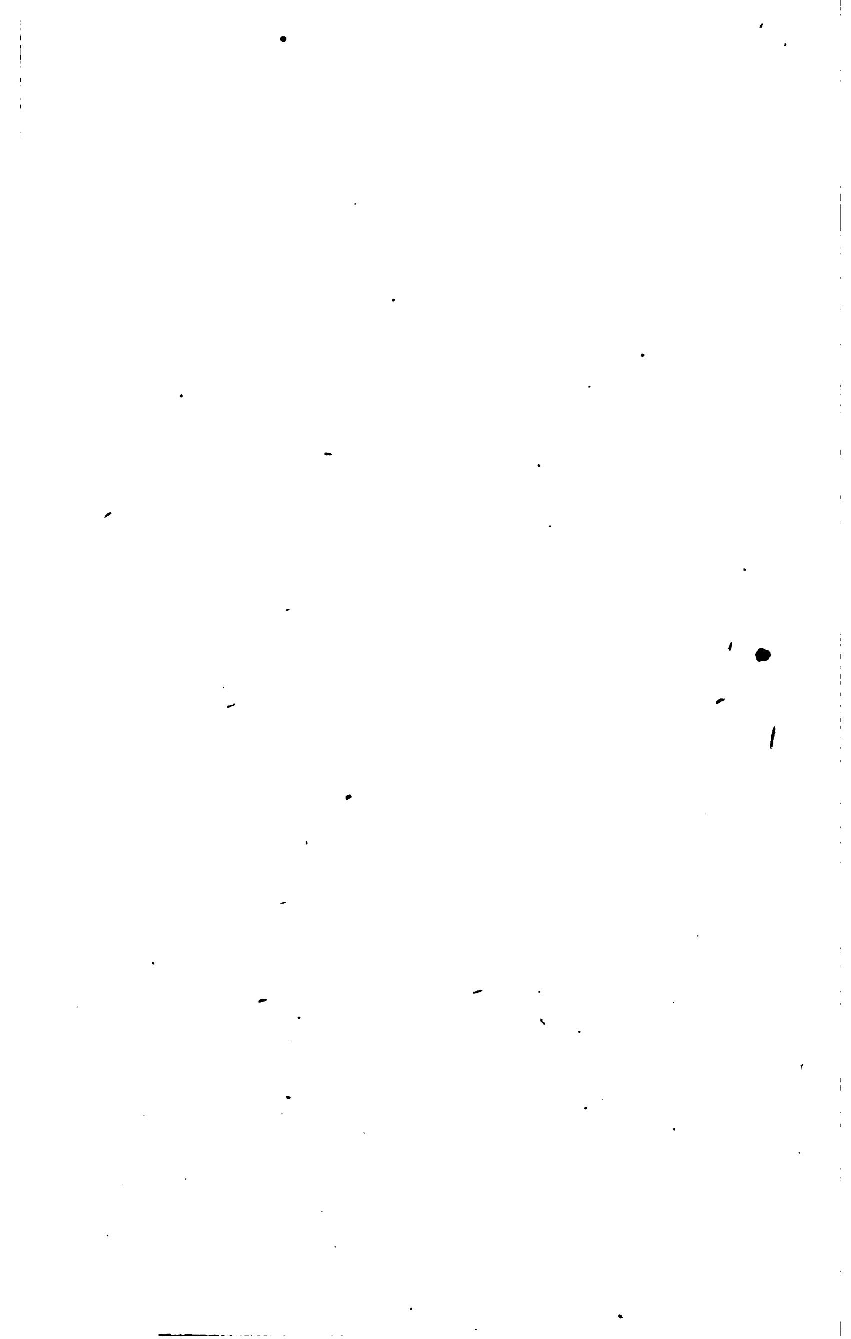
Calló Agueda, sin saber qué responder, húmedos los ojos de lágrimas, tembloroso el pecho como si en su interior lucharan los prejuicios atávicos con la rebeldía de su juventud.

De la plaza venían rumores de risas, de trallazos y de gritos. El *tío* Felipe desde el umbral de su

vivienda arengaba a los novios. ¡Tenían que portarse como hijos suyos! ¡Pues no faltaba más! ¡Correrían el pueblo de punta a punta! ¡Y hundiendo bien la reja! ¡Que no desapareciera en un mes la raya del surco! ¡Eso sería quedar a la altura de su nombre! ¡De una pareja así esperaría él, siempre lleno de gozo, la descendencia, los nietecillos! ¡Vaya si cumplían!

Ahora iban por una calle en cuesta. En torno de ellos, las mozas y los mozos reían jaleándolos.

Pendientes del grueso madero flotaban los cintajos de colores. La tierra, plomiza y grisácea, seguía abriéndose bajo la recia cuchilla del arado.



VI

El *señó* Felipe era un verdadero tejolense. Un tejolense en tierra salmantina es algo muy serio. El *señó* Felipe no le debía nada a nadie. Doce años llevaba en el mundo cuando murieron sus padres. En el tren, con un billete de tope, se trasladó a Salamanca, y allí estuvo, al servicio de un posadero, tres o cuatro años, transcurridos los cuales desapareció un día de la posada con quinientas pesetas de un muletero bejarano. El pobre hombre se había quedado dormido, y Felipín creyó que era lógico y hasta necesario desvalijar a un individuo que cometía la imprudencia de dormirse llevando dinero encima. El, en el caso del muletero, hubiese dado las gracias al ladrón. ¿No valía nada la enseñanza? Por quinientas pesetas, por esa miseria de dinero, se vería libre de un nuevo robo. Porque aquel cándido tratante en mulas, con la lección de Felipín, no volvería a dormirse.

Este insignificante hurto fué la base de su fortuna. Se dedicó a buhonero y anduvo mucho tiempo por los pueblecillos de la provincia de Zamora y de León. Vendía jabones perfumados, tiras bordadas, carretes de hilo, agujas, alfileres, peinetas, bisutería barata y unos cuadernos que llevaba ocul-

tos en el forro del chaleco, de cartas amorosas y recetas para el *mal de ojo.*

Poco a poco consiguió una abundante parroquia, y llegó a ser el buhonero preferido por las mozas de las aldeas. En cinco años, las quinientas pesetas se transformaron en quince mil, y entonces, en las épocas de la matanza, se internó por los pueblecitos de la zona de Béjar y se dedicó a comprar tocino y chacina, que vendía después en las tiendas de Salamanca.

Este nuevo negocio le fué más productivo. Y dos años después se estableció en Tejuelo definitivamente, e implantó allí la primer bodega de jamones. Todo iba bien. El primer año de establecido arrojó su balance una ganancia líquida de cuatro mil duros. El segundo año duplicó la ganancia. Le pedían jamones y embutidos de todos los puntos de la Península. Consiguió acreditarse por la baratura y por la bondad del artículo. Empezó entonces la competencia, y en el pueblo se establecieron otras bodegas. Pero el *señó* Felipe se reía socarronamente. Con su género y con su manera de trabajar no podía competir nadie. Los jamones y las hojas de tocino de *la* su bodega tenían otro gusto. El, transformaba un jamón serrano en un jamón inglés. Cogía una paletilla, limpiábala de grasa, la recortaba hábilmente, la tenía después en sal algún tiempo y la vendía sin el menor reparo como sabroso jamón avilesino o gallego. Era un maravilloso mixtificador. Con el salchichón, los chorizos y las morcillas hacía verdaderos milagros.

Ya rico, buscó una compañera de su vida, que aportase al matrimonio el mismo capital o algo más de lo que él poseía. Y esta mujer aumentó el caudal del *señó* Felipe, con quinientas onzas de oro, un extenso encinar cerca del pueblo, tres *casillos* y una huerta. La pobre mujer murió cuando Agueda era todavía una niña y Tomasa empezaba a pollear.

* * *

El *señó* Felipe se podía considerar como un hombre feliz. Ninguno de sus planes fracasaba. Quiso actuar de alcalde para salir beneficiado en el reparto de los Consumos, y lo consiguió. Trató de casar a su hija Tomasa con el mozo más rico del pueblo, y el día anterior se había cumplido su deseo. Le convenía que hubiese servicio de telégrafo en el pueblo para sus fines particulares, y el diputado por el distrito gestionó el asunto con tanta fortuna, que se implantó la mejora sin pérdida de tiempo. ¡Y pensar que todo este cúmulo de prosperidades se lo debía al muletero bejarano, al robo de las quinientas pesetas!

Decididamente, no estaban en lo cierto los moralistas al afirmar que el dinero adquirido por medios punibles no producía ningún bien. ¡Que le vinieran con esos cuentos de la China al *tío* Felipe! ¡Vamos, si era para morirse de risa!

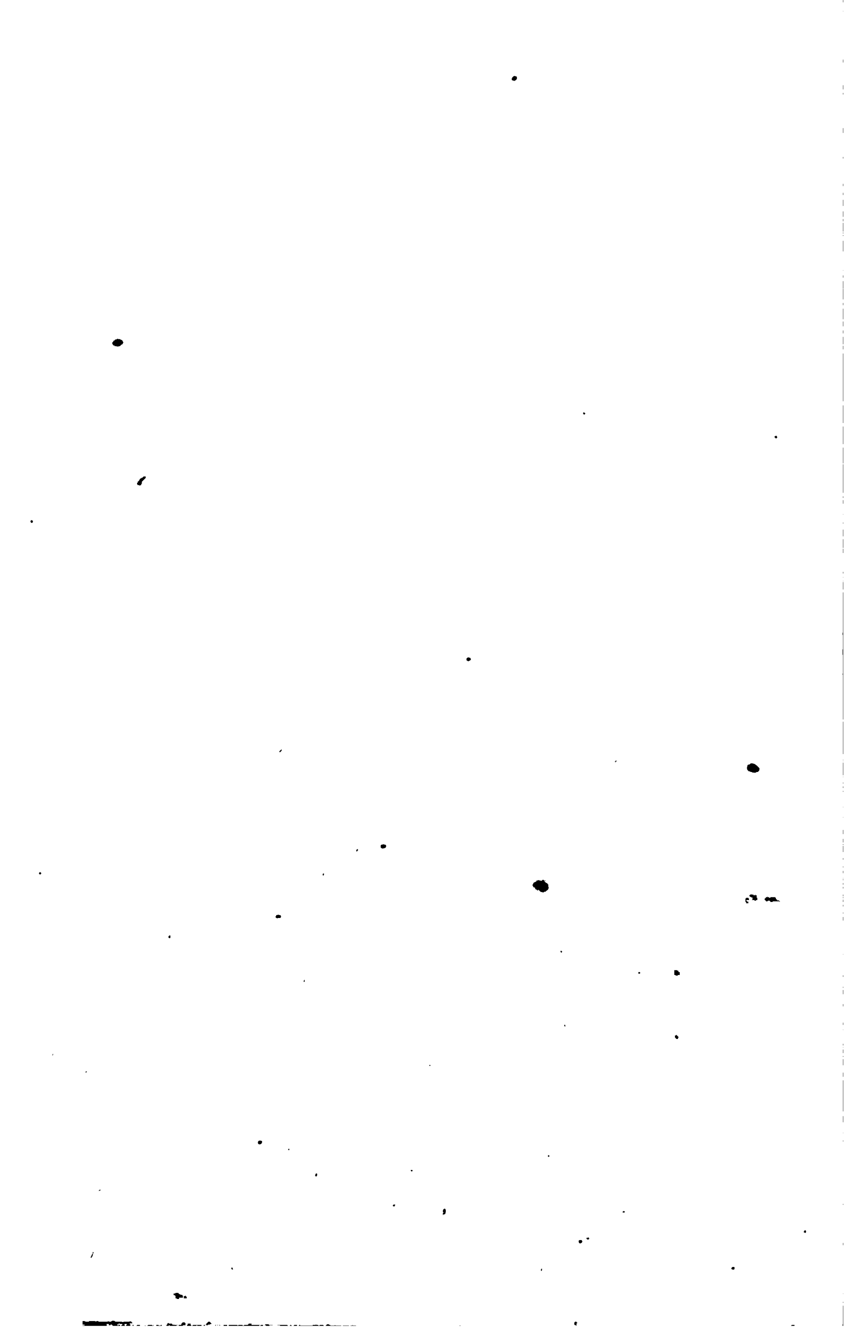
VII

Pasados los primeros días de celebrada la boda, el pueblo quedó tranquilo. A ciertas horas de la tarde era tan hondo el silencio, que las casas parecían deshabitadas. No se oía ni el cacareo de un gallo, ni el sonido de un martillo sobre un yunque, ni la tierna y clara nota de un cantar. El sol caía sobre las techumbres negras, y arrancaba de las planchas de pizarra, reflejos y cambiantes azabachados. Cuando el viento, variando la dirección, traía, furioso, las primeras lluvias del otoño, parecía todo más triste y más huraño. Nubes de un gris opaco, venían de los montes de Béjar y se extendían por el pueblo, anunciando la próxima descarga de un chubasco. Algunas casas que tenían el privilegio de ostentar muros de ladrillos, aparecían por la parte que soplaba con más fuerza el viento, revestidas con tejas y latones, formando canalitos para que el agua pudiese correr y deslizarse con más facilidad. Las casas con aquellas tejas sobre *el hastial* que combatía *el hostigo,* era como una visión de pintor futurista. Pensábase en un movimiento sísmico y que las casas se habían volcado, mostrando la techumbre en una de sus paredes laterales. Lo único bello era el monte,

que apresaba al pueblecito entre sus encinas centenarias. La tierra ondulaba, desplegándose en colinitas, alcores y altozanos. Por los vallecitos de juguete se veían riachuelos de agua fina y fresca. En las márgenes de los arroyos se agrupaban los chopos y los fresnos. Extendiendo la mirada, podían distinguirse las redondas y frondosas copas de los castaños. Había también robles, detrás de cuyo recio tronco, se ocultaba el lobo y el zorro en los meses de invierno, cuando el hambre hacía temibles a estas fieras. Veíanse praditos, cortinales, linares y huertos divididos en canterones, y destacábanse del fondo verdoso las portilleras que rompían la uniformidad de los vallados de adobe y de pizarra. Más lejos, ya casi en la línea del horizonte, subían y se esponjaban, mostrando al cielo cumbres inaccesibles para la planta humana, los escarpes prodigiosos, con sus cortaduras infernales, donde se veían brillar trágicamente, como en una pesadilla, los gigantescos bloques de piedra pizarrosa. Era un paisaje hosco, sombrío. Las nubes en grandes masas, solían cubrir la sierra, y descendían tanto, que a veces quedaba el pueblo aislado, como si flotara en el aire y se fuese elevando con lentitud, entre aquella enmarañada madeja de humo gris.

En los días claros y serenos, en los meses vernales, el monte era una delicia. Las encinas frondosas levantaban sus ramas al cielo, como enamoradas del buen sol. En la tierra, cubierta de una jugosa vegetación, dominaba el color azul, un azul intenso, casi

violeta. Olía fuertemente a salvia, a romero y a tomillo. Entonces el pueblo se rejuvenecía y empezaban las fiestas. Y las mozas y los mozos bailaban los domingos en la plaza, al aire libre, al son de la dulzaina y del tamboril.



VIII

Pedro, el escribiente del *señó* Felipe, llevaba en Tejuelo cinco años. Había nacido en Salamanca, y vino de allí acompañando a su padre, maestro de primera enseñanza, que murió al poco tiempo de hacerse cargo de la escuela del pueblo. Pedro quedó solo, sin medios de vida, a la edad de diez y seis años, cuando más falta le hacían el cariño y los consejos de la familia. Pensó volver a su ciudad natal; pero allí no le quedaban parientes ni amigos. Además, el sueldo de su pobre padre fué tan exiguo durante su larga vida de maestro, que emprendió el viaje al otro mundo sin haber podido ahorrar un solo céntimo. Transcurridos los primeros momentos de angustia, el muchacho, haciendo un gran esfuerzo sobre su voluntad, logró calmarse y pensó detenidamente cómo podría salir de aquella desesperada situación. ¿Pedir un auxilio pecuniario a la gente adinerada del pueblo? Eso era tan imposible como coger una estrella del cielo. Un tejolense, no soltaría una peseta si antes no tenía la seguridad de recogerla en un plazo brevísimo, convertida por lo menos, en cinco. El interés, el deseo febril de la ganancia, mataba la compasión y la caridad. Nunca se habló allí de una acción desinteresada; detrás de algo que

a simple vista parecía una ayuda, escondíase un pensamiento bastardo, una idea de lucro.

En los casamientos y en los bautizos, los padres y los novios llevaban una nota exacta de los regalos, con los nombres de los donantes. Si de una moza o de un mozo recibían una fanega de trigo o una arroba de aceite, esta misma moza o mozo, llegado el momento de su boda, recibía idéntico regalo. Era el único negocio que hacían sin cobrar réditos. La boda era algo excepcional que merecía ese increíble sacrificio de recoger el capital invertido, ya pasado algún tiempo, sin cobrar intereses.

Pedro, comprendió que hubiera sido inútil arrastrarse ante aquella gente, que tenía por cerebro una tabla de logaritmos y por corazón un trozo de pizarra. Con tristeza recordó entonces la conversación que sostuvo con su padre, días antes de morir.

—De estos brutos no puede esperarse nada. Si te ven caído abusarán de ti, hundiéndote aún más en la miseria. Son avaros con tal intensidad, con pasión tan violenta, que por conservar su oro, ese oro reunido en su mayor parte al margen de la ley, serían capaces de cometer los más horrendos crímenes. En los niños, es donde se nota más este germen morboso, este insano deseo de avaricia monstruosa. Jamás vi albergarse en sus corazones, la bondad ni el desinterés. Nunca los niños ricos dejaron las migajas de sus meriendas para los niños pobres... Yo, que intenté emprender la ingrata tarea de enseñarlos a ser buenos y caritativos, recibí la visita de las personas más significadas condoliéndose de mi ma-

nera de proceder y con la amenaza de que me *botarían* del pueblo si, a pesar de sus advertencias, insistía en aquella *labor desmoralizadora.* Así me lo dijo muy seriamente un acaudalado acaparador de tocinos.

Su infeliz padre conocía a las mil maravillas los rasgos psicológicos de los tejolenses. ¿Hacer ellos un bien sin la seguridad de cobrarse en un día no lejano? Nunca. Sería el colmo de la candidez y de la tontería. Esa clase de acciones quedaban reservadas a los santos y a la Divina Providencia. Ellos eran hombres, hombres de carne y hueso, que habían venido al mundo para luchar y defenderse, no a servir de paño de lágrimas ni a sacrificarse por nadie. ¡Qué locura! Todo lo contrario. Se debía poner en práctica este refrán de rancio abolengo castellano: "Al prójimo, contra una esquina." Los hechos repetíanse con monotonía abrumadora. Nada hay nuevo en la tierra. Seguramente, Nietzsche, se aprovechó, como buen germano, de este refrán para su teoría del superhombre.

Pedro, convencido de que por la senda de la súplica no llegaría a nada práctico, ofreció sus servicios como escribiente a varios tenderos de la localidad. No porque pensara quedarse en el pueblo para siempre, sino con idea de ahorrar unas pesetillas, las estrictamente necesarias para trasladarse a Salamanca. El, como discípulo aprovechado de su padre, sabía ajustar cuentas por el sistema métrico decimal, leer correctamente y escribir *habiendo* con *h* y *b,* y *chorizo,* con *z,* cosa en verdad sorprendente

e inusitada en aquel pueblo de gitanos convertidos en acaparadores de chacina.

A pesar de que el muchacho se ofrecía por una insignificancia, nadie quiso admitirlo, y ya cuando desesperado pensaba en el suicidio o en dejarse morir en un rincón como un perro, fué llamado por el *tío* Felipe, quien ya tenía noticias del mal resultado de aquellas negociaciones. Con su peculiar socarronería, el *señó* Felipe, en el diálogo que sostuvo con Pedro, puso de manifiesto el cariño que siempre sintiera por su padre, y el afecto que también el mocito le inspiraba. Por esto únicamente acudía en su auxilio.

—Yo, como comprenderás—decíale—, me basto y me sobro para hacer al día tres o cuatro cartas y media docena de facturas. Mal hechas, pero, en fin, se entienden, ¡qué caramba! Ya sabes que mis asuntos no tienen ninguna complicación. Ahora, si tú me haces ese trabajo, yo puedo entonces dedicar más tiempo a la Alcaldía. De modo, que si aceptas, desde mañana mismo puedes venir a mi despacho.

Pedro, entonces, le dió las gracias conmovido, creyendo que el *tío* Felipe era una excepción entre aquellos comerciantes egoístas y utilitarios.

—No me tienes que dar las gracias, sino cumplir tu obligación con la misma lealtad y con el mismo interés que yo me he tomado por ti. Oyeme. No quiero que nadie se entere de mis negocios. No porque sean sucios, que gracias a Dios se pueden poner detrás de un cristal; pero hay que tomar precauciones, porque es el único modo de conservar la clien-

tela. ¡Ah! Te señalaré dos pesetas diarias, descontando los domingos, porque no es justo, ni tú has de consentir, que yo me perjudique pagándote un día que no me has servido.

Así entró de escribiente del antiguo desvalijador del muletero bejarano, Pedro, el hijo del maestro de escuela.

IX

—¿No te ha enseñado mi madre la bodega de los jamones?

—No. Me dijo que fuera cualquier día por allí.

—¿Quieres verla ahora?

—Bueno.

—Entonces, vamos pronto. Y ya me dirás si es mejor que la de tu padre.

—Será difícil—repuso Tomasa, riendo.

—Eso está por ver—rezongó Desiderio, mientras se encasquetaba el sombrero de anchas alas y de copa redonda y alta.

Salieron a la calle.

La mañana era fría. Por el cielo pasaban con lentitud nubes blancas, que iban poco a poco formando grandes núcleos y tornándose grises. El pueblo mostraba, como siempre, sus viviendas negras y desoladas. La madre de Desiderio, vivía cerca de la carretera. Ahora veíanse pizarrales y casuchas en ruinas que parecían hechas con pan de higo. Los muros se sostenían milagrosamente. Era aquello un secreto de albañilería tejolense.

—Ya hemos llegado—dijo Desiderio, deteniéndose ante una casa fea y destartalada. Mira, creo que mi madre está en la bodega. ¡Ven, ven por aquí!

Tomasa siguió a su marido. Habían entrado por una puertecilla que abríase a ras del suelo.

—¡Ten cuidado! Hay que bajar cuatro escalones.

—Ya los veo.

La *señá* Petra recibió a sus hijos con gran júbilo.

—¿Al fin has venido, descastada? Estos son jamones, y no los que hay en la bodega de tu padre.

Tomasa sonrió.

Aquella era una gran bodega; pero la del *señó* Felipe no le tenía nada que envidiar. De jamones, allá se iban una y otra. Ahora bien, que la *tía* Petra, tenía más gusto para colocarlos.

Era como un amplio sótano que se extendía por toda la planta baja del edificio. Adornábase el techo con viguetas de madera, y de ellas pendían los jamones con tal profusión y despidiendo un olor tan fuerte a carne conservada y a tocino fresco, que sentíanse las bascas precursoras de algo que no se hubiese digerido bien.

La bodega recibía la luz por dos ventanas abiertas casi rozando el pavimento de la calle y reforzadas con gruesos barrotes de hierro.

Sobre estas ventanas, y por la parte exterior, tenían a modo de cortinas unas arpilleras de grueso tejido, con el fin de que se deslizara el viento por los intersticios, pero oponiéndose a la entrada de una claridad muy viva. Sumíase, pues, la bodega, a medida que se avanzaba por sus corredores, en una semipenumbra muy grata. En largas hileras, desapareciendo las últimas en la oscuridad, escalonábanse los jamones de todas clases y tamaños: gallegos, avi-

lesinos, ribadeos, monteanches y del país; el jamón de la tierra era el que se cotizaba a más alto precio. La bodega constituía una exposición alucinante de exquisitas viandas que dejarían maravillado a un gastrónomo. Uno de los corredores se reservaba para el tocino, que aparecía colgado en grandes planchas como gruesas losas de mármol. En otros sitios se veían grandes racimos de chorizos y otros embutidos. Las salchichas pendían también del techo. Había costillas de poco y de mucho manto, lomo limpio y solomillo. Eran todos los sabrosos residuos del cerdo, que flotaban en aquel ambiente de penumbra y que olían a salmuera, a especias y a carne curada por el tiempo, ese olor característico e inconfundible que trasciende de las despensas bien aprovisionadas. En medio del sótano se erguía la báscula, como un símbolo modernizado del dios Mercurio.

En este momento, la *señá* Petra se disponía a pesar unos jamones. La compradora, una mujer vieja, de rostro anguloso y lleno de surcos como un campo recién labrado, miraba atentamente a la manecilla de la báscula.

—Fíjese bien, abuela. Está en el fiel—dijo la *señá* Petra, sonriéndose y uniendo con el pulgar y el índice los piñoncillos de la barra.

Acercóse la anciana hasta dar con las narices en un extremo del adminículo, observó muy despacio todo el mecanismo, cogió varias veces las pesas hasta asegurarse de que no estaban huecas, y por último, ya satisfecha, respiró fuertemente, después de la minuciosa inspección.

—¿Podemos empezar ya?—dijo la *señá* Petra, mirando a la vieja de un modo singular.

—Cuando usted quiera.

Con sus brazos morenos y rollizos, la madre de Desiderio descolgó un hermoso jamón de finísima piel.

—*Señá* Petra, perdone usted, pero yo quisiera otro más seco y con menos tocino. Ese tiene la carne muy fofa—añadió la mujer, hundiendo sus dedos hábilmente en la parte más blanda.

—Si quieres, te lo cambio; pero te advierto que estás equivocada: este jamón, a pesar de su blandura, está muy magro. Pocos habrá en mi bodega con menos tocino. De todos modos, no hay inconveniente, aunque creo que perderás en el trueque.

La mujer, ya casi convencida, exclamó:

—Bueno, si es así, échelo. Al fin y al cabo, usted tiene más práctica, y además no será *tan malísima* que se divierta engañando a una pobre vieja.

—No seas lela, y llévalo con toda confianza. Mira: ¡si huele a gloria!—añadió la *tía* Petra, cogiendo *la cala* y traspasando el jamón de parte a parte con aquel hierro fino como una aguja.

—¡Sí que huele bien!

—¿Lo ves, boba? ¿Quieres algo más?

—Una arroba de tocino añejo y dos kilos de chorizos. El tocino, démelo usted del sitio de lo gordo.

—No tendrás queja. Además, te lo va a servir mi nuera. Anda, toma la faca—agregó, dirigiéndose a la mujer de su hijo—. Quiero ver si te das maña para estas cosas.

La hija del *señó* Felipe, riéndose, cogió el cuchillo, lo pasó varias veces con maestría de afilador sobre una barra de piedra y luego comenzó a herir con la punta del arma uno de aquellos bloques de tocino que parecían zaleas húmedas y blancas colgando de los garfios.

El cuchillo, al hundirse, hizo crujir aquella masa blanda y pegajosa y abrió un surco por el cual resbalaban e iban cayendo unos granitos de sal como corpúsculos de nieve cristalizada. Pronto quedó despegado del enorme bloque una extensa tira, que fué colocada en la báscula por Tomasa, al mismo tiempo que decía:

—*Mi señora,* puesto que he sido yo la que ha cortado el tocino, déjeme pesarlo. Creo que la "paisana" no se opondrá.

—Si pesa como Dios manda, yo no me opongo—exclamó la vieja, que en este momento ataba la boca de un saco donde había metido los jamones.

—Pues, por mí, tampoco hay inconveniente. ¡Anda, hija, que tengo curiosidad por ver cómo terminas tu faena!

Se colocó Tomasa detrás de la barra marcadora, hizo un movimiento que pasó inadvertido para todos, y después de observar unos segundos la báscula, preguntó tranquilamente:

—Paisana, este pedazo tiene medio kilo más de la arroba. ¿Quiere usted que cortemos lo que sobre o lo dejamos así?

—No, no; déjelo así, que la tira es muy maja. Yo pagaré lo que sea. ¡Venga, venga, échemelo en este

saco y *ajóllelo* bien! Y ahora, *señá* Petra, hágame la cuenta, que *aluego* volveré a recoger el género. Voy a la tienda del Cojo a comprar algunos encarguillos que me han hecho en la aldea. Que *haiga* salud, y hasta dentro de poco.

Cuando la vieja desapareció, la madre de Desiderio dió un fuerte pellizco a su nuera, y le dijo, sin poder contener la risa:

—Estás bien enseñada, pero aquí todavía tienes que aprender mucho. Aunque me hice la distraída, te vi maniobrar en una de las roscas. Pero en esa forma sólo sales ganando treinta gramos en kilo, y del modo que yo te explicaré se pasa de los cincuenta. Es decir, casi el doble. Y para que te convenzas de lo que te digo, vamos a pesar de nuevo el tocino y los jamones. Ahora, sin trampa. Aunque me va a costar trabajo, por la falta de costumbre.

Tenía razón la *señá* Petra. Hasta la báscula parecía resistirse a pesar como Dios y la conciencia mandaban.

Desiderio hizo la comprobación. Su madre lanzó un grito triunfal de alegría. Tomasa bajó la cabeza y tuvo que confesar su derrota.

La *señá* Petra había escamoteado un kilo en dos arrobas de jamón serrano. Decididamente, la suegra de Tomasa era una mujer admirable.

X

Agueda en la casa del *tío* Felipe era como una flor exótica en un invernadero. A medida que iba creciendo, que convertíase en mujer, la tristeza se cuajaba en su alma. Por no bailar con los mozos, los domingos no salía, y pasábase toda la noche bordando o cosiendo. Prudente y reflexiva, en nada se parecía a su hermana Tomasa. Tenía gustos más delicados, y en torno suyo todo se hacía más íntimo y más grato. Hasta el tipo era opuesto. La otra, alta, rubia y fuerte, y de ojos azules, como una amazona de los Nibelungos. Agueda, bajita, muy débil y de ojos negros, humedecidos casi siempre, dulces y bondadosos. Propendía ella a las buenas acciones, como otros se inclinan a las malas. Ella era buena, sin explicárselo, como tenía el pelo de castaño obscuro, y los ojos muy negros y muy tristes.

El *señó* Felipe le decía tonta porque jamás pudo hacerle pesar en la bodega a favor de sus intereses. Y el *tío* Felipe, acostumbrado a la viveza de Tomasa, terminó por prohibirle que despachara. ¡¡Así cualquiera fortuna, por grande que fuese, desaparecería en pocos años!! ¡Mal camino llevaba la doncella! Todo, hasta que su padre se cansara de tantos melindres, y la obligara a portarse en el hogar como

la Tomasa antes del casamiento. El respeto de Agueda hacia el *señó* Felipe rayaba en el temor. Desde pequeña, había visto que sus órdenes se cumplían por todos sin la menor réplica, sin la más mínima protesta.

En la familia castellana, el padre era como un Dios tutelar, rey absoluto de vidas y de haciendas y único dueño de cuerpos y de almas. No se concebía que los hijos pudieran rebelarse, ni emprender la marcha por un camino que no hubiese sido antes descubierto por la sagacidad del padre. Agueda tenía inculcado desde pequeña ese respeto, esa conformidad a todo cuanto le fuese ordenado, sin atreverse nunca a discutir la orden por irrazonada y absurda que le pareciera. No sentía impaciencias y estaba segura de que había de seguir la ruta emprendida por su hermana. Pasado unos años, cuando el *señó* Felipe lo tuviese a bien, le hablaría de algún muchacho del pueblo, y al poco tiempo celebraríase el casamiento, con la misma pompa y la misma delicadeza que el de su hermana con Desiderio. La vida para la pobre Agueda no tenía, pues, sorpresas. Todos los acontecimientos que pudiesen surgir los presentía. Faltaban aún cinco o seis años y ella había adivinado ya quién iba a ser el novio que le preparaban. La sutileza femenina adquiría valores misteriosos de profetizante. Agueda había descubierto el secreto. Se le preparaba un novio tan rico y tan bruto como su cuñado. Y a ese hombre ella no lo odiaba ni lo quería. Le era por completo indiferente. Si su padre decíale con severidad "Este es tu

marido", se entregaría sin gozo, pero sin protesta; sin deseo, pero sin repugnancia. Era un caso curioso de voluntad atrofiada, de renunciación a toda rebeldía, de amodorramiento de la sensibilidad. Agueda convertíase, como tantas otras, en un muñeco mecánico que moviase merced a un engranaje infernal, cuyas ruedas habían sido colocadas por el *señó* Felipe con la idea de que nadie pudiera poner en marcha esta maquinaria tan sencilla para él, pero de tan enrevesada complicación cuando fuese otra la mano que intentara imprimirle nuevos movimientos.

Agueda quería mucho a su madre. La muerte de ella la sumió en un gran desconsuelo y le hizo el carácter aún más hermético, aún más reconcentrado. Aquel hueco que dejara la madre en su corazón no pudo llenarse con nada. En los primeros días casi llegó a creer que ocuparía aquel sitio el cariño del padre; pero, al fin, desalentada y confusa, comprendió que ni el respeto ni el temor podrían convertirse nunca en la dulzura tierna y suave de un afecto profundo. Siguió alimentando su desesperanza con el recuerdo de la madre muerta, pero en su pecho continuaba ensanchándose el hueco terrible, como roído por un cáncer.

* * *

Entonces fué cuando entró Pedro al servicio del *señó* Felipe. Las frases cruzadas con aquel muchacho, casi de su misma edad y huérfano de padre y

madre, despertaron la compasión y la simpatía en el espíritu apocado y quebradizo de Agueda. Comprendió que se hallaba ante un hermano en el dolor y en el desconsuelo. Desde el primer día tuvo para él palabras tiernas y miradas henchidas de candor infantil. Se interesaba por su suerte, y muchas veces le aconsejó, encendido el rostro en rubores, que buscase otro empleo donde lo retribuyeran mejor, pues ella comprendía que con el dinero que entregábale su padre no le alcanzaba ni para lo más necesario. Pedro solía sonreírse, agradeciéndole aquellas frases nacidas de un afecto leal, y respondía que estaba contento con su suerte y que sólo dejaría aquella colocación en el caso de que el *señó* Felipe se cansara de sus servicios.

Agueda y Pedro se conocían desde niños. Habían jugado por el pueblo en unión de otros muchachos cuando vivía la madre de ella y el padre del escribiente. Después, el viejo maestro había ido por espacio de un año a la casa del *señó* Felipe para enseñar las cuatro reglas aritméticas a las dos hijas del antiguo buhonero. La simpatía de aquella época se había cambiado ahora en un afecto leal, nacido al contacto de las mutuas desgracias y de las mismas tristezas. Agueda sentía también lástima del pobre huérfano, y se daba cuenta de lo dolorosa que había de ser su vida, sin una mano cariñosa que le prestase ayuda y energías en los instantes de desaliento.

Pedro siguió habitando la casa donde murió su padre. Este edificio era propiedad del *señó* Felipe, que, portándose con el muchacho como un verdade-

ro bienhechor, no llegó a subirle el alquiler. Pedro vivía allí, con una vieja criada, que era para el pobre huérfano como de la familia, pues lo había visto crecer día por día, durante los años de su infancia. Muerta la madre, cuidaba de que fuera limpio a la escuela, y muchas veces arrostró las iras del maestro, tratando de quitar importancia a las travesuras del niño.

Y ahora la anciana mirábalo como a un hijo, como a un salvador de su miseria. Vivían mal, pues el sueldo era mezquino; pero vivían. Había que dar gracias a Dios, que en ocasiones apretaba mucho, muchísimo; pero que a la postre no ahogaba. El refrán español *Dios aprieta, pero no ahoga,* era una verdad que podía comprobarse siempre. En los momentos de más apuro surgía, de pronto, de un modo inesperado, la resolución favorable, la salida prodigiosa. La Providencia actuaba de salvadora, metamorfoseándose como algunos dioses del paganismo. En aquellos instantes de prueba apareció bajo la figura del *señó* Felipe.

Pedro y la vieja sirvienta debíanle la tranquilidad y el sustento diario. Como el muchacho, además de agradecido, miraba a Agueda como a una hermana, no trató nunca de exigir más sueldo, ni pensó en ensanchar el horizonte de su vida marchando a la ciudad, después de haber ahorrado en el pueblo lo suficiente para el viaje.

Y no se daba cuenta el pobre huérfano que esto no lo hacía por agradecimiento al *tío* Felipe, sino porque marchándose, dejaba de ver a Agueda, la dulce y tierna amiga de su infancia y de su adolescencia.

XI

—No te vayas tan pronto, hombre, que ahora vuelve a llover con fuerza.

—Agueda me espera y no está acostumbrada a que llegue después de las doce.

—Juguemos la última partida.

—No; es tarde ya para mí. Mañana será otro día.

Y el *señó* Felipe se envolvió en su basto impermeable de tela amarilla y, dando reciamente las buenas noches a sus compañeros, se dispuso a salir del café.

Al empujar la puerta de cristales, el viento le azotó el rostro y agitó los pesados pliegues de su capote de agua. Antes de salir, se encasquetó bien la capucha del impermeable y valientemente lanzóse en medio de la obscuridad y de la lluvia. Sobre la recia tela el agua caía produciendo un ruido seco, semejante al que produciría una cerilla golpeada con una piedra.

El *tío* Felipe hundía sus fuertes botas en los charcos, que no era posible sortear por su abundancia y por las tinieblas que reinaban en las calles del pueblo. Sólo de vez en cuando se veía un farol, que extendía en torno un pequeño círculo de luz amarillenta, casi velada por la cortina del aguacero, que se-

guía cayendo sin descanso. En la penumbra de la noche tempestuosa, las viviendas eran como grandes masas negruzcas que se elevaran en el aire, surgiendo de las entrañas de un monstruo. Cuando la luz violácea de un relámpago iluminaba el pueblo vencido por la lluvia, esta fantástica hilera de sus casas negras parecían sombras acurrucadas y cubiertas con mantos charolados. Pensábase entonces que la luz y el color tenían su tumba y que se habían sepultado para siempre en esta aldea misteriosa y trágica.

Arreciaba la lluvia. El agua caía oblicuamente, con fuerza prodigiosa, aplastándose como hilos de acero en los muros reforzados de las viviendas y en las techumbres de pizarra. El *señó* Felipe avanzaba con dificultad. El viento empezó a zarandear la tela del capuchón de tal forma que, a veces, creyó si sería una mano invisible que se estuviese entreteniendo en abofetearle. Tan rudos y tan descomunales eran los golpes. No se veía ni un alma por las calles. El silencio no se interrumpía más que por el rumor de la lluvia y, a pausas cortas, por el estampido de la tormenta. En algunas casas, por las rendijas de las puertas deslizábase una cinta de luz; en otras, reinaban las sombras por completo.

El *señó* Felipe se detuvo de pronto y quedó inmóvil, como petrificado. Entre el rumor de la lluvia había llegado a su fino oído de hombre cauteloso y previsor un grito de angustia. Un grito que no adquirió toda su plenitud trágica, un grito ahogado a poco de nacer, por un medio violento y fulminante.

Era un grito de terror indescriptible, cortado de improviso de un modo instantáneo por un golpe certero. Y aquel grito que helaba de espanto en la noche negra y tormentosa, había salido de la vivienda del avaro, del viejo Simbaldo, que prestaba dinero a rédito.

Una vez repuesto de aquella primera impresión de espanto, el *señó* Felipe avanzó en silencio hasta colocarse detrás de uno de los muros laterales de la casita, desde donde podía observar sin ser visto. Pegó el oído en la pared. Nada. El silencio más absoluto había sucedido al grito de angustia casi ahogado al nacer. Cachazudamente, el *señó* Felipe esperó los acontecimientos. La lluvia seguía cayendo con la misma intensidad y resbalaba en gotas negras por el muro pizarroso. Cubrióse bien con el capuchón, y, con mucho cuidado, acercóse al ángulo del muro, desde donde podía ver si salía de la vivienda alguna persona. Un cuarto de hora llevaría en su observatorio, aguantando flemáticamente el aguacero, cuando sintió rechinar los goznes de la puerta de aquella casa misteriosa y, poco después, una persona de elevada estatura y cubierta con un impermeable de color gris se detuvo en el umbral, miró a todas partes con recelo y, satisfecho de su inspección, inició la marcha con rapidez, calle arriba, chapoteando en el barro.

El *tío* Felipe dejó que llegase hasta el final de la calleja. Luego corrió él también como un gamo, e inclinándose en la esquina, oculto detrás de un paredón de adobe, asomó la cabeza, viendo la dirección

que tomaba. El perseguido volvió el rostro, como si olfatease la proximidad de un peligro; pero el *señó* Felipe, que era zorro viejo, tenía la cabeza casi pegada al vallado, y en la obscuridad y desde aquella distancia no se le podía descubrir.

Reanudó su marcha el desconocido, mientras el *señó* Felipe, desde la esquina, lo seguía con la mirada, esperando el momento en que torciera por otra calle para salir de allí. No tuvo necesidad de abandonar aquel escondrijo, porque el hombre, después de observar los alrededores con mucha atención, se detuvo a la puerta de una casa, precisamente junto a la del *tío* Felipe, y, después de introducir una llave en la cerradura y de lanzar un último ojeo investigador, desapareció de la noche negra, como una sombra fantástica.

A la luz de un relámpago brillaron ahora los ojos del *señó* Felipe. En su rostro se acusó una sonrisa cínica y socarrona. Se irguió lentamente. De apoyarse en los ladrillos de adobe, agazapado como un lobo, tenía las manos mojadas y llenas de cieno. Se las limpió con una vuelta del capote. Después, acentuándose aún más en sus facciones la sonrisa de cinismo, dió la vuelta al pueblo y entró en su casa por el lado opuesto.

* * *

Agueda dormía. En la vivienda todo reposaba envuelto entre las sombras de la noche. El *señó* Felipe, sin hacer ruido, abrió la puertecilla que daba acceso

al corralón y, muy arropado en el capote, se dispuso a seguir observando al vecino desde un pequeño agujero que tenía la pared divisoria del solar. Ya sabía con quién iba a tener que entendérselas. El hombre que había salido de la vivienda del avaro, después de oírse en la noche negra el grito de terror, era Nicomedes, el hombre más honrado y más formal de toda la serranía. ¿A qué fué allí? El avaro tenía nietos que vivían lindando con la pobreza. Nicomedes era sobrino del viejo, pero no le hacía falta su ayuda, pues como único veterinario de la aldea ganaba mucho, hasta el extremo de que pudo comprar algunas fincas. Entre el tío y el sobrino había buenas relaciones y se visitaban con frecuencia.

El *señó* Felipe, más seguro y más tranquilo en su nuevo observatorio, se colocó cómodamente y con la paciencia de un cazador de perdices se dispuso a esperar los acontecimientos.

De improviso vió iluminarse una de las habitaciones de su vecino y, al través de una cortina que ocultaba la diafanidad de un cierro de cristales, vió la silueta de Nicomedes que parecía contemplar embebido algo que tenía sobre la mesa. A pesar de todos sus esfuerzos, el *señó* Felipe no pudo averiguar qué objeto era aquel, que tan poderosamente atraía la atención del veterinario. El *tío* Felipe iba poco a poco perdiendo la paciencia. ¡Vaya una nochecita toledana! ¿Quién lo había llamado para que se metiera en vidas ajenas? ¿Salía ganando algo? Aunque Nicomedes hubiese cometido un crimen, allá él que

se las arreglara con la Justicia; pero seguir en aquel sitio, mojándose hasta los huesos, sin que todo ello le reportara ningún beneficio, era propio de idiotas. ¡Menudo resfriado iba a pescar por meterse a descubrir misterios! Ya se disponía el *señó* Felipe a recogerse, después de este largo soliloquio, cuando vió que Nicomedes apagaba de súbito la luz del quinqué. Toda la casa sumióse de pronto en la obscuridad. El *señó* Felipe entonces, en vez de retirarse, prestó atención. Pasados unos momentos de silencio, oyó el chirrido de una puerta y vió en la penumbra del fondo una figura humana que avanzaba envuelta en un largo capote hacia el centro del solar. No había duda. Ahora, al fulgor de un relámpago, reconoció por completo a Nicomedes. Con el brazo derecho sostenía un pico, que llevaba apoyado en el hombro. En su mano izquierda distinguíase una especie de cofrecito que oprimía contra el pecho, ocultándolo como si temiese que se lo arrebataran. Una vez en el centro del solar, dejó la cajita en el suelo, se echó hacia arriba las mangas del capote y las del camisón, hasta dejar al descubierto sus brazos, velludos y hercúleos, levantó el pico, volteándolo por encima de su cabeza, y lo clavó en el suelo, con tantos bríos, que parte del mango quedó hundido en la tierra, reblandecida por la lluvia. Trabajaba rápidamente, sin descansar un momento. Poco a poco se formó un hoyo de relativa profundidad, y a cada nuevo golpe del pico, adquiría más anchura. Con una azada iba arrojando fuera los terrones. Los relámpagos, al iluminar el solar, ayudaban al *señó* Felipe en su

papel de espía. Vió el cofrecito en el borde del hoyo. Pudo contemplar también el rostro de Nicomedes, serio, indiferente, tranquilo, sin esa palidez delatora de un estado de inquietud nerviosa. Nada descubría en él la opresión de lo desconocido. Parecía que todo aquel trabajo misterioso, hecho bajo la lluvia y entre el fulgor de los relámpagos, era algo normal y sin importancia. Al fin tiró el pico y la azada, que chapotearon sobre un charco, y cogiendo el cofrecito por sus dos pequeñas asas, lo hundió en el hueco que había formado la tierra removida, y después, irguiéndose de nuevo, miró en torno suyo con esa fijeza acerada y fría del criminal nato, y, satisfecho de su obra, cubrió todo aquello con los terrones de greda, convertidos en barro pegajoso y maloliente. Luego, sin apresurarse, se dirigió a su casa y desapareció en lo hondo de la galería, cerrando la puerta con llave.

La lluvia siguió cayendo lenta, pertinaz. De vez en vez el viento silbaba trágicamente entre los aleros del tejado.

XII

Al otro día, muy temprano, Lucio, el alguacil, se presentó en casa del *señó* Felipe, con visibles muestras de inquietud y de nerviosidad en el rostro y en los ademanes.

—¿Qué ocurre, Lucio?—le preguntó el alcalde, mientras, muy despacio y a buchadas, se sorbía un gran vaso de leche.

—Pues una cosa rarísima. Que desde hace una hora estamos llamando en casa del señor Sinibaldo y no responde nadie. Hemos preguntado a los vecinos y dicen que no lo han visto salir. A mí me extraña todo esto, porque el viejo acostumbra a levantarse con las gallinas.

—¿No estará con sus nietos?

—Hemos ido allí y nos han dicho que no lo han visto en toda la mañana.

—¿Y en casa de su sobrino Nicomedes?—agregó el *señó* Felipe.

—No hemos caído en ello; pero, si a usted le parece, me llego ahora.

—Aguarda; iremos juntos, puesto que lo tenemos tan cerca.

Terminó el *señó* Felipe de beber su vaso de leche, se limpió la boca con una de las mangas de su cha-

queta, cogió el sombrero de abombada copa y de haldudas alas, y se unió al alguacil, que ya esperaba impaciente.

Al primer golpe que dió el alguacil sobre la puerta de Nicomedes, respondieron desde dentro con voz clara:

—¡Adelante, sea quien sea!

Entró entonces el *tío* Felipe, seguido de Lucio, y se detuvieron en el pasillo. Pronto se oyó de nuevo la voz del veterinario, que con firmeza decía desde la hondura de la habitación:

—Pasen sin cumplidos al despacho, que ahora mismo soy con ustedes.

El despacho era un saloncito que recibía la luz por una ventana estrecha y larga como una aspillera. Sobre la mesa, llena de manchas de tinta, veíanse algunos libros de veterinaria, casi desencuadernados y con las tapas comidas por la polilla. Detrás de un sillón de enea había, clavado en la pared con chinches oxidadas, un mapamundi con una cenefa donde aparecían pintados con unos colores demasiados vivos, hombres y mujeres de todas las razas que poblaban la tierra. Al otro extremo del muro sobresalía un mapa de España con otra cenefa, también de colores chillones, donde resaltaban los tipos de las diversas regiones de la Península Ibérica, sin omitir a los portugueses.

Mientras Lucio permanecía en pie, firme como un soldado, el *señó* Felipe tomó asiento en una silla, que empezó a crujir, quejándose de la carga, tal vez excesiva para sus deslabazados palitroques.

A poco llegó Nicomedes, abrochándose el cuello de la camisa, y dirigiéndose al *señó* Felipe, exclamó, tranquilo e imperturbable:

—¿Cómo tan bueno por esta casa? ¿Qué quiere de mí la primera autoridad del pueblo?

—Pues verá usted, amigo Nicomedes—repuso el *señó* Felipe, pesando las palabras como si fuesen jamones de su bodega—, venimos a preguntarle si ha estado aquí esta mañana su tío Sinibaldo, pues dice Lucio que llevan llamando más de una hora en la casa del viejo, y no responde nadie.

Ni la más leve señal de inquietud se dibujó en el rostro del veterinario. Firme y sereno dijo, poniendo en sus frases una gran energía:

—Me sorprende lo que me dice usted. Mi tío no acostumbra a salir nunca por las mañanas, y la puerta de su casa siempre se ha abierto al apuntar el alba.

Quedóse unos momentos pensativo, y preguntó después, recalcando las frases:

—¿Han ido ustedes a casa de sus nietos?

—Sí, señor; yo he estado allí—dijo Lucio.

—¿Y qué han respondido?

—Que no lo han visto.

—Creo entonces que se debe saltar la cerradura de la puerta, para ver si ha ocurrido algo.

—¿Usted tiene inconveniente en acompañarnos? —preguntó el *señó* Felipe.

—¿Yo? Al contrario. Me interesa descifrar cuanto antes este misterio. ¡Vamos, vamos a donde usted quiera y hagamos lo que usted ordene!

Y el veterinario se encasquetó el sombrero, se echó sobre los hombros la capa parda, y cogiendo un fuerte y nudoso garrote que no abandonaba jamás en sus excursiones, se unió al alcalde y a Lucio, y ya todos juntos, emprendieron la marcha hacia la vivienda del viejo.

Cuando dieron vista a la calle donde el avaro vivía, mozos, mozas, ancianos, y niños se agolpaban en torno de la casa silenciosa, que ahora, cerrada, adquiría un prestigio de tragedia muda.

Nicomedes, el *señó* Felipe y Lucio se abrieron paso entre aquel gentío y llegaron hasta la puerta, donde el veterinario dió tres descomunales golpes con su nudoso garrote. Durante unos segundos no se oyó ni una voz ni un grito en toda aquella masa de hombres y mujeres.

Nadie respondía desde dentro. Repitió los golpes, ahora aún con más energías. Inútil también. El veterinario miró entonces al *señó* Felipe con firmeza.

—Es necesario que venga el cerrajero. Es la única forma de vernos libres de esta cruel incertidumbre.

Pronunciaba estas frases con la serenidad del justo y con la autoridad de que hallábase revestido por ser pariente del viejo. El *señó* Felipe no vió en sus pupilas, grises como la llanura de Castilla, ni la más imperceptible señal de miedo. Le espantó tanta audacia, tanta confianza en sí mismo. El, en su caso, no hubiera conservado tan enorme cantidad de sangre fría.

El alguacil fué en busca del cerrajero. A los pocos momentos, un hombre desgreñado y sucio se abrió camino entre los curiosos. Se acercó a la puerta, saludó al *señó* Felipe y a Nicomedes, y sacando un alambre del bolsillo de su mandil de piel, empezó a manipular en el ojo de la cerradura.

—¿Está echada la llave?—preguntó el alcalde.

—No, señor; sólo hay que levantar el pestillo. Es cuestión de un segundo.

Se oyó un golpecito metálico.

—Ya está—dijo el hombre triunfalmente.

La puerta quedó abierta. Hubo unos momentos de expectación. La gente se apretaba contra los muros de la vivienda. Hombres y mujeres, excitados por la curiosidad, avanzaban ciegos, empujándose los unos a los otros. El *señó* Felipe impuso la calma. Allí únicamente entrarían él y Nicomedes. Lucio el alguacil, colocado en el umbral, impediría la entrada de los impacientes. Una vez dadas estas órdenes, avanzaron por el pasillo hacia las habitaciones interiores. Cruzaron por el despacho y por el comedor del viejo. No vieron nada que les llamara la atención. Siguieron hacia el dormitorio. Allí al *señó* Felipe le extrañó ver la cama hecha. Era indudable que aquella noche no había dormido el avaro en su lecho. ¿Pero, dónde estaba? En la casa no vivía más que él. Una vieja que tenía a su servicio dormía fuera de allí. Era muy desconfiado, y no permitió nunca que de noche permaneciese una persona dentro de su casa.

Recorrieron toda la planta baja del edificio sin

hallarlo. Quedaba la bodega. Fué el mismo Nicomedes quien apuntó la idea.

—¿Vamos allá?—preguntó serenamente al *señó* Felipe.

—¡Vamos!—repuso el alcalde, cada vez más admirado de la flema de su compañero.

Por un estrecho corredorcillo, en declive como una rampa, descendieron a la bodega. La puerta estaba encajada únicamente. Nicomedes empujó decidido. Una de las hojas chocó con violencia en el muro interior. El paso quedó libre.

Entonces el *señó* Felipe retrocedió, no pudiendo ahogar un grito de asombro. Nicomedes retrocedió también, llevándose las manos al rostro, y dijo, como un consumado actor de dramas policíacos:

—¡¡Pobre tío mío!! ¡¡Se ha ahorcado!! ¡¡Se ha ahorcado!!

A la tenue claridad que entraba por los ventanillos cubiertos de arpilleras, vieron pendiente de un lazo corredizo, anudado en una de las vigas, el cuerpo inmóvil del avaro. Un palmo de lengua, morada y sucia, le salía de la boca como un pedazo de carne muerta. Tenía las manos agarrotadas, y en los ojos vidriosos parecía reflejarse aún el espanto del instante supremo. En aquella bodega de jamones, que olía a tocino y a especias, el cuerpo del viejo ya sin vida, causaba una impresión grotesca y trágica al mismo tiempo.

XIII

Durante unos días se habló mucho en Tejuelo de la muerte misteriosa del avaro. Unos, entre ellos el *señó* Felipe, daban como seguro que se había suicidado; otros, en voz baja y cuando eran pocos los oyentes, apuntaban la idea de que el viejo no podía ser culpable de aquella barbaridad, y que alguna mano oculta preparó el lazo corredizo. Nicomedes, en unión de los nietos del muerto, como parientes más cercanos, brindáronse al juez desde los primeros instantes, respondiendo a todas las preguntas y dando detalles muy curiosos de la vida del anciano. En la inspección que se hizo en el hogar del viejo, no se encontró documento alguno que atestiguase la cuantía de su capital. Había dejado de existir violentamente, sin hacer testamento. Encontraron en una caja un puñado de pagarés ya vencidos y sobre la mesa del despacho algunas monedas de plata y de cobre. Nada más.

El juez inquirió:

—¿Y el dinero? ¿No decían que vuestro pariente apaleaba las monedas de oro?

—Tiene usted razón, señor juez. Aquí hay algo oculto que no entendemos nosotros—dijo el mayor de los nietos—; yo no sospecho de naide, pero si

no aparecen las peluconas, aquí ha maniobrao una mano criminal.

—No vas descaminado, muchacho—intervino hábilmente Nicomedes. Y después, con voz firme añadió:—Yo recuerdo que tenía un cofrecito donde guardaba los billetes y la plata, y eso ha de aparecer, y si no aparece es que aquí se ha cometido un robo y un asesinato.

—¡Eso es, eso es!—exclamaron casi a la par los nietos—, nosotros hemos oído hablar de ese cofrecito a nuestros padres. Decían que el abuelo todas las noches antes de recogerse contaba su caudal.

—¿Cuándo oyeron ustedes hablar del cofrecito?

—*Adrá* varios años, antes de aquella epidemia de gripe que se llevó a nuestros padres al cementerio.

—De entonces acá, podía haber dispuesto de sus ahorros.

—Al contrario—repuso Nicomedes, aún más sereno—, de entonces acá aumentó su fortuna. Lo sé, porque él mismo me lo dijo. Además, que en ese caso nos toparíamos con el cofrecito, aunque lo halláramos vacío.

—Vamos a efectuar una nueva requisa.

Ahora no quedó ni un solo recoveco de la casa que dejaran inexplorado. Armarios, alacenas, estantes, cómodas, baúles, todo fué revuelto, sin obtener ninguna finalidad práctica.

El veterinario, mirando irónicamente al juez y a los nietos del avaro, exclamó, fingiendo una gran cólera:

—Nada, que el cofrecito se lo ha tragado la tierra.

Por la tarde declaró la criada del viejo. Dijo que a su amo durante el día no lo visitaba nadie. De su vida de noche, nada podía declarar, porque ella se retiraba de la casa al oscurecer, y al hablarle del cofrecito, respondió que ignoraba su existencia. Esto último inspiró sospechas al ejecutor de la justicia, y la pobre anciana fué detenida e incomunicada mientras se hacían nuevas indagaciones. Días después, como no resultó ningún cargo contra ella, fué puesta en libertad. Al poco tiempo no se habló más de este asunto. La hacienda del avaro pasó a poder de sus nietos. Nicomedes también se llevó la parte que le correspondía. Los tejolenses, aunque tenían casi la seguridad de que el viejo no se había ahorcado, fingieron como que olvidaban el trágico acontecimiento; pero cuando cruzaban por delante de la vivienda del veterinario, sonreían de un modo singular.

XIV

La víspera de la fiesta de las Aguedas la plaza de Tejuelo presentaba un aspecto originalísimo. En el centro había encendida una gran hoguera alimentada por ramas y pedazos de encina. La noche se iluminaba fantásticamente en torno de este enorme fuego de llamas crepitantes y violáceas. Mozos y mozas bailaban al compás del tamboril y de la dulzaina. Cerca de la Casa-Concejo habían colocado varias mesas. Veíanse allí, como presidiendo y sentadas en anchos sillones de enea, a las *mayordomas*. Ostentaban este cargo las mujeres más ricas de Tejuelo. Ellas en este día eran las dueñas de todo. El vino, los dulces y los gastos de la función religiosa, se pagaban con el dinero extraído de sus bordadas faltriqueras.

Había empezado el baile, y el alcalde, el cura párroco y algunos concejales, que estaban sentados alrededor de otra mesa, presenciaban los festejos como sencillos espectadores, sin intervenir para nada, pues era costumbre ya de muy antiguo que en esta noche mandaran las mujeres. Las mesas, llenas de dulces y de cantarillas con vino, se teñían de un color rojizo debido al reflejo de las llamas. En este resplandor se bañaban también los rostros y hacían palpi-

tar en el fondo de las pupilas verdes y grises, chispas diabólicas. En los rincones sombríos de la plazoleta, apoyadas en los muros negros de las chatas viviendas, columbrábanse borrosamente parejas misteriosas juntos los cuerpos y enlazadas las manos.

Seguía el baile. De vez en cuando descansaban los músicos, y entonces el gentío se agolpaba contra las mesas, y las cantarillas de vino se consumían con pasmosa celeridad.

Las mozas que no tenían novio colocábanse en la esquina de las bocacalles, y en cuanto veían acercarse a un mozo, corrían hacia él, y lanzando una carcajada de triunfo, obligábanle a bailar de grado o por fuerza. En esta noche, nadie podía zafarse de los brazos tentadores de estas fornidas mozas. Toda la tranquilidad y toda la resignación de sus vidas humildes, apegadas al terruño y al trabajo diario y embrutecedor, trocábanse ahora en explosiones de alegría, en ansias de libertad y risas de hembras felices y ávidas de placeres. Los mocetones mirábanlas con deseo, casi con brutalidad de macho en celo. Ellas reían, seguían riendo, contemplándolos también con la misma ilusión carnal, como ofreciéndose.

Agueda, la hija del *señó* Felipe, no quiso ir a la fiesta aquella noche; pero su padre la obligó. Con otras mozas, amigas suyas, estaba en una de las esquinas de la plaza cuando cruzó Pedro por allí. Inconscientemente, impelida por una fuerza superior que la esclavizaba sin darse cuenta, corrió a su encuentro, y le dijo con alegría:

—Quiero bailar contigo. Supongo que no me dejarás más fea de lo que soy.

Y sin esperar su aprobación, se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

El hijo del maestro balbuceó unas palabras de agradecimiento y de cortesía, y ciñendo la cintura de Agueda, se lanzó con la moza en medio de aquel torbellino de parejas.

Pedro era feliz. Al través del justillo de seda, sentía palpitar junto a su pecho el corazón de Agueda. Cerca de sus mejillas, el tibio aliento de la muchacha le iba embriagando como un vino generoso. En su mano descansaba la mano de ella, suave y cálida como la pechuga de una paloma viva. Era aquello respirar su atmósfera, formar parte de su cuerpo y estar más cerca de su espíritu. Hasta aquel instante en que la materia se despertó por el miserable contacto, no pudo Pedro darse cuenta exacta de sus sentimientos. Ahora la venda, esa venda simbólica del enamorado, desprendíase de sus ojos. Al roce de su cuerpo con el de Agueda había comprendido que no era afecto de hermano lo que sentía por ella. Era algo más profundo, más lleno de complicaciones, más peligroso. Si Agueda adivinaba todo aquello que había surgido de pronto, ¿no lo despreciaría? No tenía más camino que el fingimiento, todo antes de que se descubriera su pasión. Ella no podía ser suya nunca. Lo impedirían los prejuicios brutales de aquella gente, que sólo se movía por el interés y por la conveniencia. Ahogaría en el fondo de su pecho su incipiente locura, todo aquel misterio-

so despertar de su carne y de su espíritu. Las llamas de la hoguera se alargaban y se retorcían, perdiéndose en el espacio. El aspecto de la plaza seguía siendo fantástico y diabólico. En la noche iluminada encendíanse los colores rojos de los pañuelos y de las faldas de las mozas. Los efectos de luz y de sombra ponían vaguedades indefinibles en las pupilas. Pedro, con el cuerpo palpitante y tibio de Agueda entre sus brazos, creía estar en los umbrales de la gloria. Ni hablar podía. Fuertemente emocionado, continuaba bailando en torno de la hoguera.

Agueda, sonriéndose con dulzura, le dijo:

—No te acerques tanto al fuego. Me molesta el calor.

Pedro entonces se fué alejando del centro de la plaza. Ahora el resplandor llegaba hasta ellos amortiguado, y a veces era tan escasa la luz, que se hundían en la penumbra. Allí el hijo del maestro adquirió más presencia de ánimo, y pudo iniciar la charla con su gentil pareja:

—No olvidaré nunca esta noche, Agueda.

—¿Por qué?—preguntó ella con ingenuidad.

Quedó el escribiente unos momentos pensativo, y repuso con tristeza:

—Porque es la primera vez que bailo después de la muerte de mi pobre padre.

—Entonces no te habrá causado alegría mi chiquillada.

—Al contrario, Agueda. Soy muy feliz esta noche, y esa misma felicidad me produce tristeza. Cuando somos muy felices, pensamos con angustia en las per-

sonas queridas que nos abandonaron para siempre. En la dicha más grande siempre alienta el recuerdo de una pena lejana.

—¡Vamos, Pedro! Si te pones tristón, dejo de bailar contigo. Hoy es mi día, y no consiento que se me den disgustos. ¿Se ha enterado el mocito?

—Perdóname, Agueda; no sé lo que me pasa esta noche. No sabría explicártelo. Tengo ganas de llorar y de reír, de hablar mucho y de estar callado, de bailar como un trompo y de dejarme caer en un rincón mirando al cielo como un idiota. Me da miedo de todo, y al mismo tiempo me considero con valor para arrostrar los más terribles peligros. Pero no me hagas caso, Agueda. Olvida mis palabras. Soy un niño, un niño enfermo de soledad y de abandono.

—¿Qué dices? ¿Acaso no tienes mi amistad, no cuentas con mi afecto?

—Sí, Agueda; sí, cuento con tu amistad. Tú eres la única persona que se compadece de este pobre huérfano.

—No es compasión, Pedro; es algo más hondo.

—¡Agueda, habla, habla por el recuerdo sagrado de tu madre!—exclamó, hundiendo con avidez su mirada en los ojos negros de la hija del *señó* Felipe.

Ella entonces, temiendo haber dicho demasiado, repuso bajando la vista y temblándole la voz:

—No es compasión, Pedro; es cariño leal, profundo, sincero, como de hermana. Y ahora, echa fuera la morriña y acércate al centro de la plaza, que la

gente empieza a fijarse en nosotros. Ya sabes lo que es el pueblecito.

Callaron de nuevo. Cada uno, abstraído en sus pensamientos. Como mariposas revoloteaban en torno de la hoguera.

—¡Cuidado con el fuego!—les dijo un jayán con malicia.

Entonces Pedro miró a Agueda, y vió que en sus mejillas iban floreciendo las rosas del rubor.

XV

Era la noche de San Juan. Los *mozos de ronda* recorrían las calles en grupos nutridísimos y acompañados de los dulzaineros dirigiéronse camino de la iglesia para cantar coplas a la Virgen. Considerada como la mejor moza del pueblo, a Ella le rendían primero los honores. El viento traía del monte fragancias de hierbas aromáticas. El cielo era como un manto purísimo de color violeta sembrado de puntos luminosos. En la plazoletilla de la iglesia fueron congregándose los *mozos de ronda.* El templo, casi en ruinas, con su minúsculo campanario de espadaña, en el fondo de la noche azul, parecía la fantástica viñeta de un cuento de brujas. En el ambiente cálido había misterio y dulzura.

Enfrente de la iglesia se colocaron los dulzaineros, dispuestos a dar al aire las notas tristes de la flauta y los redobles sordos del tamboril. La plazoleta casi en penumbra, el templo ruinoso, la espadaña inclinada, torcida, como si no tuviese fuerzas para sostener la campana negruzca, que fingía sobre el cielo el capuchón de un fraile colgado allí por manos de hechiceros; la techumbre de pizarra y los grupos borrosos, todo dejaba en la retina una

impresión vigorosa, inconfundible, adusta y mística de pueblo castellano.

Ahora varios mozos, ayudados por sus compañeros, se disponían a subirse en el tejadillo del portalón para depositar allí varios ramos de flores y algunas sartas de rosquillas. Era la ofrenda a la Virgen, a la mejor moza entre todas las mozas. Uno de los primeros que se encaramaron fué el hermano de Desiderio, que marineó por la columna con la pericia de un mono. Ya en el tejado, los otros amigos suyos, desde abajo, le arrojaban las rosquillas y las flores. Entonces, desde un rincón de la plazoleta, se elevó en la noche una voz clara y viril, que daba al viento el siguiente cantar:

Aquí te traigo la ronda,
María de la Asunción;
aquí te traigo la ronda
que me corre obligación.

Ahora se oyó una voz más fina, más dulce, de adolescente:

¿Qué es aquello que reluce
allá en el altar mayor?
Son los ojos de la Virgen
que están implorando a Dios.

Siguió a ésta la voz bronca como un huracán de un mozo bravío:

La Virgen es una espiga
que nunca se desgranó,

y aunque fué madre de Cristo,
Virgen fué y Virgen quedó.

Tan pronto como desvanecíase en el aire el último verso, surgía un nuevo cantar. Y después otro y otro. Las voces se confundían y se iban perdiendo en el ambiente, entre místico y profano, de la plazoleta sumida en la penumbra.

El tejadillo del portalón estaba ya cubierto de flores, guindas y rosquillas. Los mozos habían descendido después de colocar su ofrenda. La iglesia, con las puertas cerradas, parecía reposar en un silencio enigmático. Por un ventanuco se veía estremecerse en el fondo del altar mayor la débil llama de una mariposa. Los grupos de mozos iniciaron la retirada. Cantado el *ramo* a la Virgen, ahora la ronda se dirigía a cumplir con las mozas casaderas. Antes se oyó la última copla, que durante algún tiempo quedó vibrando en el aire como una flecha:

La despedida te doy,
la que dió Cristo en lo alto:
¡gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo!

* * *

—¡A casa de las novias!

—¡A casa de las novias!

—¡A la de la mía primero!—dijo un mocetón alto y hercúleo, mirando con jactancia a sus compañeros de ronda.

—¿Por qué has de tener tú la primacía?—protestó uno de ellos.

—¡Sí, sí, que se echen suertes!

—Aquí todos somos iguales—intervino otro mozo, queriendo poner paz entre los que no estaban de acuerdo.

—¿Y si le toca a uno que no tiene novia?

—Entonces se le obliga a escogerla entre las mozas libres, y además tendrá que pagarnos un cuartillo de vino en la taberna del Cojo.

—¡Eso, eso! Echemos suerte en pajitas, y al que le toque la más pequeña, será el agraciado.

En el grupo de mozos que componían la ronda hallábase Eufrasio, el hijo menor de la *señá* Petra, que aún no se le conocía novia.

De manos del fornido jayán fueron todos sacando la pajita. Poco después, un holgorio de risas y de voces apagó por unos momentos los sonidos del tamboril y de la dulzaina.

—¡Le ha tocado a Eufrasio!

—¡Le ha tocado a Eufrasio!

—¡Escoge novia!

—¡Escoge novia!

—No seáis trasgueros, así de pronto no sé a quién dirigirme.

—Te has de declarar esta misma noche. ¡A la fuerza, a la fuerza!

El hijo de la *señá* Petra quedó pensativo, y después exclamó:

—Bueno, puesto que no hay otro remedio, en marcha. Que siga la ronda hacia la casa del *señó* Felipe.

—¡Bravo, bravo! Así nos gusta, que todo quede en la familia. Tu hermano Desiderio, con Tomasa, y tú, con Agueda. ¡Vamos allá! ¡Rompan filas los dulzaineros!

Y todo el grupo, armando una gritería infernal, siguió con dirección a la vivienda del alcalde.

Al llegar allí, Eufrasio se acercó a la ventana y puso entre sus hierros un ramo de flores y una sarta de rosquillas. Momentos después, coreado por sus amigos, y oyéndose de vez en cuando la flauta y el tamboril, cantó con voz clara y serena:

Vamos llegando y cantando,
galanes de mi cuadrilla;
vamos llegando y cantando,
que despierta está la niña.

Hubo una pausa, y continuó:

Venimos echando suertes
desde la esquina al madero,
venimos echando suertes,
y a mí me toca primero.

Con voz más suave y llena de ternura siguió cantando:

Aquí te traigo la ronda,
prenda de mi corazón;
aquí te traigo la ronda
que me corre obligación.

—¡Te has portado, Eufrasio!

—¡Eres un hombre!—exclamaban sus amigos, jaleándolo.

—Pues allá va la última. Oído a la caja:

La despedida te doy,
la que dan los labradores,
con los aperos al hombro.
¡Adiós, ramito de flores!

¡Muy bien, muy bien! Ahora dale unas perrillas a los dulzaineros, y vamos a casa de *la* mi novia, puesto que soy el segundo—dijo el mozo de los brazos hercúleos y de la voz de tormenta.

—¡Andando, que se hace tarde!

Toda la ronda se puso en movimiento. Pasaron por tres o cuatro callejas oscuras. De pronto, se detuvieron. El mozo de los ademanes jactanciosos se adelantó y prendió en la ventana de una de las casas un ramo de flores y un racimo de guindas. Después atronó el espacio con su vozarrón de gigante:

Tienes el portal barrido,
sobre barrido, regado;
tienes el novio valiente,
sobre valiente, prendado.

—¡Eso es tener pulmones!

—¡Venga la otra!

—¿No sabes los sacramentos del amor?—le preguntó uno de sus amigos.

—¡Ya lo creo que los sé!

—Pues a cantarlos, que *la* tu novia te lo agradecerá.

—Allá voy; pero silencio, que no quiero que pierda ni una letra *la* mi *chacha*. ¡Eh, dulzaineros, un poco más bajito!

La música del tamboril y de la flauta fué decreciendo. Daba la impresión de que se alejaba por la calleja oscura:

Los sacramentos de amor,
niña, te voy a cantar;
si los quieres aprender,
bien los puedes escuchar:
El primero es el bautismo;
bien sé que estás bautizada,
que te ha bautizado el cura
para ser buena cristiana.
El segundo, confirmación;
bien sé que estás confirmada,
que te confirmó el obispo
para ser mi enamorada.
El tercero, penitencia;
en penitencia me han dado
el estar contigo a solas...
eso no se me ha logrado.
El cuarto es la comunión;
recíbela con gran celo,
que si al pronto te murieras
derechita ibas al cielo.
El quinto es la Extramaunción...
yo con extremos te quiero,
que me traes por esas calles
que ni duermo ni *asosiego*.
El sexto, que es la Orden,
yo cura no lo he de ser,
que en los libros de esta dama
toda mi vida estudié.
Y el séptimo, matrimonio,
que es lo que vengo a buscar,
con licencia de tus padres
y tuya si me la das.

Las rondas de mozos siguieron correteando por las calles del pueblo toda la noche mientras cantaban y bebían sin descanso. A la mañana siguiente aparecieron entre los hierros de muchas ventanas ramos de flores, racimos de guindas y sartas de rosquillas.

Agueda, al levantarse, vió también su ventana llena de ofrendas. Recordó entonces los cantares de la noche de San Juan, y acongojada y entristecida, ocultó el rostro entre las manos y lloró en silencio.

* * *

Al amanecer, las mozas que habían sido obsequiadas por sus galanes la noche anterior, se reunieron en casa de una de ellas, y en grupos emprendieron la marcha hacia la fuente del pueblo. En la mañana cálida de estío se llenaban de luz sus pañuelos de colores y sus refajos de cenefa granate. En el pueblo negro, ponían pinceladas vivas, de acuarela. Todas llevaban a la cintura, rodeándolo con su robusto brazo, el cántaro panzudo, blanco y rezumoso. Reían unas con las otras y retozaban y corrían como ovejas de un mismo rebaño.

—¿Adónde van las mozas en la mañanita de San Juan?—preguntó una vieja que se cruzó en el camino con uno de estos grupos.

—A la fuente en busca del agua del amor—contestó gozosa una de las muchachas, de ojos azules y rubia como las candelas.

—Cuidado, no se os vaya a romper el cántaro—agregó la anciana, sonriéndose.

—No se preocupe de éso, *señá* Hipólita, que si se nos cae el cántaro, ya procuraremos que caiga en blando.

Estas frases, llenas de malicia aldeana, fueron recibidas con gran júbilo por todas las mozas, y el holgorio y la broma aumentaron durante el largo trecho que habrían de recorrer hasta llegar a la fuente. Allí aguardaban los mozos, ya con alguna impaciencia. Dejaron ellas los cántaros en el suelo, y cada una se unió a su novio o a su pretendiente.

Al fondo se veía ondular el terreno con sus encinares de un verde oscuro. Más lejos, la línea quebrada de un monte. En la altura, el cielo azul sin nubes. En primer término, la fuente con sus chorros de agua clara cayendo en el amplio tazón. En unos poyetes de piedra, las mozas sentadas con indolencia femenil: unas, oyendo con las mejillas encendidas por el rubor las palabras de cariño de su pareja; otras, dejándose coger las manos por el novio atrevido y locuaz. Las risas estallaban en el aire, y se envolvían en la luz de la mañana soleada. Los mozos vestían de fiesta; las mozas adornábanse con un collar de cuentas doradas, primorosamente ensartadas en una cinta roja. Esta cinta atábase por detrás, y las puntas quedaban flotando por encima del pañuelo, y así colocadas eran como un certificado de soltería.

—Oye, morucha, no te veo el *síguemepollo*. ¿Te

has casado sin que yo me entere?—preguntó un mocito a una morena de ojos negros y adormilados.

—¿No tienes ojos en la cara, bobo? ¿No ves las puntas de la cinta?

Y volviéndose de espaldas, le presentó la nuca más bonita y más enloquecedora que había en Tejuelo.

El brutísimo del pretendiente, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, agachó la cabeza como un toro que se dispusiese a embestir y le estampó un beso que sonó como un cohete al dispararse.

La moza protestó airada.

—¡Cerdo, animal, asqueroso!

Pero él, la calmó en seguida diciéndole que de ella era la culpa, por haber puesto al alcance de sus labios una cosa tan linda. Después, mozas y mozos bailaron en torno de la fuente. Todo entonces volvió a adquirir una graciosa ingenuidad de paisaje campestre, de idilio pastoril, bajo el rumor del agua. El monte parecía de líneas más suaves, y las encinas, menos añosas y retorcidas. Había menos dureza en el ambiente y más luz en el cielo. La Castilla negra y sórdida quedaba encerrada en aquel pueblo miserable, donde todo tenía un precio, hasta el amor.

Agueda no acudió a la fuente. Eufrasio se consoló de esta ausencia injustificada bailando con otra moza.

XVI

—¿De modo que anoche te cantaron el ramo?

—¿Ibas tú en la ronda?—preguntó ávidamente la hija del *señó* Felipe.

—No. Ya sabes que aquí se me considera como forastero.

—Entonces, ¿cómo te has enterado?

—Me lo han dicho hace un momento. Además he visto tu ventana cubierta de flores.

—Ahora, no.

—Ahora, no; pero al amanecer estaba llena de ramilletes, de rosquillas y de guindas. Si no es un secreto, ¿puede saberse quién ha sido el galán?

—¡Oh, no tiene importancia! Dicen que colocó el ramo y cantó las coplas Eufrasio. Pero yo no quiero nada con él. Me han asegurado que esta mañana me esperaba en la fuente.

—¿Y no has ido?

—No. Maldita la falta que me hace a mí un novio.

—Sin embargo, ya podías oír hablar de amores.

—Con gusto tal vez.

—¿No sientes por Eufrasio ninguna simpatía, Agueda?—preguntó Pedro, mirándola fijamente y temblándole los labios.

—Ninguna—repuso ella con serenidad, mientras apretaba una de las tuercas del bastidor.

El sol de la mañana de junio entraba por una de las ventanitas del despacho, arrojando al suelo la sombra de los visillos, convertida en un finísimo encaje de estrellas, redondeles y triángulos, que se llenaban de áureos resplandores y hacían más oscuros los arabescos asiluetados del tejido.

El *señó* Felipe tuvo que bajar a la bodega, y mientras, Agueda y Pedro conversaban plácidamente, recordando los últimos acontecimientos. No hubo la menor alusión al diálogo entablado por ellos la noche de San Juan. Pedro sentíase cohibido, pero al mismo tiempo las palabras de Agueda caían y sonaban en su corazón alegremente. Por su manera de responder comprendía que la muchacha miraba, no sólo con indiferencia, sino con desvío al hermano de Desiderio. Esto le produjo un gran contento, una intensa y profunda satisfacción, incapaz de definir su causa, pero no por eso menos verdadera ni menos halagadora. Parecía que Agueda, pensando así, hallábase más cerca de su cuerpo y de su espíritu, como en la noche inolvidable cuando bailaron juntos. ¡Qué felicidad! Jamás olvidaría aquellos instantes de divina emoción. Recordó ahora, abrumado de temores, las frases que se cruzaron en aquellos momentos de sinceridad y de abandono. Sí. La duda se convertía en certeza. El estaba enamorado de un imposible. De algo tan alto, que no podría alcanzar nunca. Aun era un sueño su deseo, y ya se presentaban los obstáculos para derribar todo el castillo de sus quime-

ras. Ahora, Eufrasio; luego, el *señó* Felipe. Al primero no le tenía miedo; pero de pensar en el segundo se estremecía. En el fondo de su corazón ocultaría aquel cariño que iba creciendo por momentos, alimentado por los recuerdos de su infancia.

Pedro, fingiendo indiferencia, preguntó a la hija de su principal:

—¿Se ha enterado tu padre de que anoche te cantaron el ramo?

—Yo creo que sí; pero hasta ahora no me ha dicho nada.

Pedro miró de nuevo a Agueda.

—¿Y si al enterarse te obligara a hacerte novia de Eufrasio?

Tembló la voz del huérfano al pronunciar estas palabras, mientras por sus ojos tristes pasaba toda la melancolía de un amor que ya creía perdido.

—Y no queriéndolo yo, ¿qué empeño habría de tener mi padre?

—Ya sabes, Agueda, que aquí se hacen los casamientos por conveniencia.

—Es verdad; pero cuando se opone la interesada...

—Tal vez sea peor.

—¿Por qué?

—Porque entonces el padre piensa que se burla su autoridad, y lo que antes era un consejo se convierte en un mandato.

—No creo que el mío llegara nunca a ese extremo.

—Toma tus precauciones, Agueda. Ya sabes que te quiero como a una hermana.

Y después, en tono más bajo, como si temiera ser

oído por el *señó* Felipe, que aun seguía en la bodega, Pedro hundió la mirada de sus pupilas zarcas en las negras de Agueda, y agregó, poniendo una dulce ternura en sus frases:

—¡Por tu felicidad daría mi vida!

Quedaron unos segundos en silencio, contemplándose mutuamente. La luz del sol, cernida por los visillos, seguía trazando fantásticos arabescos en el entarimado del despacho.

XVII

—Dios te guarde, Nicomedes.

—Y a usted también, *señó* Felipe.

—¿Adónde se marcha tan temprano?

—Voy a Béjar; tengo que arreglar allí unos asuntillos.

—Ya hacía tiempo que no salías de viaje. Si mal no recuerdo, desde que se ahorcó tu pariente en la bodega.

—Tiene usted buena memoria, *señó* Felipe. Así es.

—A ver si buscas una mujer rica en Béjar. Un hombre ya a tu edad no debe vivir solo. Te puede entrar la murria o te puede dar por ahorcarte, como a tu tío Sinibaldo. Ya sabes que todo eso es contagioso.

Hablaba el *señó* Felipe con tanta naturalidad, que el veterinario no paró mientes en la ironía que encerraban aquellas frases.

—Ya soy viejo para el casorio. Tengo los espolones muy duros y no hay quien cargue conmigo, *señó* Felipe.

—Eso no es una razón. Otros gallos con los espolones más duros que los tuyos han dado con la cresta en el altar del santo matrimonio.

—Yo no quiero romperme la cabeza con el golpe.

Las cosas, a su tiempo. Y desde los cuarenta para arriba, hay que tener más vista que un águila.

—El refrán no termina así, Nicomedes.

—Bueno, pues termínelo usted como quiera, que yo no he de enfadarme.

Rieron ambos después de este torneo de frases irónicas y de doble sentido.

—De modo que si desea usted algo para Béjar...

—Nada. Que te vaya bien. ¿Volverás a la noche, no es eso?

—¡Quién sabe!

—¿Quieres que tenga cuidado con tu casa?

—Hombre, si no le es molesto, échele una miradita de vez en cuando, aunque no creo que ocurra nada.

—¡Qué ha de ocurrir, hombre, si aquí todos nos conocemos!

Tan cazurramente fueron pronunciadas estas frases como las anteriores. De antemano sabía el *señó* Felipe que Nicomedes no iba a Béjar. Tal vez iría a Salamanca; pero esto le tenía sin cuidado. Era la costumbre del pueblo no confesar al salir de viaje el punto de destino. En la ventanilla de la estación pedían billete en voz baja, y cuando el taquillero no se enteraba y tenían que repetir el nombre de la estación, para desorientar a los demás individuos que había en la fila, daban el nombre de otra más cercana. De allí tomaban un nuevo billete hasta el punto verdadero de su destino. Era la reserva y el disimulo llevados hasta lo grotesco.

Desde la noche en que el *señó* Felipe tuvo la cer-

teza de que Nicomedes había sido el matador del viejo avaro, pensó en robarle el cofrecito con el dinero. Pacientemente esperó una ocasión favorable. Dos o tres veces intentó saltar la valla del corralillo en las altas horas de la noche y con una herramienta punzante y silenciosa desenterrar el tesoro; pero siempre que iba a poner en ejecución su idea la desechaba por peligrosa. Podría despertarse Nicomedes, y ya sabía él que no era hombre que se dejaría arrebatar la presa sin jugarse la piel. En estos casos, daba mejores resultados la astucia. El demonio de Nicomedes adivinaría quizás las intenciones del antiguo buhonero, porque no dejaba transcurrir más de una hora fuera de su casa. A lo sumo iba por las tardes y después de la cena al café; pero en el tiempo que permanecía allí no podía el *señó* Felipe escamotearle lo que deseaba, ni dejar el terreno como lo hubiera encontrado al empezar la operación. Por eso cuando, momentos antes le dijo Nicomedes que se marchaba a Béjar, la noticia le produjo una gran alegría, que hábilmente trató de disimular en presencia de su vecino. ¡Al fin iba a caer en la trampa el muy zorro! La fortuna del cofrecito pasaría a poder del *señó* Felipe. ¡Vaya un golpe maestro! Robar a un ladrón e inutilizarlo para la defensa. En toda su vida de buhonero no se le había presentado un caso igual. Dábanle unas ganas terribles de reír, al pensar en la cara que pondría Nicomedes cuando fuera en busca del cofrecillo y lo encontrara vacío. ¡Los sapos y culebras que saldrían de su boca! ¡Cómo se *ciscaría* en todos los santos de la Corte celestial! ¡Ha-

bría que verle dando saltos y brincos como un loco! La verdad que el negocio estaba bien urdido. Ni el Cid le aventajaba cuando entregó a los judíos los dos cofres llenos de piedras. Aquello era más burdo. El desplumaría a Nicomedes con más ingenio y con más finura.

Preparó su plan de ataque. Saltaría la pared del solar de su vecino, y a la hora de la siesta, en esa hora en que el sol caía implacablemente sobre el pueblo, y nadie transitaba por sus callejas negras y tortuosas.

* * *

Una vez seguro de que en su casa reinaba el silencio y de que podría emprender su trabajo en el solar de Nicomedes sin temor a ser interrumpido, pues Agueda estaba durmiendo la siesta y Pedro no acudía al despacho hasta las tres, el *señó* Felipe cogió sus herramientas de cavador y se dispuso a desvalijar al veterinario, que muy ajeno a lo que se tramaba en su domicilio, ambularía a estas horas por las calles de Salamanca. Ya había apoyado el *señó* Felipe una escalerilla en el muro medianero, cuando oyó unos golpes dados con violencia sobre la puerta de su casa. Quitó la escalera rápidamente. Echó a un rincón del solar el pico, y con rapidez volvió a entrar en su vivienda para despedir con viento fresco a la persona que osara llamar a una hora tan desusada.

—¿Quién es?—preguntó rudamente desde dentro.

—¡Abra usted, *señó* Felipe, que quiero llevarme unos jamoncillos para la aldea!

—¿No puedes volver más tarde?

—No, señor; no me hace juego. Tengo el borriquillo a la puerta y he de cargarlo ahora. Si usted no me despacha, tendré que ir a otro sitio.

¡No faltaba más! ¡Eso sí que no lo consentía el *señó* Felipe! Perder un cliente y que se lo llevase otro jamonero del pueblo, era algo superior a sus fuerzas. Pensó que podía despachar al aldeano y que aun le quedaría tiempo para desenterrar el cofrecillo. Abrió, pues, la puerta, y seguido del comprador bajó a la bodega para entregarle el género. Todo era cuestión de unos segundos; pero el hombré propone y Dios o el díablo disponen. El caso era para renegar de lo divino y de lo humano. Cuando ya en la puerta se despedía del tío del burro, después de haberle endosado tres jamones faltos de peso, llegaron Tomasa y Desiderio, que venían a echar un ratito de charla. El *señó* Felipe hizo de tripas corazón, y disimuló su contrariedad. Al poco tiempo se despertó Agueda. Ya no era posible intentar nada sin inspirar sospechas. Había que conformarse y aguardar una ocasión más propicia. No habría de ser el último viaje que hiciera Nicomedes a Salamanca.

XVIII

Aquella mañana la *señá* Petra se puso el *mánteo* de los días de fiesta, su mantilla forrada de terciopelo, sus zarzillos de chorreras, su collar áureo de cuentas caladas, y hecha una reina de la aldea, se presentó en casa de su consuegro, el *señó* Felipe.

—¿Qué de bueno trae por *la* mi casa la *señá* Petra? ¿Hay crío a la vista? ¿Ocurre algo grave?

—No hay crío a la vista, ni pasa nada grave. Vengo a que hablemos un ratito sobre un asunto que nos interesa a los dos por igual.

—Pues siéntese, consuegra, y hable, que soy todo oídos.

—Bueno, pues allá va. No he sido nunca amiga de rodeos y menos en este caso.

No sabía el *tío* Felipe *por dónde iba* la *señá* Petra; de modo que acogió con alguna desconfianza sus frases laberínticas y tomó sus posiciones para precaverse de algún ataque inesperado.

—No se me ponga fosco el señor alcalde, que no le voy a pedir ningún préstamo. La buena cara y el agua no se le niega a ningún cristiano—dijo la madre de Desiderio.

—No sea mal pensada, consuegra.

—Bueno, por si acaso.

—Pero vamos a ver. ¿No decía usted hace un momento que no le gustaba dar rodeos?

—*Muy ciertísimo, señó* Felipe.

—Pues entonces rompa usted ya el fuego, y no gaste pólvora en salvas.

—Tiene usted más paciencia que un santo. Perdóneme, *señó* Felipe, y tápese, que allá va la rociada. ¿Usted sabe quién puso flores, guindas y rosquillas la noche de San Juan en la ventana de Agueda?

—Me lo han dicho; pero no le he dado importancia—repuso el *señó* Felipe, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

La *señá* Petra pronunció por lo bajo un *buen zorro estás hecho,* y agregó sonriéndose:

—Bueno. Pues, a pesar de lo que usted cree, la cosa tiene importancia. Mi hijo Eufrasio mira con buenos ojos a la Agueda, y si llegamos a un acuerdo en el trato, yo no tengo inconveniente en que se echen las bendiciones.

—Eso, *señá* Petra, habrá que pensarlo. Agueda es todavía muy niña.

—No tan niña, *señó* Felipe. A los diecisiete años me casé yo.

—Pero aquéllos eran otros tiempos.

—No veo que haya diferencia con los de hoy.

—Bien. Vayamos por partes. ¿Qué dote piensa usted *darle* a su hijo Eufrasio?

—Yo había pensado darle el encinar de la hondonada, el huerto del valle y el *casillo* que tengo en las afueras del pueblo.

—Poco dadivosa está la consuegra—repuso el

señó Felipe. Y añadió cariñosamente:—Hay que sacrificarse algo más por los hijos. Yo, si usted le entrega todo eso y las ovejas y los cerdos que tiene repartidos por el monte, daré a mi hija participación en mi bodega de jamones y el mejor encinar que hay por aquí en dos leguas a la redonda.

—¿Y en plata contante y sonante?—preguntó la *señá* Petra.

—En plata no puedo dar ni una monedilla de cincuenta céntimos. Ya en el casamiento de la otra mi hija aflojé bastante la bolsa. Me parece que me pongo en razón.

—*Señó* Felipe. No principiemos como la otra vez, que se puso usted pesado, y por cuatro cuartos estuvo a punto de aguarse la boda. A los intereses de usted y a los míos conviene que Eufrasio se case con Agueda.

—Pero el negocio es el negocio, *señá* Petra. Y usted en esta ocasión no es muy espléndida.

—Pero ¿qué dice usted? Si sólo mi huerto y mi encinar valen por todo lo que usted piensa *cederle* a la moza.

—Y lo que produce mi bodega, ¿es un grano de anís?

—Eso también hay que variarlo. Los mozos ya casados deben de vivir de sus bienes propios. La participación en los beneficios de la bodega podría traer disgustos. Me parece mejor que le entregara usted una cantidad de jamones y que la pareja comerciara a su antojo. Si usted acepta, yo estoy dis-

puesta también a entregarle dos docenas de ovejas y diez cerdos.

—*Señá* Petra, déjeme pensar algún tiempo en el asunto. No se arregla un casamiento como el que se bebe un vaso de agua.

—Está bien. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. Ahora me voy a mi casa, y usted avisará. No tarde mucho, porque mi hijo Eufrasio quiere casarse pronto, y si no es con su hija, no le faltará novia en el pueblo.

—No lo olvidaré, *señá* Petra. Y ahora, ¿quiere usted hablar con Agueda?

—No, déjela. Ya parlaré con ella cuando arreglemos el negocio. Antes habemos de estar nosotros de acuerdo.

Y después de esta brutal respuesta, la madre de Eufrasio se despidió, dejando sumido al *señó* Felipe en un pozo de cavilaciones.

XIX

Celebrábase un bautizo en el pueblo. La quietud y la paz de los días anteriores se habían turbado, y por las calles cercanas a la iglesia oíanse gritos y risas de chicuelos que esperaban con ansiedad la salida de la criatura recién bautizada, y más que a la criatura, al padrino, pues, según decían, era espléndido como un andaluz.

Agueda y Pedro se asomaron a la puerta de la casa del *señó* Felipe, al sentir el alboroto de la chiquillería. Venía la comitiva de la iglesia con dirección a la plaza para hundirse por una de aquellas sórdidas callejas donde vivían los padres de la niña, que había recibido, sin enterarse, el sacramento del bautismo.

—¡Mira, Pedro, qué de gente viene; si parece una romería!

Era cierto. Toda la calle estaba convertida en una inmensa mancha parda que ondulaba y removíase entre los muros negros de las casuchas. Solamente se destacaba en aquel informe amontonamiento gris una pincelada blanca: la niña, envuelta en su clara mantilla de encaje y su gorrito adornado de cintas celestes.

La llevaba en brazos la madrina, rozando los an-

chos pliegues del negro manteo, y al lado, el padrino, viejo de rostro afeitado y de ojos muy azules.

Seguramente habría sido una broma lo de la esplendidez del padrino, pues, a pesar de que los muchachos pedían a voz en grito, algunos cuartos, el viejo permanecía impertérrito como si aquello no fuese con él. Por esta causa, el escándalo se hacía a cada momento más grande, y la protesta de los desarrapados muchachuelos llegaba ya casi al insulto.

—¡¡¡Roña, roña!!! ¡¡Perras, confituras, y si no, que se muera la criatura!!

Oían estas brutalidades el padrino, la madrina y el acompañamiento como el que oye llover bajo techado. Ni volvían la cabeza, ni apretaban el paso, ni se enfadaban. Serios y graves, seguían su camino, despreciando aquellas maldiciones de labios infantiles.

Tercos, los chiquillos saltaban en torno de la plana mayor del bautizo y repetían:

—¡¡Roña, roña!!... ¡¡Confitura, y si no, que se muera la criatura!!

De pronto, el padrino tuvo un rasgo de desprendimiento. Con lentitud, sin descomponerse, como siguiendo una costumbre establecida que era necesario cumplir a la fuerza, alzó una de sus manos en el aire, la ahuecó con malicia, redondeándola como un fruto bien henchido, y abriéndola repentinamente e imprimiendo al brazo un movimiento de rotación, dejó escapar un puñado de monedas de dos céntimos, que, a lo sumo, no pasarían de veinte. Como una lluvia negra, apagada al momento de empezar, cayó sobre

la banda pedigüeña el raquítico *pelón*. Fué cosa de brujería, porque al instante cesaron las protestas y las blasfemias, y aclamaron al padrino y a la madrina, sin olvidar a la criaturita, a quien ya no deseaban la muerte, sino una larga vida de felicidades.

Sonreían todos muy ufanos ante el milagroso cambio, debido a unas monedillas de cobre, creyendo el padrino que con aquel *pelón* se había captado las simpatías y el cariño de los rapaces; pero éstos, en cuanto soltaron una veintena de vivas (a moneda de dos céntimos por cada aclamación), ni una más ni una menos, las mismas que rociara el padrino, volvieron con más bríos a su pasada muletilla:

—¡¡Roña, roña!! ¡Perras, confitura, y si no, que se muera la criatura!!

La verdad es que la broma pasaba ya de castaño oscuro, y el viejo, aunque parecía rígido y sereno, con la hierática rigidez de una estatua egipcia, tenía la sangre más negra que una morcilla de Candelario, y de buena gana se hubiera liado a cachetes con aquella cáfila de granujas que pedían sin recato alguno, acudiendo al insulto una vez percatados de que las buenas palabras no servían para maldita la cosa.

Ahora pasaban por delante de Agueda y de Pedro los chiquillos, que no perdían de vista los movimientos del padrino, creyendo que, vencido por las maldiciones, volvería a levantar el brazo, arrojando sobre ellos otro puñado de monedas. ¡Pero era dema-

siada prodigalidad! ¡Ni que estuvieran en Jauja aquellos bigardones! Ya había cumplido como bueno. Aunque lo clavaran en una cruz como a Cristo, no daría ni un céntimo más. El rumbo tenía un límite, ¡canastos!

XX

El café principal de Tejuelo veíase bastante concurrido de tres a cuatro de la tarde y de nueve a once de la noche. Fuera de estas horas permanecía solitario.

El camarero y dueño del establecimiento al mismo tiempo, se tiraba sobre un diván, mientras en torno suyo revoloteaban las moscas, esas moscas repugnantes de los pueblos castellanos que se detienen con tranquilidad verdaderamente increíble en el borde de los vasos y de las tazas, en los terrones de azúcar, en las cucharillas y en las gotas de café o de agua que caen sobre el tablero de las mesas. Ciegas otras veces, trazan círculos en el aire y se meten por los ojos, por los oídos y por las narices, molestando con tal intensidad, que los nervios de la persona atacada por estos bichos odiosos, se excitan y el cerebro vibra como enloquecido. Pero esto le ocurre únicamente al forastero. Ahora, aunque las moscas silbaran en torno de Callixto y llegaran en su osadía temeraria hasta posarse en grupos sobre los rojos mofletes del dueño del café, no corrían ningún peligro, porque el paciente tejolense estaba familiarizado con aquellos insectos, que, en lugar de molestarle, servíanle de ayuda para coger el sueño con

más prontitud. Aquel runruneo en torno suyo y el roce casi imperceptible de las patitas y de las alas sobre los párpados, sobre las mejillas, sobre la nariz, sobre los labios y sobre el cuello, producíanle un leve cosquilleo tan grato para su sensibilidad de aldeano que lo iba adormeciendo, hundiéndolo en un sopor que poco a poco convertíase en un sueño profundísimo, acompañado de unos ronquidos que hacían huír despavoridas a las moscas durante algunos momentos.

Ya habían sonado las tres en la campana vieja y oxidada de la iglesia. Calixto desperezábase, alzando los brazos como dos aspas y abriendo la boca en un bostezo que convertía su rostro en una carátula grotesca.

El salón del café era largo y estrecho. Unos divanes forrados de cretona con listas rojas y verdes daban un aspecto abigarrado al establecimiento, semejante al interior de una caseta de playa o de feria. Catorce o quince mesas con tapa de mármol y algunas sillas de madera bastas y sucias se extendían por todo el local. Completaban el mísero mobiliario un mostrador y unos estantillos repletos de botellas. Ni un espejo, ni un cuadro, ni un cartel alegraban aquellas paredes mondas, grises y llenas de telarañas.

La puerta de entrada era de cristales. El local recibía la luz por dos ventanucos abiertos en la fachada principal. Unas cortinas de crudillo, colocadas sobre estos huecos, servían de tamiz a la claridad del exterior en la primavera y en el verano, pues en el

otoño y en el invierno toda la luz era insuficiente para que resultara el café menos lóbrego. En esas estaciones, Calixto arrancaba las cortinas de cuajo, es decir, de un tirón, y quedaban allí únicamente las argollas oxidadas y en el extremo de un grueso alambre que le servía de sostén.

En este café, de sórdida apariencia, jugaban al dominó y a las cartas los vecinos de Tejuelo, y cuando venían compradores o tratantes de ganados de otros puntos, los convidaban a una copa, sin perjuicio de cobrársela después, sea como fuere, dado el caso de que el negocio no se realizara.

* * *

—Buenas tardes, Calixto.

—Dios guarde a usted, *señó* Felipe.

—¿Todavía no ha venido nadie?

—No, señor; ya no tardarán.

—Está bien, hombre; tráeme mi tacita de café. Y no te olvides de las gotas, que ayer te hiciste el tonto.

—*Señó* Felipe, es que ahora nos han subido el café y el azúcar.

—Eso quiere decir que has suprimido las gotas.

—Sí, señor, Pero, en fin, con usted no va nada de eso. Se las echaré con mucho gusto. Con los demás no puedo tener esa atención, porque usted sabe muy bien la frescura de algunos. En vez de gotas, tomaban chorros. Y, la verdad, por treinta céntimos

una taza de café y medio litro de anisado, me parece que es para arruinar a cualquiera.

El *señó* Felipe prorrumpió en una carcajada y dijo, después de secarse el sudor que le corría por la frente y de espantar con el pañuelo una mosca que se obstinaba en parársele en la nariz:

—Te advierto, Calixto, que con esa innovación se te van a ir los parroquianos.

—Pues que se vayan. Con cerrar el establecimiento, terminamos de una vez.

—Eso no te conviene. Yo en tu caso seguiría dando las gotas, aunque en lugar de aguardiente puro, diera agua con azúcar y un poco de esencia de anís.

El dueño del café se quedó mirando fijamente al *señó* Felipe, y después de permanecer unos momentos pensativo, repuso con aplomo:

—¿Sabe usted que es una gran idea? Me parece que la voy a aprovechar; pero guárdeme usted el secreto, señor alcalde.

—Pues ya lo creo, hombre. Ahora que si te decides a poner en práctica mi consejo, has de arreglártela en forma que en mi taza de café las gotas sean de aguardiente puro y sin aumento en el precio. ¿Te enteras?

—Eso ni discutirlo, *señó* Felipe. La taza de usted al salir del mostrador llevará ya dentro lo suyo.

—Entonces, trato cerrado. Te guardaré el secreto, Calixto.

—Gracias, señor alcalde.

Uno y otro sonrieron con socarronería. Calixto, porque ya llevaba más de tres meses dando agua

azucarada con esencia de anís, y el *señó* Felipe porque lo sabía sin darse por enterado. Así pudo conseguir hábilmente que desde aquella tarde le mejorasen la calidad de las gotas. ¡Era mucho hombre el antiguo buhonero!

* * *

A las tres y media de la tarde parecía el café una taberna de los barrios bajos madrileños. Había mesas donde se jugaba al tute, a la malilla y en otras al dominó. Sentábanse en torno de las mesas grupos de hombres casi andrajosos, algunos con los pantalones llenos de remiendos, la blusa sucia y la gorra grasienta. Se les podía decir sin faltar a la verdad que eran unos descamisados, pues no llevaban camisa, y, sin embargo, el más pobre de ellos poseía una fortuna de quince a veinte mil duros. Con la gorrilla grasienta, el pantalón remendado y sus alpargatas grises, recorrían toda España comprando cerdos, vendiendo jamones y engañando al prójimo, siempre que se les pusiera a tiro.

—*Señó* Felipe, me ha matado usted con el seis cuatro—dijo un hombre ya de pelo en pecho y rascándose la cabeza con furia.

—No tenía otra jugada.

—¿Y el dos uno?

—No me conviene cerrar.

—¿Por qué?

—Porque nos quedaban más fichas que a ellos.

—Si había salido ya toda la tinta.

—No discutas, hombre; la jugada que yo hice era la racional.

—Según tú.

—Bueno. No tengo ganas de gastar saliva. Desde esta noche buscas otro compañero. A Nicomedes, que sabe jugar mejor que yo.

—Nicomedes desde la muerte de su tío no ha vuelto a coger las fichas. Además, ahora por la tarde no viene al café.

—La verdad que fué un trago lo del viejo.

—Un trago que al veterinario le ha sabido a gloria—repuso un mocetón alto y rubio.

—¿Y los nietos?—preguntó un anciano de rostro lleno de arrugas y tan pobre de ropa como los demás.

—Han cobrado también—agregó el mocetón rubio—; pero a mí me parece que Nicomedes se ha llevado la tajada más sabrosa... Y si hiciéramos caso a lo que dicen por ahí...

—No permito que se hable de ese asunto—intervino el alcalde—. No se puede acusar a nadie sin pruebas.

—Es verdad; pero en la conciencia de todos está que Nicomedes...

—¡Basta!—interrumpió agriamente el *señó* Felipe—. Ni a ti ni a éstos, ni a mí, nos interesan esas cosas, pues ninguno de nosotros había de heredar al avaro. De modo que punto en boca y siga la partida.

—Todo esto fué dicho en voz muy baja. El *señó* Felipe miró detenidamente a las personas que hallá-

banse en el establecimiento, y, tranquilo por el resultado de aquella inspección ocular, volcó las fichas y, con los brazos extendidos y las manos abiertas, empezó a removerlas, haciéndolas resbalar con estruendo de un extremo a otro de la mesa.

Alguien gritó autoritariamente:

—Calixto, tráeme café y no te olvides de las gotas.

—¡Voy en seguida!

El *señó* Felipe sonrió.

XXI

Eran las diez de la mañana de un día de agosto. El sol caía sobre el pueblo duramente. En las techumbres de pizarra y por los muros negros de las viviendas la luz resbalaba, arrancando metálicos fulgores de cobrizos tonos.

Agueda en su habitación huía de la mañana agosteña y se libraba de sus ardores colocándose cerca de la ventana y dejando a medio recoger la persiana verde de fino junquillo. Era quizás la única ventana alegre de la aldea. Por dentro, en el poyete, había dos macetas de geranios y cuatro de albahaca. Un pobre remedo de reja andaluza, pero embellecida ahora y como remozada por la presencia de Agueda. El vestido claro de la hija del *señó* Felipe alegraba aquel hueco, y desde fuera parecían menos negros los muros de la casita.

Con la cabeza baja y con las pupilas casi ocultas por las pestañas, hallábase Agueda repasando la ropa, cuando sintió un golpecito en la ventana. Levantó la vista de la costura y se estremeció profundamente, como si en aquel momento alguien le hubiese estrujado el corazón. Delante de ella, y al través de los hierros, vió a Eufrasio, que, sonriéndose con mucho desparpajo, le daba los buenos días.

A duras penas y haciendo un gran esfuerzo logró tranquilizarse la moza y repuso con frialdad:

—Otra vez avisa, hombre, que me has asustado.

—¿Es que te molesto?

—Tú no molestas nunca; pero como yo no esperaba a nadie, me sobresaltó tu presencia así, tan de repente.

Eufrasio aprovechó la respuesta de Agueda para entrar en el terreno que le convenía. Mirándola con el deseo del macho, despierta su sensualidad, que sólo la educación puede adormecer o conseguir que pase inadvertida para la mujer amada, el hijo de la *señá* Petra contestó con frescura:

—Pues no comprendo ese sobresalto, Agueda. ¿No te han dicho que fuí yo el que puso el *ramo* en *la* tu ventana la noche de San Juan?

—No. No me lo han dicho—replicó la moza, cambiando de color.

El bruto de Eufrasio, que la contemplaba bestialmente, se echó a reír. Después agregó con petulancia:

—Vamos, no te dé vergüenza, que querer a un mozo como yo, no es pecado mortal. Además, esto ha sido causa de brujería, porque yo no había pensado en ti. Tuvieron la culpa los amigos, que me obligaron a pretenderte y, sin embargo, ya ves, no me arrepiento. Para *la* mi mujer me gustas mucho, tan redondica y con esas carnes tan blancas.

Agueda se levantó con rapidez. En sus ojos negros ardía la cólera y el desprecio hacia aquel hombre, que descubría su pasión brutal con frases que azotaban el rostro como trallazos.

—Si sigues hablándome en esa forma, no te escucho ni una palabra más. No lo olvides.

Asombrado quedó el gaznápiro de Eufrasio con aquella contestación, que jamás oyera en labios de sus paisanas. ¿La había insultado? ¿Dijo él alguna cosa que hiriera el amor propio de Agueda? ¡Si aquellos piropos eran la esencia pura de la galantería! ¡Habráse visto una moza con más remilgos? Si no fuera por lo guapetona que estaba con el enfado reluciéndole en los ojos, era para mandarla con viento fresco a un sitio que no se distinguía por su mucha limpieza. ¿Así lo trataba aquella mocosa? ¿Y a él, que era el mejor partido de Tejuelo? Decididamente, Agueda no sabía lo que se pescaba.

Todos estos pensamientos iban pasando rápidamente por una cosa que tenía Eufrasio sobre los hombros, y a cada instante que transcurría estaba más asombrado y más perplejo. Al fin, rompió de nuevo a hablar.

—Bueno, mujer; perdona, que yo no he querido ofenderte. Si no me aprecias, no creo que sea razón para que te subas a las nubes.

Ella entonces contestó con más calma:

—Hablemos como amigos, como parientes que somos. Olvida lo que te he dicho, pues no he podido remediarlo. Lo que sí te ruego es que no me parles ahora de amoríos. Todavía no he pensado en nada de eso. Soy aún muy joven. Tal vez cuando pase algún tiempo, si tú sigues pensando lo mismo, yo me decida *a hacerme novia.*

—Bueno, todo está muy bien, Agueda, ¿pero qué

les digo yo a los amigos? ¿No comprendes que si me rechazas ahora se van a reír de mí?

Ella, con una sonrisa de desprecio, que ya en vano trataba de disimular, repuso:

—¿Luego a ti, por lo único que te sabe mal que no te acepte es porque te sientes herido en tu amor propio?

—Mujer, algo, algo hay de eso, pero no todo. Ya sabes que yo he tenido siempre para ti muchos miramientos. Quererte, te querré cuando llegue la ocasión, como tu padre ha querido a tu madre y mi hermano a tu hermana. Ahora, si tú has soñado...

Agueda le interrumpió de nuevo, invadida por la indignación:

—Mira, lo mejor será que busques por el pueblo otra moza. Yo, seguramente, no te podré hacer feliz.

—Esas son tontunas. Una hembra hace siempre feliz a su macho.

Agueda no quiso escuchar más brutalidades. Con ímpetu cerró la ventana. El mozo, desde fuera, sintió alejarse a la hija del *señó* Felipe por la alcoba hacia las habitaciones interiores. Después todo quedó en silencio.

Eufrasio sonrió de un modo ambiguo, como hombre que no puede comprender ni hacerse cargo de ciertas actitudes, y, encasquetándose el sombrero hasta las cejas, siguió calle abajo, murmurando entre dientes:

—¿Se habrá enfadado porque no le he dicho que un macho puede hacer también feliz a su hembra?

XXII

Aquella tarde, cuando entró Pedro en el despacho del *señó* Felipe, Agueda le salió al encuentro, entristecida, preocupada.

—¿Qué te ocurre, Agueda?

—Nada grave; pero tenía ansias de que vinieras antes de que mi padre regresara del café para poderte contar lo que me ha pasado hoy con ese bárbaro de Eufrasio. Con nadie he hablado de esta cuestión. Te lo cuento a ti, que eres mi único amigo.

El rostro de Pedro, a medida que Agueda hablaba, se ensombrecía.

—¿Qué te pasa, Pedro? ¿Te sientes mal? Te has puesto muy pálido.

—No te preocupes, Agueda. Es el calor de esta tarde. ¡Habla, habla! Aunque, sin que tú me digas nada, yo lo adivino.

Después, temblándole la voz, continuó poniendo una gran melancolía en sus palabras:

—Eufrasio se ha declarado y tú...

Ella no lo dejó concluír. Acercándose a Pedro y besándole sus pupilas zarcas con la mirada de sus ojos negros, terminó la frase:

—Y yo lo he rechazado, y lo rechazaré siempre, porque mi corazón no es mío ya. ¡Tú bien lo sabes!

Estaban en medio de la estancia, uno enfrente del otro, sin atreverse a avanzar ni a retroceder, convertidos momentáneamente en muñecos de trapo, sin voluntad para moverse ni para pronunciar una sola palabra. El amor, escondido en lo hondo del pecho durante los años de la niñez, brotó ahora con toda su fuerza expansiva, dispuesto a defenderse de las mayores asechanzas. Como hasta entonces no había tenido nada que temer, permaneció aletargado en el corazón, tiernamente, como un niño en el regazo de su madre; pero ahora, que el peligro se presentaba, despertábase con todas sus rebeldías, disponiéndose a la defensa, como un organismo sano se defiende y rechaza a los microbios y a los parásitos que se obstinan en interrumpir la marcha normal de su vida.

Agueda y Pedro se querían, sin haberse dicho nunca nada, sin que la confesión de aquel amor saliera de sus labios. Era un deseo callado, suave, adormecedor; palpitaba en las miradas y ocultábase en los corazones.

Pero en aquella mañana, las palabras cínicas de Eufrasio removieron en el fondo del pecho de Agueda todo el amor que le inspiraba Pedro. Ya no era posible fingir. Tenían que unirse para defenderse del enemigo, para zafarse de todas las redes que desde ahora caerían sobre ellos.

Pedro, fuertemente conmovido, como un loco, apretó las manos de Agueda entre las suyas y suplicó con ternura:

—Eres para mí la luz, el calor y la sangre de mis venas. Estoy solo en el mundo, no tengo a nadie más

que a ti. Júrame, Agueda, que no me olvidarás nunca; que no serás de otro, aunque no seas mía; que me querrás siempre, aunque se oponga quien se oponga; como yo a ti: con toda la vida!

Agueda reclinó la cabeza sobre el hombro de Pedro. El sol daba de lleno en su cabellera. Quedaron unos segundos así unidos, casi mezclándose sus alientos. Pedro buscó, enloquecido, la boca de Agueda; mas en aquel instante creyó que profanaría con el beso la pureza de su amor, y retiró sus labios.

Ella volvió entonces de su momentáneo desfallecimiento. Levantó el rostro, soltó las manos de Pedro y se dejó caer sobre una silla, sollozando como una niña a quien se le ha reñido por una travesura.

Pedro tornó a acercarse:

—¡Agueda! Por Dios, que puede regresar tu padre, y si te encuentra así pudiera sospechar algo. Tiemblo sólo de pensarlo. Me echaría de esta casa y quién sabe si hasta del pueblo. Cálmate, y que nada note. ¡Hazlo por nuestro amor!

Agueda, con los ojos todavía humedecidos por las lágrimas, repuso, llena de angustia:

—Pero ¿y si me dice que no rechace las pretensiones de Eufrasio? ¿Y si me obliga a casarme con él? Ya conoces a mi padre. Si ve negocio en esto, hará lo mismo que hizo con mi hermana.

—¿Aun en contra de tu voluntad?

—Aquí en esta casa no hay más voluntad que la suya. Y si yo alguna vez me negara a obedecerle, creo que me mataría.

—¡Entonces, finge, finge hasta el último momento!

—¿Y después?

—Después ya el Cielo nos iluminará; pero, óyelo bien, Agueda, yo todo lo sufro y a todo me avengo, ¿sabes?, menos a perderte; antes me dejaría coser a puñaladas.

—¡No hables así, Pedro, que me entristeces mucho!

Se acercaron aún más para mirarse, para prestarse fuerzas en aquella lucha por el triunfo de su amor.

Cuando regresó el *señó* Felipe del café, Pedro, en el despacho, extendía facturas tranquilamente, y Agueda se había ya retirado a las habitaciones interiores.

XXIII

En vísperas de las fiestas del pueblo, salió nuevamente Nicomedes de viaje. Fiel a la costumbre establecida, no dijo adónde iba; pero el *señó* Felipe, que desde hacía tiempo no se le escapaba ningún detalle de la vida de su vecino, supuso que iría a Salamanca.

¡Al fin se presentaba la ocasión tan inútilmente buscada, desde su primer intento, de desenterrar el cofrecito. ¡Lo que es hoy tomaría sus precauciones para no ser interrumpido en la faena. Tenía tiempo sobrado. Nicomedes había salido de Tejuelo por la mañana y regresaría al obscurecer.

Después del almuerzo, pretextando una fuerte jaqueca, se retiró a su alcoba, y ordenó a su hija que cerrara la casa a piedra y lodo y que no abriera a nadie hasta después de pasadas las horas de la siesta. Después, añadió, en un tono que no admitía réplica:

—Tú acuéstate también, y para que no andes metiendo ruido por la casa te encerraré en tu habitación. Cuando pasen las horas de la siesta me llamas y te abriré.

Agueda se quedó mirando a su padre con extrañeza. Jamás había ocurrido aquello. ¿Se habría entera-

do de algo? Palideció intensamente y, temblando de miedo, pudo balbucear:

—Padre, ¿a qué viene eso hoy? Nunca me ha encerrado usted. El *señó* Felipe sonrió y, con indiferencia, repuso:

—Vamos, no te preocupes. Lo hago para que me dejes tranquilo. Ya sabes que muchas tardes empiezas a trajinar por la casa y no me dejas dormir. Así, encerradita, no hay cuidado de que me despiertes.

Agueda bajó la cabeza y se retiró a su alcoba para cumplir la orden. Iba inquieta e invadida de una mortal congoja. Cuando su padre cerró la puerta, Agueda creyó que todo había sido descubierto y que empezaba para ella el calvario de su vida.

* * *

En mangas de camisa, el *señó* Felipe atacaba con un enorme pico aquel suelo apelmazado y reseco por los ardientes rayos del sol. Hacía ya bastante tiempo que no llovía y la tierra estaba endurecida. El *señó* Felipe trabajaba con bríos juveniles. Rítmicamente, a pausas cortas, clavábase en la tierra la aguda punta de aquella herramienta, que levantaba nubecillas de polvo, haciendo saltar al mismo tiempo algunas chispas de los guijarros. De vez en vez, dejaba caer el pico y cogía un azadón con el propósito de echar fuera los pedruscos que le estorbaban para seguir ahondando.

La tarea no era fácil. Aquel bandido de Nicome-

des había enterrado bien el cofrecito. El antiguo buhonero sudaba por todos los poros de su cuerpo. Ya llevaba ahondando bastante. ¿Se habría equivocado de sitio? No. Estaba seguro. Era allí, a medio metro de la acacia, en línea recta a la vivienda. No tendría perdón de Dios que a sus años y con su experiencia de la vida se equivocara.

Con nuevos bríos atacó el terreno para profundizar más. Hubo piedra que saltó en cinco pedazos. Sobre las espaldas del *señó* Felipe se aplastaban rabiosamente los rayos del sol. Al sordo rumor del instrumento al clavarse en la tierra, seguía la respiración dificultosa y anhelante del antiguo buhonero. El ya no estaba para aquellos trotes. Sentía cansancio y hasta miedo de ser sorprendido antes de terminar su faena. Se detuvo unos momentos y, con un pañuelo, fué secándose con lentitud el sudor, que le corría por los surcos de sus mejillas. ¡Surcos ya! ¡Como la tierra cuando se labra! Empezaba a ser viejo. En su juventud no hubiera necesitado tanto tiempo para abrir un hoyo o una zanja.. Iba ya pasando la hora de la siesta. Era absolutamente imprescindible concluír pronto. Consultó su reloj. Podía disponer aún de cuarenta minutos. Pedro, su escribiente, solía venir a las tres y media. No convenía que encontrase la casa cerrada. Con más ahinco volvió à su trabajo. De súbito lanzó una exclamación de alegría. La punta acerada de su herramienta había tocado un objeto extraño. Tiró el pico y escarbó con las uñas. Entre la arcilla reseca relucían unos adornos de metal. Poco a poco fué surgiendo la tapa del cofrecito. Con la hoja de una nava-

ja arañó la tierra de los lados. Descubiertas las argollas, que colgaban de los extremos de aquel lindo mueblecillo, pudo asirlas con fuerza. ¡Ya era suyo el tesoro! Puso el cofrecito en el suelo, bajo la sombra de la acacia, y se dispuso a violentar la cerradura. Pero no hizo falta. La tapa cedió al primer impulso.

El *señó* Felipe retrocedió, rechinando los dientes y blasfemando como en su buena época de buhonero. ¡Ah, el bandido! El cofrecito estaba vacío, completamente vacío, las onzas del viejo Sinibaldo estarían ya ingresadas en los Bancos de Béjar y de Salamanca. Seguramente los dos viajes hechos por Nicomedes no tendrían más fin que poner a buen recaudo el dinero.

Fracasados por completo sus planes, puso el cofrecillo en el mismo sitio de donde lo sacara; lo cubrió de nuevo, hizo desaparecer todo vestigio de haber sido removido el terreno, recogió las herramientas y, por último, saltó a su corral ayudándose con la escalera de mano.

Poco después, sano y salvo, pero algo molido y bastante chasqueado, entraba el *señó* Felipe en su casa.

XXIV

La víspera de la fiesta del patrón del pueblo, Santo Domingo de Guzmán, la plaza presentaba un bonito aspecto. Una mancha blanca movible, contenida por los muros negros de las casas, se extendía hasta cubrir los más apartados rincones. Eran numerosos rebaños de corderos que acudían a la Plaza Mayor, donde se celebraba este curioso mercado, pues no había vecino que no tuviese dispuesta la cantidad necesaria para comprar un borrego, que, una vez sacrificado, figuraría como sabroso plato mientras durasen las fiestas.

Desde el amanecer oíanse por las calles del pueblo los dolientes balidos de los carneros y de las ovejas y las voces rudas de los pastores. En la plaza formábanse pequeños rediles, y allí los dueños de los rebaños admitían las ofertas ventajosas y rechazaban con mucha tranquilidad las que no les convenían, sabiendo que habrían de vender hasta el más escuálido borreguillo, pues ningún vecino de Tejuelo dejaba de hacer su compra antes de ponerse el sol.

El *señó* Felipe, que salió muy temprano para *mercar* su cordero, iba de un lado para otro, con la intención de hacer su compra con todas las ventajas posibles.

Como era costumbre, ya habían llegado al pueblo todos los tejolenses que vivían fuera, aunque tuviesen que hacer el viaje desde el Norte o desde el Sur de la Península. No venían sólo de España: algunos hacían el viaje desde América, expresamente para asistir a las fiestas. Era curiosísima esta explosión de cariño al terruño en estos días. Ellos, tan amigos del dinero, que no malgastaban un solo céntimo en época normal y que a veces cometían crímenes por unos miserables ochavos, acudían desde muy lejos, consumiendo energías y pesetas en largos y molestísimos viajes. Y había tal seguridad de que no dejarían de presentarse todos los que se hallaban fuera, que cuando alguno de ellos faltaba, solían decir los otros:

—¡Pobrecillo, se habrá muerto o estará mal herido en un hospital!

No se comprendía de otra manera la falta de asistencia en días tan señalados, y se sabía entonces quiénes habían hecho fortuna y quiénes no habían medrado fuera del terruño.

En esta mañana, el *señó* Felipe saludó a los hermanos Melgares, dos castizos tejolenses dueños de una chacinería en Buenos Aires; a Pollito, un viejo pequeñín que vivía en La Habana, donde llegó a reunir una gran fortuna; a la Roja, mujer de carnes opulentas y de ubres de vaca, que por diciembre salió del pueblo para Extremadura, como ama de leche, y ahora, sin ningún remordimiento, había dejado de criar al niño para poder asistir a las fiestas; al ciego Heliodoro, que pedía limosna en el atrio de la catedral de Salamanca, y que ahorraba dinero todo el año

para ir al pueblo y presentarse con ropa nueva y como persona acomodada; una porción de mozos que habían entrado en quintas y servían al Rey en Cataluña, Galicia, Asturias, Andalucía y hasta en Africa. Estos mozos valíanse de toda clase de influencias para que les concedieran permiso, y lo conseguían casi siempre. Era de tal intensidad el amor a la patria chica en estos días, que, años antes, dos tejolenses sujetos al servicio militar estuvieron a punto de ser fusilados por marcharse al pueblo sin el permiso correspondiente de los superiores. Llegó también la *señá* Engracia, hoy doña Engracia, que tenía un almacén de jamones en Madrid y ganaba el dinero a espuertas, según frase del *tío* Felipe.

Todos andaban por la plaza, parándose cerca de los rediles y pidiendo precio por los borregos, que, con su mirada mansa y triste, parecían implorar compasión, como adivinando que se acercaba la hora de su muerte. Los quejidos subían entre oleadas de sol hacia el espacio caldeado y formaban una discordante algarabía: fuertes, roncos, sostenidos, vibrantes, y otros finos, suaves y casi apagados, como una voz de niño que demandase piedad.

Estaba contemplando el *señó* Felipe un hermoso borrego, cuando sintió que le tiraban de la chaqueta. Volvióse con rapidez y se encontró con el rostro alegre de la madre de Eufrasio.

—Consuegra, ¿habemos venido para mercar el borrego?

—Sí, señor. Quiero llevarme uno de muchísimas arrobas.

—¿Hay convidados?

—Tomasa y Desiderio, y usted, si quiere acompañarnos, *señó* Felipe.

—No echaré en saco roto su invitación, consuegra. Tenemos que parlar un ratillo sobre lo del otro día.

—¿Consultó usted con Agueda?

—No hace falta. Ella hará lo que yo le mande. La tengo bien acostumbrada.

—¿De modo que accede usted a lo que le dije?

—Si usted dota a su hijo con el encinar, el casillo, el huerto del valle y las ovejas y los cerdos que tiene repartidos por el monte, no creo que haya ningún inconveniente.

—Déjeme usted pensar un poco, consuegro. Cuando pasen las fiestas, le contestaré, que ahora no tiene una la cabeza en condiciones para saber si un negocio es bueno o malo.

—No hay que atropellarse. Tiempo hay de sobra. Que no es puñalada de pícaro. Y hablando de otro asunto. ¿Han venido muchos forasteros?

—Los de todos los años, *señó* Felipe, hasta el mendigo Heliodoro ha llegado con su ropilla nueva. Y pensar que dentro de unos días estará pidiendo limosna en la catedral de Salamanca. ¡Pobrecillo!

—Es usted muy compasiva, consuegra.

—Es que a mí me da mucha pena de los ciegos.

—La que no ha venido es la *señá* Engracia—dijo el *tío* Felipe, sin acordarse ya del pordiosero.

—Sí que ha llegado, consuegro. Y con más perifollos y más alhajas que una marquesa.

—Las paletillas que vende en Madrid como jamones, dan mucho dinero, consuegra.

—No sea usted mal pensado, señó Felipe, que todos, cuando llega el caso, vendemos también paletillas por jamones, y algunos hasta le dan una manita de yeso cuando se empiezan a pudrir. Ya sabe usted que la Villa y Corte, en comestibles, se traga lo bueno y lo malo.

El *señó* Felipe fingió que no había oído las últimas palabras de la *tía* Petra, y despidiéndose de ella efusivamente, le dijo:

—Bueno. Hasta luego o hasta mañana, y guárdeme un trocito de cordero asado.

—Un plato dispuesto habrá en la nuestra mesa para usted y otro para Agueda—agregó la madre de Eufrasio con malicia.

Avanzaba el día y el mercado animábase por momentos. Ya habían comenzado las compras. Por las calles cercanas a la plaza se veía de vez en cuando pasar un mozo o una moza, un viejo o una vieja tirando de un borrego, que balaba ruidosamente y se resistía a seguir al nuevo dueño.

La aldea por aquellas proximidades olía a establo y a hierba seca. Un polvillo blancuzco como una sutil humareda flotaba entre los rayos ardorosos del sol, que se aplastaban sobre los muros negros de las viviendas, haciéndolas relucir como placas de esmalte.

Un grupo de pastores comía y reía con mucha algazara en medio de la plaza. A veces oíase el ladrido de un perro feo, escuálido y de orejas largas y dere-

chas como las de un zorro. Entonces la vara de un zagal caía sobre el lomo del miserable animalucho, que iba a esconderse entre el rebaño de ovejas, aullando dolorido.
do dolorido.

Por extraño contraste, el cielo, intensamente azul sobre las techumbres de pizarra, tenía una belleza de cromo.

XXV

El día del Santo era como si el pueblo celebrase una gran batalla. Desde el amanecer, el bronce oxidado y viejo de la iglesia agitábase enloquecido. En las calles y desde las ventanas de las casas, los mozos disparaban las escopetas cargadas con pólvora. Los estampidos se sucedían con rapidez, y en el espacio flotaban grandes masas de humo gris, que al ser bañadas por el sol, convertíanse en nubes doradas. Todo adquiría más vida, más movimiento. A la función religiosa celebrada en la iglesia no faltaba nadie. Mozos y mozas estrenaban en este día ropa y zapatos. Era algo de ritual, y a los que no cumpliesen con esta costumbre se les despreciaba por miserables. Las fiestas duraban tres días. El primero, los mozos iban de chaqueta; el segundo, en mangas de camisa, para lucir los bordados de la pechera, y el tercero, con blusa corta. Los fanfarrones, en el último día, dejaban caer la blusa por atrás, ceñida al pantalón y la anudaban a la cintura por delante. Eran los guapos del pueblo, los *marchosos*, entre los cuales se encontraba Eufrasio, el hijo menor de la *señá* Petra.

El día del Santo, antes de la procesión, la iglesia estaba de bote en bote. Parecían menos viejos y menos descascarillados los altares. En el templo cada

familia tenía su sitio, que era respetado siempre por los demás. Estos sitios estaban señalados por una silla baja con iniciales en el espaldar, y por una especie de candelero de madera, construído toscamente, para colocar durante la función y la misa una o varias velas encendidas. Llamábanse *las sepulturas,* y el cirio con el pábilo tembloroso y vacilante, era como el espíritu de la persona fallecida que asistía a todos los actos religiosos. Aquellas luces amarillentas y violáceas, brillando en la nave del templo, cerca del rostro de algunos viejos, más descoloridos aún y más apergaminados por el reflejo mortecino de las llamitas, a veces casi apagadas como luciérnagas agónicas, producían una impresión inolvidable de misticismo castellano, hosco y sombrío. Había tantas, que flotaban sobre los manteos, entre los ojos negros, azules y verdes de las mozas; en torno de los niños y de las niñas, que solían inclinar la cabeza como huyendo del calor que despedían las inquietas lucecillas. Era como un cementerio lleno de fuegos fatuos, palpitando entre cuerpos de personas vivas que habían acudido a la ciudad de los muertos, poniéndose de hinojos para rendirles vasallaje.

Apoyados en las paredes y por los rincones del templo veíanse a los viejos, envueltos en su capa parda y sosteniendo entre sus manos sarmentosas el sombrero de copa abombada.

Sobre el altar mayor parecía flotar una nube de gusanos luminosos. Esa impresión fantástica, producía en la semipenumbra del templo, las velitas encendidas para alumbrar la figura del Santo Patrón.

Ya estaban en la iglesia la *señá* Petra con Tomasa. Eufrasio y Desiderio se habían colocado cerca del trascoro, donde se les reunió el *señó* Felipe y Nicomedes.

Agueda entró también con su mantilla adornada de abalorios y el forro de terciopelo negro, con sus largos y calados pendientes, con su collar de oro y su libro de misa envuelto en un pañolito de encaje. Al colocarse en su sitio, donde estaba la *sepultura,* la única vela encendida que había en el candelero rústico—el alma de su madre—se reflejó en los ojos negros de la moza, y brillaron tiernamente como humedecidos por una caricia lejana que viniera de lo misterioso.

Todo el pueblo había entrado ya en la iglesia. Allí estaban los hermanos Melgares; Pollito, el viejo pequeñín que vivía en La Habana; la Roja, con su pechazo saliente como la proa de un navío; Heliodoro. el mendigo ciego; la *señá* Engracia, con su vestido de chillones colores y con ese abigarramiento de toda aldeana que se ha enriquecido de un modo inesperado.

Pronto empezaría la misa. Dos curas habían venido de las aldeas del contorno para ayudar al párroco. En el templo reinaba un silencio absoluto. Sólo de vez en cuando, se oía una tosecilla seca, de viejo achacoso.

Agueda antes de sentarse miró hacia el rincón donde se hallaba la pila del agua bendita. En sus ojos hubo un chispazo de alegría, pronto apagado por una bocanada de misticismo. Sin embargo, Agueda sintió en su corazón como una tibia caricia. Era la mirada

de Pedro que se había cruzado con la suya desde el fondo de la iglesia, pasando entre las llamitas amoratadas y temblorosas de los cirios.

Hubo un rumor insólito y un murmullo, prontamente desvanecido, al aparecer los tres sacerdotes por la puertecilla de la sacristía. Dos monaguillos, vestidos de blanco y rojo y con unos incensarios de latón, acompañaban a los sagrados oficiantes, dejando en torno de ellos una gran humareda. Al través del incienso, las casullas de seda y moaré parecían estar aún más desteñidas. En aquel templo todo era ruinoso. Las vestiduras de los sacerdotes rimaban con los altares desconchados, con los herrajes mohosos, con los ventanucos sin cristales, con el techo de vigas carcomidas, con los muros grises y surcados de telarañas, con las cortinas desgarradas y comido el color por el sol y por las lluvias. El incienso flotando entre tanta miseria no parecía incienso, sino el polvo de muchos siglos que se había agitado de improviso por un hálito de ultratumba. Hasta las llamitas amarillentas y violáceas de los cirios temblaban y se retorcían con más inquietud.

Empezó la misa. En torno de los tres ministros del Señor flotaban las estolas verde Nilo, descoloridas por el uso. Los acólitos mostraban sus dalmáticas con lamparones de humedad y seguían agitando los incensarios de latón. Se oyó entonces la voz ronca del párroco que soltaba latines con sorprendente ligereza. Vibraba aún la última sílaba en el aire enrarecido del templo, cuando se oyó otra voz que venía

del coro, fina, aguda y aflautada. Siguió el silencio unos minutos. La atmósfera se hacía irrespirable. Olía fuertemente a cera, a pábilos quemados y a sudor de personas no muy amigas del aseo.

Ahora hubo un murmullo de aprobación. Los rostros parecían más alegres. Debióse este milagro al órgano del templo, que comenzó a esparcir sus notas suaves y ensoñadoras. Se le llamaba pomposamente órgano, pero en realidad era un acordeón tocado con maestría por Lucio el alguacil del Ayuntamiento. El hombre que cantaba en el coro con su voz de tiple no podía ser otro que el sacristán. En Tejuelo todo solucionábase fácilmente. La función religiosa, con tan valiosos ayudantes y con tan apreciables aditamentos, adquiría una gran solemnidad. La voz ronca del párroco, la aflautada del sacristán y, por último, los discordantes aullidos del acordeón, eran para maldecir de la cristiandad y hacerse mahometano; pero todo ello causaba una íntima complacencia a los hijos de Tejuelo, y ante el esplendor de aquella fiesta única, inenarrable, celebrada con la magnificencia de un culto oriental, sentíanse orgullosos.

La misa cantada duró mucho tiempo. El párroco, cansado ya, se dormía en las sílabas finales de los latines. Las aes ondulaban, se retorcían y esparcíanse por la atmósfera polvorienta del templo. El acordeón, al abrirse, se quejaba como una criatura que se le ha castigado duramente. El sacristán cambió su voz de tiple y empezó a chillar como un ratón al caer

en una trampa. Pero nada de esto llegaba a oídos de los feligreses de Tejuelo. La voz del sacerdote para ellos era sagrada; la del sacristán, dulcísima y evocadora, e inefables y maravillosas las notas del acordeón.

* * *

Se interrumpió la misa. En la iglesia hubo un revuelo de faldas, toses, susurros de conversaciones, crujidos de sillas y de tajuelas. Todos los fieles se iban colocando cómodamente para oír el sermón de un padre dominico que llegara de la serranía. De su lengua se contaban prodigios. Oyéndolo, el más ateo convertíase en creyente. Este originalísimo orador sagrado, cuando había un feligrés poco atento, lo increpaba desde el púlpito. Era un modo admirable de hacerse oír y de hacerse respetar. En Tejuelo, donde predicó ya otros años, gustaba mucho porque decía las cosas claritas.

—Si los políticos fueran como el padre Ambrosio, ¡qué bien andaríamos en España!—solían decir los de Tejuelo.

En efecto, el padre Ambrosio debajo del manteo llevaba los pantalones muy bien colocados. Usaba tirantes y una cuerda ceñida a la cintura. El padre Ambrosio tenía además unas barbas enormes, enmarañadas y sucias como las de Robinsón en la isla desierta. ¿Quién se hubiese atrevido a llevarle la contraria? Sus ojos grises despedían un fulgor apocalíp-

tico. Sus frases estallaban como truenos, y sus interjecciones ¡puño!, ¡carape!, ¡hodo! (por esta última exclamación se comprendía que había nacido cerca de Cuenca), eran como relámpagos que iban iluminando frecuentemente sus sermones tempestuosos.

Por una escalerilla de mano apoyada en el suelo subió al púlpito el padre Ambrosio. Después el sacristán retiró la escalera para que el predicador quedase aún más aislado de los fieles, pero sin medio de poder descender de allí. Se le veía dentro del púlpito, que lo formaba un tosco cajón suspendido a un metro del suelo y clavado en un poste. Allí el padre Ambrosio parecía un bicho raro, y al gesticular creeríase que insultaba a sus oyentes, pidiendo, sin resultado alguno, que lo sacaran de aquella especie de cepo.

—Hermanas y hermanos en Nuestro Señor Jesucristo—empezó el fraile, extendiendo sus brazos como si intentara saltar limpiamente del púlpito como un pez—. Hoy hace siete siglos que el patrón de este pueblo, el nunca bastante loado Santo Domingo de Guzmán, dejó este valle de lágrimas, esta tierra podrida y nauseabunda, para colocarse a la diestra de Dios Padre. ¡Tejolenses, hermanos míos! La vida de aquel ínclito varón todos debéis imitarla. Fué caritativo y dulce como la más espesa miel entre los menesterosos, y duro e inflexible como el roble entre los ricos. Todos sabéis que Santo Domingo de Guzmán fundó la Orden de los padres predicadores o dominicos, a la cual me honro en pertenecer, ¡hodo!, porque sin preocuparnos del premio que podamos tener en esta vida, laboramos por el bien de la Humanidad.

Santo Domingo de Guzmán convirtió infieles, y tuvo la suerte de que ninguno le rebanará la cabeza de un tajo. Pero muchos compañeros míos, con menos suerte o con menos pupila que Santo Domingo de Guzmán, fueron vilipendiados, fueron escarnecidos y fueron asesinados vilmente, asquerosamente, inicuamente, por la chusma incivil y descreída...

El padre Ambrosio, al avanzar en su cálida y ardiente peroración, se iba transfigurando. Sus brazos se movían como aspas de molino. Sus ojos echaban lumbre; en torno de sus barbas enmarañadas parecía flotar un halo luminoso. Era la hermosa figura del ángel exterminador con barbas y con hábito de padre dominico.

—¡Sí, hermanos; por esa chusma incivil y descreída que hoy vuelve a aparecer con el nombre cambiado. ¡Los infieles de antaño son los bolcheviques de hogaño. ¿Habéis oído alguna vez una palabra más rara y menos española? ¡Bolchevique, bolcheviquismo! ¿No parece una frase endemoniada venida a la tierra desde las profundidades del averno?

Hoy los mártires no son los misioneros, sino los amos y los directores de las fábricas. Es que se ha perdido la fe, hermanos míos, y vamos derechos al desquiciamiento, al plano inclinado, al abismo, en fin.

¿Pero quién tiene la culpa de todo eso?, ¡hodo!, la avaricia, y esa pasión nefasta de querernos salir de nuestra esfera. Hoy el monaguillo quiere ser sacristán; el sacristán, sacerdote; el sacerdote, canónigo; el canónigo, obispo; el obispo, cardenal, y el cardenal, Papa. ¡Si esto ocurre en la Iglesia, que es

donde todo se lleva con ejemplar tolerancia, ¿qué pasará en la milicia, en el profesorado, en la fábrica, en el taller y en el campo?

Imitemos, hermanos míos, la vida de nuestro Santo Patrón, y cuando vendamos jamones mirémoslos cuidadosamente, para que no tengan gusanillos, como aquel que me llevaron el año pasado de casa de la *señá* Petra, ¡carape!, que no pude ni aprovechar el hueso. No se inquiete la aludida, no se inquiete, que no le guardo rencor. Seguramente sería un descuido. No puedo creer que esas cosas se hagan con intención, porque Dios no las perdonaría (1).

Hubo unos momentos de silencio. La *señá* Petra movíase nerviosa en su asiento, y el rostro se le iba enrojeciendo hasta adquirir la intensidad de una amapola. Sobre ella posábanse las miradas de sus convecinos.

El padre Ambrosio, sin darle importancia a este inciso hecho en el sermón, continuó alabando a Santo Domingo de Guzmán, y con su verbo cálido y vibrante, sembró el discurso hasta el final, férvido y elocuente, con una buena ración de carapes, hodos y puños.

Terminada su arenga mística y social, el padre Ambrosio arrodillóse en el púlpito y rezó un padrenuestro y un avemaría, que fueron repetidos en alta voz por todos los fieles. Después hizo que le acercaran la escalerilla, y descendió ágilmente, recogiéndose la falda para impedir que se le enganchara en unos

(1) Sermón casi histórico.

clavos que había en los peldaños. Pedro, que miró hacia allí en aquel momento, pudo contemplar los bajos innobles del padre Ambrosio: un trozo de pantalón de pana, las cintas casi amarillas de los calzoncillos, unos calcetines morados y unas botas negras de cordones rojos. Honradísimo y paciente, sólo su atavío interior dejaba algo que desear. Lo único que lo sublevaba era el engaño. Con el padre Ambrosio *no se quedaba* nadie. De esto podía dar fe la *señá* Petra.

* * *

Por la tarde, después de la procesión, algunos mozos acudieron a la plaza para jugar al *cinco y caballo* y otros se situaron a la salida del pueblo, cambiándose apuestas entre los campeones de *la barra* y de *la calva.* A estos juegos solían acudir mozos de las aldeas vecinas, y casi siempre terminaban a palos. Al oscurecer, cumpliendo lo prometido a la *señá* Petra, salió de su casa con dirección a la de su consuegra, el *señó* Felipe acompañado de Agueda. La muchacha seguía a su padre de mala gana. Temía verse frente a frente con Eufrasio después de aquella conversación desagradable cruzada entre ellos. Aunque Agueda quiso oponerse al principio, pretextando dolor de cabeza, el *señó* Felipe rudamente la cogió de un brazo y le dijo que iría a cenar a casa de la *señá* Petra, aunque le doliese el cielo de la boca.

—Yo cuando doy mi palabra, la cumplo. Y esta

mañana le aseguré a mi consuegra que iríamos a probar su guisado de cordero. No hay nadie en el pueblo que lo guise como ella. Tiene fama.

Agueda no replicó, se puso de nuevo la mantilla y acató la orden. Cuando llegaron, la moza respiró ansiosamente, y a su corazón volvió la tranquilidad perdida. Eufrasio no estaba allí.

La *señá* Petra se adelantó y estampó dos besos en las mejillas de Agueda.

—Siéntese, consuegro, y tú, bobita. Ya creí que no vendrían.

—Nunca falto yo a una promesa. ¿Y Desiderio y Tomasa?

—Por ahí dentro, arreglándose.

—¿Y Eufrasio?—preguntó con cierto retintín el *señó* Felipe.

—Por las afueras del pueblo jugando a *la calva*. Pero ya no tardará.

—Entonces habemos venido pronto, ¿no es eso?

—De ninguna de las maneras. La hora mejor para hincar el diente al asado.

—Ya sabemos que es usted la mejor cocinera de Tejuelo.

—No lo crea usted.

—Cuando el río suena... Y dígame, consuegra, ¿no piensa usted regalarle este año ningún jamón al predicador?

—Que se lo regale su abuela. Lo de esta mañana ha sido una grosería. Gracias a que la gente del pueblo me conoce, y sabe que yo no soy capaz de engañar a nadie. Se necesita la desfachatez que tiene ese

fraile, para decir lo que dijo. ¡Ah, pero me las pagará el muy ladino, pues yo, como persona principal, me opondré a que vuelva por aquí y tome parte en otras fiestas. ¡Habráse visto! ¡Decirme que estaba podrido el jamón, cuando era lo mejorcito de mi bodega!

—¡Vamos, consuegra, que algunos gusanillos tendría!

—Yo no aseguro que estuviera limpio como una patena, pero a caballo regalado... No creo que por media docena de lombrices, tenga derecho a ponerme como chupa de dómines, a la vista de todo el vecindario.

—No lo tome tan a pecho, *señá* Petra. Son las cosas del padre Ambrosio. No lo hizo a mal hacer, estoy seguro.

—A mí ya no se me olvidan los puntos que calza el tal padrecito. Tiene más concha que una tortuga. Buenos están los ministros del Señor. Poco se llevarán con los ministros de la monarquía.

—Consuegra—repuso el *señó* Felipe, riéndose—, no se meta con los políticos ni con la monarquía, mire usted que llevo la vara de alcalde.

—Para mí, como si llevase la vara de San Cristóbal. Que yo, cuando digo la verdad, no le temo ni a esos bolcheviques de que hablaba en el sermón ese desgraciado padre Ambrosio.

Por las ventanas del saloncito la luz filtrábase ahora más débil, como al través de unos paños oscuros. De vez en cuando se oía el estampido de un cohete. Mozas y mozos cruzaban por la calle con dirección a

la plaza. Por la noche habría fuegos artificiales. Las tabernas del pueblo se iban llenando. Pronto comenzarían las borracheras.

Tomasa entró en el comedorcito. El *señó* Felipe le dió un beso en la frente. Después las dos hermanas se abrazaron.

—¿Por qué no vienes a visitarnos con más frecuencia?

—Llevo una temporada sin salir de casa. Este calor de agosto no me deja vivir.

—¡Es una tonta! He tenido que imponer mi autoridad para que viniera hoy—replicó el *señó* Felipe.

—No diga eso, padre. Es que me dolía mucho la cabeza.

—Entonces ven aquí dentro, que te voy a poner en la frente un poco de Colonia, verás como te alivias.

Agueda contempló a su hermana. Parecía que habían pasado por ella muchos años. Su rostro ya no conservaba aquel color de manzana madura que tanto llamara la atención de las mozas cuando era soltera. Esos *paños* característicos del embarazo ponían manchas en su delicada tez de mujer rubia. Tenía más pecho y mostraba en su vientre la curva delatora de la maternidad. En sus gestos, en sus movimientos, en la manera ruda de volverse y de besar, había algo de Desiderio. Agueda observaba este curioso fenómeno de la mujer que se iba identificando con el marido en todo, y por una rara asociación de ideas, se acordó con horror de la figura zafia y brutal de Eufrasio. ¡Sería terrible, antes la muerte!

Conducida por Tomasa entró en la alcoba de la

señá Petra. Allí, delante de un espejo, hallábase Desiderio, poniéndose la chaqueta de los días festivos. También él estaba más grueso y con un color que parecía habérselo robado a su mujer. Saludó a Agueda, dándole unos golpecitos en las espaldas y mirándola como a una chiquilla.

—¿Qué tal encuentras a *la* mi Tomasa? ¿Está gorda, eh? Bueno. Pues dentro de un mes estará más. Y reía, guiñando los ojos a su compañera, que replicó, queriendo cortar la sandia y procaz broma:

—No seas bruto, Desiderio—. Pero en esta misma respuesta Agueda notó mimosidad, cariño, júbilo, como si Tomasa se sintiese halagada en su vanidad de hembra—. Mira, será mejor que te apliques esta bellotita de alcanfor en las sienes. Te aliviará más. Anda, acércate.

Desiderio protestó:

—Eso de nada sirve. A tu hermana lo que le hace falta es casarse. Yo, si ella quiere, me comprometo a buscarle novio.

—Te lo agradezco mucho; pero te aconsejo que no te metas en nada mío, porque perderías el tiempo.

Lo dijo algo rabiosa, creyendo que todo estaba preparado para obligarla a iniciar sus amoríos con Eufrasio.

—Pues oye, Agueda, yo conozco a una persona que te convendría.

—Pues a mí, por hoy, no me interesa.

Tomasa, que advirtió más sutilmente, el enfado de su hermana, terció en el diálogo:

—¡Déjala, hombre! Los amores, como las brevas,

tienen que madurar. Y Agueda todavía no se ha fijado en nadie.

Con esa cazurrona insistencia de aldeano que se resiste a dar su brazo a torcer, contestó Desiderio:

—Ella dirá lo que quiera. Pero yo sé que la noche de San Juan le cantaron *el ramo* y pusieron un racimo de guindas en *la* su ventana. Esto no podrá negarlo. ¡Ah!, y te advierto, bobita, que al galán lo vas a ver esta noche. ¿Te atreverás a decir que no delante de él?

Tomasa, con habilidad, intervino de nuevo:

—Déjanos de tonterías y vamos al comedor, que ya estará el guisado en su punto.

Y cogiendo a su hermana de un brazo, desapareció por el hueco de la puerta, mientras Desiderio se disponía a seguirlas.

XXVI

Los tres días que duraron las fiestas fueron de continuo sufrimiento para la pobre Agueda. El segundo día el *señó* Felipe quiso corresponder a la invitación de la *tía* Petra, y dió una comida en su casa, a la que asistieron todos los de la familia, y el tercer día, como era lógico, le tocó hacer el gasto al matrimonio. A todas estas comidas asistió Eufrasio, que se colocaba siempre al lado de Agueda, tratando de iniciar una conversación amorosa, que ella rehuía hábilmente. Por las miradas de su padre y las de la *señá* Petra comprendió la moza lo que se estaba tramando y que aquellos convites servían de pretexto para acercarla a su pretendiente, como un medio seguro de que se entablaran pronto las relaciones. Agueda, junto a Eufrasio, sentía la repugnancia de la mujer que piensa en otro hombre, mientras se le obliga a permanecer cerca del que le es indiferente. Fueron momentos de verdadera amargura, y por raro contraste, la figura de Pedro se erguía ante ella con toda su pureza espiritual, con todas las idealidades del ensueño, con toda la melancolía de lo quimérico. Sí, había que esconder aquel amor, guardarlo como un tesoro en lo más hondo de su pecho, defenderlo de las garras del interés y de la conveniencia.

Veía el juego de la *señá* Petra y de su padre, de Desiderio y hasta de su misma hermana. Pero no habían contado con la huéspeda. Ella era una buena hija. Ella obedecería en todo a su padre, menos en fingir cariño a un hombre que le asquaba por su brutalidad y por su ordinariez. Aun sin el amor de Pedro, ella lo rechazaría. ¡Qué horror! Sólo de pensar que habría de vivir con aquel zángano, le entraban unas ansias terribles de llorar, como bajo la pesadumbre de una gran desgracia.

Hasta tanto que el *señó* Felipe no tomara cartas en el negocio todo iría bien. Pero Agueda tenía presentimientos muy sombríos y muy negros. Decididamente había algo. Sí. Adivinábase en la estudiada indiferencia de su padre y en las sonrisas de la *señá* Petra. ¿Y si confesaba que ella quería a Pedro? Quedó espantada de este pensamiento. La matarían, estaba segura. ¿Cómo era posible que una serrana pudiera casarse con un castellano? Si al menos fuera rico, romperían con la costumbre; pero un desgraciado escribientillo, que vivía gracias a la caridad de su padre, ¿cómo iba a realizar esa locura? El *señó* Felipe lo aplastaría como a un reptil venenoso. Agueda necesitaba ocultar siempre aquel amor de la niñez, que había echado tan hondas raíces en su corazón. Y cuando llegara el momento, lo defendería pasivamente, rechazando al hombre que se le obligaba a querer, pero sin decir nunca la dolorosa verdad.

. . . .

XXVII

—¿Se fué mi padre?

—En este momento.

—¿Y volverá pronto?

—Creo que no. Ha ido a la estación del ferrocarril para hablar con el jefe.

—Se embarcarán hoy los cerdos?

—Eso quiere tu padre. Pero me parece que hoy no habrá vagón disponible.

Agueda dialogaba con Pedro desde el vestíbulo, sin atreverse a entrar en el despacho. Todas las precauciones eran pocas, porque si descubrían sus amores estaban perdidos.

El despacho del *señó* Felipe tenía la entrada por el zaguán y hallábase aislado de la casa vivienda.

Agueda solía pasar allí muchos ratos cosiendo. Desde que supo lo que se tramaba en casa de la *señá* Petra, aparecía por el escritorio con menos frecuencia. Así creía desorientar por completo a su padre, aunque no era posible que se imaginase nada, pues la desconfianza del *señó* Felipe se extendía a los hechos probables o a las hipótesis con algún fundamento. Pero en su dura cabeza de hombre de campo enriquecido con la ayuda de las malas artes, no podía caber que una hija suya pudiera

sentir amor por un infeliz que no tenía donde caerse muerto. Por esta causa, a pesar de su malicia, no pensó ni un solo instante en que podría ser engañado.

Pedro corrió hacia la puerta del despacho, y tomando las manos de Agueda entre las suyas, le preguntó con ansiedad:

—¿Pasa algo?

Agueda bajó los ojos, humedecidos por las lágrimas, y repuso angustiada:

—Cada vez estrechan más el cerco. Los tres días de las fiestas han sido para mi tres días de prueba. Ese bruto de Eufrasio insiste a pesar de todo. Parece que el despego mío le envalentona más. Desiderio y Tomasa me hablan de él siempre que se presenta la ocasión. La *señá* Petra me mira ya y sonríe de la misma forma que miraba y sonreía a mi hermana Tomasa cuando se hizo novia de su otro hijo. No puedes figurarte lo que estoy sufriendo.

—Y tu padre, ¿te ha dicho algo?

—Todavía no; pero temo que de un momento a otro me lo diga. Estoy segura de que ya se ha convenido todo o, por lo menos, está pendiente el negocio de algunas diferencias habidas entre la *señá* Petra y mi padre al señalar la dote.

—Ten calma, Agueda. Eso te demuestra que aun no están de acuerdo.

—Pero lo estarán. A mi padre le conviene que yo me case con Eufrasio, única forma de que parte de la fortuna de la *señá* Petra no se la lleve otra

mujer. Así todo queda en la familia, ¿no comprendes?

Pedro seguía escuchando las palabras temblorosas de Agueda, acariciando sus manos y mirándola con esa tristeza amarga y desoladora que produce la contemplación de algo muy querido que se nos ha de arrebatar forzosamente.

—Pero eso no puede ser, Agueda. ¡Tú has de ser mía, mía!

Los ojos zarcos quedaron fijos en las pupilas negras y profundas de la moza. Estremecíase de emoción Agueda cerca del amado, y su corazón palpitaba dentro de su pecho, como el de un pájaro herido y prisionero. Ante los obstáculos aquel amor crecía, y el agridulce placer del sacrificio, era el viento que alimentaba aquella pasión inextinguible.

Pedro pensó obrar cautelosamente, venciendo a sus enemigos con idénticas armas. Allí sólo servían el engaño y la malicia. Luchando con lealtad y con nobleza, habría él de llevar la peor parte. Era necesario fingir hasta el último momento. Y ya cuando se vieran completamente perdidos, acudir a las resoluciones extremas. Seguían en la puerta del escritorio contemplándose con arrobamiento. Hubo unos segundos de intensa emoción en que los ojos hablaron y las bocas permanecieron mudas. Después, Agueda, estremecida de miedo por el peligro que corrían, murmuró:

—Suéltame, Pedro, que pueden vernos y entonces lo perderíamos todo.

Pedro, enloquecido, la estrechaba entre sus brazos.

Agueda no se oponía a la caricia febril. Así estuvieron unos momentos, alejados de la prosaica realidad de la vida, flotando en una atmósfera saturada por el perfume del ensueño y respirando ansiosamente como en un principio de enervamiento producido por el deseo.

—¡Déjame, déjame!—exclamó ella, rechazándolo, ahora con energías, como si hubiera adquirido de nuevo la noción de las cosas, húmedas sus pupilas, con el rostro encendido y el cabello en desorden.

Pedro la soltó.

—Perdóname, Agueda, perdóname. Soy un loco, lo comprendo; ¡pero te quiero tanto!...

Ella lo miró aún más intensamente, y alejóse por el pasillo hacia las habitaciones interiores.

Pedro permaneció algunos momentos apoyado en el quicio de la puerta y enterrando su mirada en aquel hueco negro del zaguán por donde había desaparecido la única ilusión de su mísera existencia.

XXVIII

La bruja de Tejuelo—en todos los pueblos españoles existe una bruja—tenía su vivienda en la cúspide de un monte rocoso, desde el cual se gozaba de una hermosa perspectiva. La sierra, erizada de encinares, alfombrada de romero, tomillo y salvia, se extendía alzándose y descendiendo como un líquido en ebullición, y desvanecíase allá lejos, en una línea quebrada de azul Prusia, que resaltaba valientemente como los trazos de una escultura sobre el azul del cielo. Desde la choza de la bruja veíanse también algunas aldeas agazapadas y rodeadas de jarales, como si estuviesen en acecho para cortar el paso al viajero desprevenido. Todo desde la cúspide del monte era fiero, salvaje, sin una sombra grata ni un reflejo de luz tierna. Era un panorama agrio y áspero, como un fruto sin madurar. Por Oriente, ya en la lejanía, palpitaba el verde intenso de los castañares de Béjar. Por donde el sol se desangraba diariamente, columbrábanse las ruinas de un castillo. En los crepúsculos, aquellos restos feudales tenían la apariencia de un enorme fantasma que iba desapareciendo lentamente tragado por las sombras.

A unos cien metros de la choza alzábase la histórica peña conocida en la serranía con el nombre

de Los Hermanitos. Era una peña hendida por el centro y embutida en la tierra de un modo tan singular, que fingía la borrosa silueta de dos personas sentadas y como vencidas por el dolor.

En las aldeas del contorno afirmábase muy seriamente que en aquella peña existía una mujer encantada. Nadie se atrevía a pasar por allí, y cuando algún campesino perdíase por los vericuetos de la sierra y se veía obligado a cruzar cerca del sitio del encantamiento, cogía dos piedrecitas haciéndolas chocar entre sí para deshacer el maleficio.

La bruja, que no era tal bruja, sino una pobre mujer arrojada del pueblo por la superstición y la estulticia, había construído su choza al lado de la peña de Los Hermanitos, sabiendo que de allí nadie se atrevería a echarla. La vida de esta desgraciada mujer fué todo un calvario de padecimientos y de angustias. Ahora, elevada por la superstición y la idiotez de los aldeanos a la categoría de bruja, era respetada por todos. ¡Pero a qué precio! Veinte años llevaba allí, en aquella choza, combatida por el sol, por las lluvias y por las tempestades. Cuando salió de Tejuelo expulsada por la crueldad de las gentes, se le conocía por la Josefa, una ilusa que no había sabido velar por su honra. Muy niña, quedó huérfana de padre y de madre y tuvo que dedicarse a servir en las casas de la aldea. Ya en la pubertad, fué perseguida miserablemente por los mozos, convencidos de que nadie había de defenderla. Luchó con bravura contra aquella jauría, que escondíase en los alrededores de la

fuente, para saltar sobre su presa cuando iba más descuidada.

Una tarde, ya al obscurecer, cuando las sombras caían sobre la tierra como encubriendo sus miserias, defendióse como una leona del brutal ataque de tres sátiros que le salieron al camino intentando derribarla. Contra uno de aquellos simios estrelló el cántaro que había llenado en la fuente, y con mordiscos y arañazos pudo salir incólume de aquella bárbara agresión. Con el vestido hecho jirones y mostrando en los brazos y en el rostro señales moradas de los golpes que recibiera en la lucha, llegó a la casa de su ama. Llorosa, pálida y muerta de miedo por el peligro pasado, contó allí lo ocurrido; pero vió con espanto que en casa de su ama todos reían, comentando el hecho jocosamente.

Desde entonces, la Josefa se cuidó de no ir a la fuente después de obscurecido. Y huía de los mozos de la aldea, como si viese en cada uno de ellos un demonio exterminador. El ama reíase de los temores de su criada, y para consolarla le decía que era tonta de nacimiento y que nunca se había dado el caso de que un hombre se comiera a una mujer. En el carácter apocado de Josefa se exacerbaba el miedo cada vez más. Diríase que presentía su destino. Y estaba guapa, tan guapa, que los mozos, cuando la veían salir, se iban detrás como perros, y le escupían palabras soeces, y se rozaban con ella, impulsados por esa lujuria repugnante de macho que no puede reprimirse en presencia de la hembra. Ella entonces aligeraba el paso, empujando hábilmente a los más atrevi-

dos, pero sin valor para pronunciar una sola palabra de protesta.

Así continuó en el pueblo mucho tiempo, cercada de todos los peligros. Al fin, uno de los mozos, más socarrón y más listo, se acercó varias tardes a la muchacha, erigiéndose en su defensor, e impidiendo que los demás volvieran a molestarla. En el corazón tierno e ingenuo de la Josefa anidó el agradecimiento hacia aquel hombre que había sabido respetarla. Los demás, al advertir que la plaza estaba ya tomada, cesaron en la persecución.

La Josefa pasó, de mujer hostigada a todas horas por la lujuria de muchos, a moza amada con respeto por un solo hombre. Así, aquel cariño fué más intenso, más profundo y echó raíces muy hondas y muy difíciles de arrancar. Cambió su vida por completo. Desapareció el fondo sombrío y cruel y fué reemplazado por los resplandores de la felicidad. Toda su dicha la cifraba en aquel novio, que era para ella un pedazo de su corazón y un jirón de su propia alma.

Una noche, el mozo, con ruegos y artimañas de aldeano, abusó de ella. Al día siguiente corrió la noticia por el pueblo. Entonces, como si llevara una mancha imborrable o el sambenito de un pecado monstruoso, fué rechazada por todos, sin que pudiese encontrar un alma caritativa que le ofreciera un pedazo de pan, pues decían que su falta era más contagiosa y más repugnante que la lepra.

El mozo, una vez satisfecho su deseo, la abandonó y hasta afirmaba en las tabernas y en los bailes, que él

jamás tuvo relaciones íntimas con aquella mala mujer, que así arrastraba la honra por las estrechas callejas de aquel pueblo, tan negro como el alma de sus habitantes.

Destrozada su vida, abandonada y escarnecida por todos, sin una mano leal que se tendiera hacia ella, huyó de aquel pueblo inhóspito, egoísta, infame, y se internó en la sierra, buscando en las aldehuelas del contorno un refugio para su desgracia. Pasó mucho tiempo sin que se supiera nada de la Josefa, hasta que un día un pastor trashumante dijo que la había visto cerca de la peña de Los Hermanitos, y que tenía el rostro pálido y arrugado como el de una bruja.

La fantasía de aquellos hombres incultos hizo de la historia de esta desgraciada un relato novelesco y misterioso, y se creyó entonces que la mujer encantada de la peña de Los Hermanitos era la Josefa, que estaba allí purgando su pecado y convertida en aquella vieja que había visto el pastor al cruzar por los encinares.

Así pudo vivir tranquila y levantar una choza en la cima de aquel monte y pedir limosna por los caminos, sin que le fuese negada nunca por el temor invencible del maleficio. Después se convirtió en *saludadora* y preparaba filtros para el mal de amores. Ella también, poco a poco, se sugestionó, llegando a creer en la eficacia de sus remedios.

En aquella época fué consultada por una mujer que tenía gravemente enfermo a su hijo. La Josefa le aconsejó que lo despojara de la camisa y la echara al fuego. Siguiendo sus instrucciones, el muchacho sanó

a los pocos días. Y la vieja, con el rostro pálido y arrugado como el de una bruja, adquirió celebridad por todo el contorno, y aunque seguía temiéndose su presencia, no causaba la inquietud ni el terror de antes.

Pedro, en sus paseos por los encinares, llegó varias veces hasta cerca de la choza. El hijo del maestro se reía de las supersticiones aldeanas y pasaba frecuentemente rozando la peña de Los Hermanitos, sin ocurrírsele nunca chocar las dos piedrecitas para conjurar el peligro. Como desde allí se descubría un espléndido paisaje, a Pedro le gustaba pasear por aquellas alturas los días en que no trabajaba en el despacho del *señó* Felipe. Iba en busca de aires puros y de soledad. Una de las tardes se encontró con la vieja, que estaba cortando ramas de una encina. Le ayudó en su ruda tarea y la mujer lo hizo pasar al interior de su albergue. Ella, una tarde triste de otoño, le relató su historia, y entonces comprendió Pedro que los dolores morales agotaban y consumían tanto como los dolores físicos. Y comprendió también que no podía esperarse nada de un pueblo que abandonara años antes, en los brazos del Destino, a una mujer indefensa y en la flor de su vida.

XXIX

Una mañana, a últimos de octubre, estaba el *señó* Felipe tomando un gran tazón de leche que le había servido su hija Agueda, cuando llegó el alguacil del Ayuntamiento con un viejo del pueblo, desgreñado y sucio, implorando justicia.

—¿Qué ocurre?—preguntó con toda calma el *señó* Felipe, después de rogar al anciano que no hablara a gritos, pues allí no había ningún sordo, ni los asuntos se arreglaban vociferando como energúmenos.

Calmóse algo el viejo con estas palabras y se dispuso a poner en conocimiento del señor alcalde lo que le ocurría.

Era el caso que una tía suya, al morir, había dejado unos muebles que, vendidos a buen precio, podrían recaudarse, en junto, unas cien pesetas. El viejo creía tener derecho a esta herencia. Pero al querer apoderarse de los muebles, se opusieron los propios hijos del viejo, ya casados, que afirmaban ser ellos los únicos que podían disfrutar de una herencia tan fabulosa. Entablado el pleito en toda regla, el juez, después de estudiar el asunto detenidamente, falló en contra de los hijos. Y los muebles pasaron a poder del padre, quedando el pleito completamente terminado. Furiosos los de la parte contraria, no encontraron

otro medio más hábil ni más respetuoso para exteriorizar su protesta que lanzar pedruscos de más de medio kilo sobre las puertas y las ventanas de su progenitor, haciendo saltar los cristales hechos añicos, al mismo tiempo que lo maldecía, esupiéndole los insultos más soeces.

El viejo contó todo lo ocurrido temblando de coraje y de miedo, y pidiendo que sus hijos le indemnizaran—aquellos bárbaros, decía él—del destrozo hecho en los cristales de su casa y por los insultos que le habían dirigido públicamente.

El *señó* Felipe le aconsejó que comprase cristales nuevos y que no se metiera en otro pleito, pues podría perder más dinero del que valían los muebles.

—¡Ah! ¿Pero ellos no han de pagarme ni siquiera los vidrios rotos? Eso es injusto, señor alcalde; eso es ir en contra del refrán que usted ya conoce, y de mis intereses.

—Mire usted, *tío* Muela: déjese de refranes; yo le aconsejo lo mejor. Ahora, si usted quiere que denunciemos el hecho, yo no he de poner ningún reparo, pero le costará algunas pesetas, no lo dude.

—¡Pues sí que nos habemos lucido! ¡Y el caso es que yo quisiera meterlos en la cárcel; pero si me ha de costar el dinero, renuncio, ¡caramba! Hasta ahí podían llegar las cosas. Sería demasiado sacrificio. ¡Si esos bárbaros que se llaman hijos míos no valen todos juntos ni dos perros gordos!

Y el *tío* Muela, apodado así porque tenía el labio superior roto y se le veía asomársele por aquel hueco un enorme colmillo que más parecía de jabalí que de

persona, se puso muy serio, sólo por el lado derecho, pues por el otro producía siempre la impresión de que se estaba riendo, y, convencido por el *señó* Felipe de que le convenía no intentar nada contra sus hijos, se levantó para marcharse.

El alcalde, que sin duda tenía aún ganas de charla, le preguntó, con interés:

—Oiga, *tío* Muela: ¿vendió usted el vagón de cerdos en Cataluña?

—Sí, señor; hace siete días que llegué de allá.

—¿Vino usted en el ferrocarril?

—No, señor; por carretera.

—¿En alguna caballería?

—Qué curioso está usted hoy, *señó* Felipe. No vine en ninguna caballería, sino a pie desde Lérida. Salí de Tejuelo con quinientas pesetas y he vuelto con ochocientas, más el importe de los cerdos vendidos.

—¿Y cómo ha hecho usted ese milagro? ¿A su edad y con ese dinero en la faja se atrevió usted a venir pidiendo?

—Ganas tiene usted de gastar saliva. ¡Pues no, que iba a venir dando!

Aquello era muy corriente entre los que vendían rebaños de ovejas y piaras de cerdos fuera de la región. Para que el viaje les resultara más económico, iban en el mismo tren del ganado, y al regreso, una vez que habían terminado su negocio, se guardaban los billetes en el pecho y el dinero en plata en los dobleces de un pañuelo de yerbas, atado a la cintura, y, derrotados y sucios, emprendían el regreso al pueblo como mendigos pidiendo limosnas por las carreteras,

durmiendo al aire libre, si era en el verano, y en el invierno deteniéndose en las casetas de los peones camineros, donde, casi siempre, encontraban fuego y un pedazo de pan. Así se habían hecho ricos el *tío* Muela y el padre de Eufrasio. Ninguno tuvo idea de la dignidad humana ni del respeto que se debían a ellos mismos. Por unas pesetas, que no iban a sacarles de ningún apuro, se prostituían hasta el extremo de ir a veces a campo traviesa huyendo de la Guardia civil, que en ocasiones los confundía con la gitanería andante. El *tío* Muela y otros ricachos del pueblo se jactaban de estas *heroicidades*. Eso era tener riñones y alma de tratante. Los castellanos no servían para eso. Hablaban de Castilla como de una región que desconociesen. Ellos eran serranos, serranos nada más. Y a mucha honra, porque ninguno de ellos se cambiaría nunca por un hombre de la llanura, de esa llanura gris, que se extiende como un páramo desolado y tétrico por el centro de la vieja España.

XXX

Agueda y Pedro volvieron a recuperar la tranquilidad perdida. Pasó el otoño sin que Eufrasio insistiera en sus pretensiones y sin que el *señó* Felipe tratara de hacer ni la menor indicación a su hija. Seguramente el antiguo buhonero no había llegado a un acuerdo con la *tía* Petra, pero lo cierto era que en el corazón de los amantes renacía la calma y que los trastornos y las angustias de los primeros días se trocaron en esperanzas que, a pesar de verlas algo lejanas, servíanles de consuelo dulce y ensoñador.

Agueda no se explicaba este cambio, pues ella de tonta no tenía un pelo, y había comprendido que la *señá* Petra y su padre se alegrarían de que se iniciara aquel noviazgo provechoso para toda la familia. Una tarde encontró la explicación de aquel enigma. Su hermana Tomasa, por Desiderio, llegó a enterarse de todo lo ocurrido. Y aunque era muy bruta y jamás tuvo la menor confidencia con Agueda, en esta ocasión rompió con la costumbre establecida, y le dijo que el trato para el casorio no pudo cerrarse por ciertas diferencias surgidas al hablar de la dote, que, además, habían visto que no sentía gran simpatía por

Eufrasio, y que por eso no pusieron demasiado empeño en arreglar el asunto.

Agueda, como le convenía fingir, repuso que a ella no le era antipático Eufrasio, sino indiferente, como todos los mozos de Tejuelo.

—¿Pero no sientes predilección por ninguno, Agueda?—interrogábale su hermana, mirándola fijamente, como dudando de la sinceridad de la respuesta.

—Por ninguno, Tomasa. Me tienen sin cuidado todos. No debe extrañarte esto, porque lo mismo te pasaba a ti antes de casarte con Desiderio.

—Es verdad, yo me casé sin cariño, pero hoy yo quiero a mi marido mucho. Eso te demuestra que no hay necesidad de sentir afecto por un hombre antes de unirse a él. El cariño y los hijos vienen luego. De modo que si se ponen de acuerdo padre y *mi señora*, yo creo que tú no debes dejar que insistan demasiado para empezar las relaciones con Eufrasio. No hay un mozo de Tejuelo que te convenga como ese.

Agueda oyó a su hermana sin inmutarse y sin contradecirla. Así podía fingir con más habilidad. Se guardó muy bien de decirle que estaba enamorada de Pedro, pues entonces su hermana lo hubiese echado todo a rodar. Agueda la conocía de sobra. Su ternura desaparecería para convertirse en crueldad. Agueda tenía la certeza de que Tomasa, creyendo velar por ella, la sumiría en los más angustiosos de los desconsuelos. Además, a su hermana no podía convenirle de ninguna forma que Eufrasio se casara con otra moza del pueblo. Uniéndose con Agueda, la fortuna del *señó* Felipe y de la *tía* Petra quedaba más reco-

gida, había más posibilidad de disfrutarla entre todos cuando los viejos murieran.

Las relaciones con Pedro seguían ocultas. Veíanse los novios diariamente en el despacho, cuando el *señó* Felipe se iba al café para jugar su acostumbrada partidita de dominó. Ellos entonces cambiaban impresiones sobre los últimos acontecimientos y se juraban amor para toda la vida con esa ingenua locura fervorosa transformada en fuego sagrado que ardía siempre en sus corazones juveniles. Y hubo días en que se creyeron felices y alejados de todo peligro. Ellos no podían echar al viento el pregón de sus amores, pero ¿qué les importaba si seguían queriéndose y se veían con frecuencia? Habrían de esperar el momento propicio, la ocasión oportuna para convertir sus sueños en realidades. El *señó* Felipe no podría vivir más años de los que vivió Matusalén. El plan era el siguiente: sortear el peligro hasta que Agueda cumpliera la mayoría de edad. Entonces, como única dueña de sus actos, frustraría todos los planes de su familia. Pero hasta que llegara ese momento ansiado de la libertad, había que sufrir en silencio y no rebelarse nunca, puesto que el *señó* Felipe no se resignaría a verse desposeído de su autoridad de padre. En aquella batalla no se podía vencer más que con las mismas armas del enemigo: el engaño con el engaño, la astucia con la astucia, la carencia de sentimientos nobles, con la ocultación de esos mismos sentimientos. Llegarían hasta el extremo de que Agueda admitiese como novio a Eufrasio, si con esto se ganaba tiempo para la realización de

sus deseos; en último término a todo acudirían; pero siempre con el engaño, acompañado de su amiga la astucia. No en vano corría por el cuerpo de Agueda la misma sangre que saltaba por las venas del *señó* Felipe.

XXXI

En diciembre empezó la matanza de cerdos, que, como era costumbre, duraría todo el mes. En todas las casas del pueblo, por muy pobres que fuesen sus moradores, tenían un cerdo blanco y mantecoso, tirado sobre una mesa, panza arriba y abierto en canal. Antes de abrirlos, en hogueras alimentadas por helechos se tostaba o se *chorrascaba,* según frase de la serranía. Entonces el cuchillo, hábilmente manejado, iba rasgando aquella piel, levemente dorada por el fuego, y hundiéndose en la blandura grasienta de la carne. Por las calles de Tejuelo, en esta época, se veían charcos de agua sanguinolenta. El sol cuidábase de secar estos charcos o la lluvia de arrastrarlos. Cuando esto no ocurría con rapidez, esparcíase por el pueblo un olor nauseabundo y el agua se descomponía mostrando seis o siete colores vidriosos y apagados.

No tenía aquí la matanza esa belleza pintoresca y prodigiosa de Candelario. Además, en Tejuelo se mataba muy poco. Lo imprescindible para el consumo del pueblo. Los tejolenses no eran más que grandes almacenistas que especulaban con el género llegado de otro sitio.

Uno de estos días de matanza iba el *señó* Felipe con dirección al café para jugar su invariable partida de chamelo, cuando al pasar frente a la casa del *tío* Muela vió al anciano en la puerta. Se detuvo unos momentos para preguntarle cómo estaba y si había ya arreglado el asunto de sus hijos.

—Sí, *señó* Felipe. Se convencieron de que por ese camino no iban a ninguna parte, y han venido a pedirme perdón.

—Y usted ¿qué les ha respondido?

—Hombre, yo les he dicho que no me cuesta ningún trabajo perdonarlos, pero que han de pagarme antes los cristales rotos.

—¿Y están conformes?

—No, señor; pero no les queda otro recurso. Creen que puedo meterlos en la cárcel, y tal vez cedan.

—¿Y de matanza, qué tal vamos?

—Así, así; tres cerdillos tengo de cuerpo presente. ¿Quiere usted verlos?

—Si usted se empeña...

Cruzaron por la *portalada* que daba acceso al corral, con un huertecillo en un rincón, un pozo rústico y tres higueras. Bajo un pequeño *tenado,* esparcidos por el suelo, había liendros, horcas, hocinos, palas seguregas, veguerillas, destrales, arados y otros instrumentos de labranza. En un extremo del solar, unos zagales recogían un poco de *vicio,* estiércol. Cerca del pozo había tres mesas de pino, y sobre ellas tres cerdos degollados de piel blanca y fofa y en posturas tan académicas, que daban la impresión de tres

mujeres desnudas muy blancas, muy rechonchas y muy rollizas.

—Bien cebados están, *tío* Muela. De ahí saca usted chacina para todo el año. Vamos a ver, ¿me vende usted los jamones?

—Ahora no me hace, *señó* Felipe. Los quiero curar yo. Una vez curados, sí pienso venderlos.

—Bueno, *tío* Muela, ya sabe usted que yo se los pago mejor que nadie. No me los venda sin contar conmigo.

—De acuerdo, *señó* Felipe, no lo olvidaré. Y su hija Agueda, ¿tiene ya novio?—preguntó el viejo mirando fijamente a la primera autoridad de la aldea, mientras la muela amarilla, asomándose por el labio partido, parecía un diente de ajo atascado en la encía.

—Parece que anda detrás Eufrasio, el hijo de la *señá* Petra.

—Hombre, no está mal pensado. Desiderio con Tomasa, Eufrasio con Agueda. Ahora sólo falta la *tía* Petra con usted.

Rieron ambos. La tarde de diciembre era fría. Por el cielo bogaban nubes grises. El sol, ya sin fuerzas, teñía el corral de un tono apagado de oro viejo.

—¿Y el pequeño, *tío* Muela?

—Más malo que la contribución. Ahora andaba por aquí pinchando a los cerdos. Lo calenté con unos sopapos, y ha desaparecido de mi vista. Sin duda estará en casa, llorando en un rincón o imaginando una nueva fechoría. ¡Pero mírelo, mírelo usted!

Y extendió hacia el ramaje de una de las higueras su mano rugosa y acartonada como un pergamino.

El *señó* Felipe miró al sitio donde el anciano le señalaba, y vió al sobrino del *tío* Muela encaramado en el árbol.

El viejo, con mucha calma, sin mostrar el menor enfado, suplicó al niño que bajara de allí:

—¡Anda, *piñoncito* de Gibraltar, que quiero decirte una cosa!

Descendió el muchacho de la higuera y en cuanto pisó tierra le dijo su tío:

—Ahora, hazme el favor de quitarte la chaqueta.

La criatura obedeció, un poco desconcertada.

—¿Está ya?

—Sí, señor.

—Bueno, ahora los pantalones.

Temiendo a la ira del viejo, el niño obedeció también.

—Perfectamente, ahora la camisa.

Protestó el chiquillo:

—Voy a coger una pulmonía.

—No repliques, si no quieres que te zurre de nuevo. ¿Has oído?

—Sí, señor.

—Pues ahora la camiseta.

—¡Pero tío!

—¿Haces lo que te he dicho, o te hundo de un puñetazo?

El niño temblaba. El *señó* Felipe seguía observando la curiosa escena.

—Ahora, las alpargatas.

Quedó el muchacho en medio del solar y sin más abrigo que sus carnes, moradas por la frialdad de la temperatura. Entonces el *tío* Muela cogió toda la ropa, la dobló con mucho cuidado, la colocó en sitio seguro, y ordenó a su sobrino, lanzando un suspiro de satisfacción:

—¡Ahora súbete al árbol y rompe de lo tuyo, grandísimo sinvergüenza!

XXXII

Las palabras del *tío* Muela no conseguía olvidarlas el *señó* Felipe. Aquello sí que podía ser un negocio redondo. Primero el casamiento de su hija con Eufrasio, y después, ya con más confianza, trabajar el asunto hasta dejar terminado lo más interesante. Tendrían segura la cencerrada por tratarse de dos viudos; pero ¡quién se fijaba en eso! Además, en el pueblo no extremarían la nota escandalosa. Algo le había de valer el cargo de alcalde. Vueltas y más vueltas daba el *señó* Felipe en su imaginación a este asunto, y a medida que transcurrían las horas le parecía más claro. Como no era uno de esos hombres impresionables que obran por impulso del momento, el *señó* Felipe dejó pasar algunos días para estudiar el negocio con toda calma y trazarse el plan que había de seguir.

Por lo pronto, lo más urgente era que su hija Agueda se pusiese en relaciones con Eufrasio. Estas relaciones tenían que ser de corta duración, con el fin de que el casamiento se celebrara en seguida. Una vez realizada esta primera parte, el *señó* Felipe conquistaría a la *señá* Petra. El dinero llamaba al dinero. Unidos con el lazo indisoluble del matrimonio, el capital que reunirían entre los dos habría de ser sin

duda alguna el más importante de Tejuelo. La cosa merecía la pena de llevarla a la práctica. Desaprovechar tan bonita ocasión era una verdadera simpleza. Y al *señó* Felipe se le podía tachar de todo menos de simple.

Pensó en Agueda. Ya pudo advertir que a su hija el mozo no le gustaba mucho, mas esto para el antiguo buhonero no tenía importancia. Ya vendrían la simpatía y el cariño después del casamiento. Lo principal era que los muchachos se pusieran al habla. El único que podría echar a perder la combinación sería Eufrasio; pero el *señó* Felipe no ignoraba que el hijo de su consuegra andaba rondando a su hija desde la noche de San Juan. Cerraría, pues, el trato con la *señá* Petra respecto a la dote, y después llamaría a la tonta de Agueda para decirle que había llegado el momento de empezar la parla amorosa con Eufrasio.

El *señó* Felipe sonreía gozoso de este plan tan maravillosamente trazado. Una vez conseguido aquello, lo demás vendría sin esfuerzo alguno. Ya el antiguo buhonero, sin consultar con nadie, tenía señalada la fecha de la boda de Agueda y Eufrasio, y hasta la de la suya con la *tía* Petra. No se trataba de sueños, porque él no era soñador. Su proyecto tenía una base sólida y arrancaba de la misma realidad. Ni por un segundo pasó por su caletre que su hija se negaría a obedecerle, y ni por un momento puso en duda que Agueda sería feliz después de casada con Eufrasio. Todo en la existencia del *señó* Felipe era matemático, todo lo supeditaba siempre a una acción concebida de antemano; para él no existía el acaso ni

el destino. Los acontecimientos irían indefectiblemente por la senda que él les marcara. Su férrea voluntad se burlaba de lo inesperado y de lo imprevisto. El matrimonio de su hija con Eufrasio celebraríase a últimos de mayo, y él se uniría a la *señá* Petra aquel mismo año, y antes de que comenzaran las fiestas de las Aguedas.

XXXIII

Quince días antes del Carnaval los vecinos de Tejuelo necesitaban envolverse los oídos en algodones para poder dormir. Desde el oscurecer hasta la madrugada recorrían los mozos las calles, gritando como endemoniados y haciendo sonar collarones, cencerros, almireces, badilas y cacharros de latón. Era un ruido ensordecedor, caótico, como si se derrumbasen las casas y las techumbres, y los muros se rompieran contra el suelo a semejanza de unas frágiles láminas de loza o de cristal.

En una de estas noches Eufrasio capitaneaba un grupo de mozos de los más atrevidos. La bebida había hecho su efecto, y la insólita algarabía tomaba proporciones de motín.

De tarde en tarde cesaba el ruido. La noche, negra y misteriosa, parecía aletargarse por unos momentos. Entonces una voz enronquecida por el alcohol gritaba:

—¡¡¡Compañeros!!!

—¿Qué?—respondía otra.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Que se va antruejo y no *guelve.*

Un corto silencio seguía a esta última frase. Y de improviso los esquilones volvían a sonar.

—¡¡Dolón, dolón!!

—¡¡Dolón, dolón!!

Y los cuernos:

—¡¡Bubu, bubu!!

—¡¡Bubu, bubu!!

Y los almireces:

—¡¡Tlin, tlin!!

—¡¡Tlin, tlin!!

Y las badilas:

—¡¡Plá, plá!!

—¡¡Plá, plá!!

Y los collarones:

—¡¡Dirilín, dirilín!!

—¡¡Dirilín, dirilín!!

Y los cacharros de latón:

—¡¡Plum, plum, caraplum!!

—¡¡Plum, plum, caraplum!!

Y este estruendo horrísono, de notas discordantes, se esparcía por el pueblo en sombras, como un anuncio del apocalipsis.

En los días que duraban las *vísperas,* los vecinos pudientes se iban al campo para verse libres de aquellas infernales serenatas. Eran dos semanas bien cumplidas haciendo el mismo ruido desde que anochecía hasta las altas horas de la madrugada. Aun después de pasados esos días, los vecinos que no habían podido huír de la aldea, seguían oyendo imaginativamente los cencerros y los almireces, y se despertaban so-

bresaltados durante la noche, creyendo que sus cerebros sonaban dentro de una lata vacía.

* * *

En los días de Carnaval la locura de los mozos llegaba a todo su apogeo. Los hombres serios y amigos de la quietud no salían de sus casas para no verse expuestos a algún grave compromiso. Las mozas tampoco se atrevían a salir, temiendo a la horda de bárbaros que recorría las calles completamente ebria y gritando y vociferando aún más que en los días de las *vísperas*.

Los mozos, unos se vestían con faldas largas y agujereadas; otros, cubiertos de andrajos, usaban de blusa unos trozos de percalina roja, verde y azul y enarbolaban picos, azadas, bieldos, horquillas, palos y escobones. Aquella ola policroma, que levantaba un polvo amarillento en el espacio, deteníase a la puerta de las tabernas, donde pedían autoritariamente varias jarras de vino, que iban pasando con rapidez de mano en mano y de boca en boca hasta apurar el último sorbo. Entonces las arrojaban al aire. Las jarras, después de elevarse en la atmósfera impulsadas por un brazo hercúleo, descendían y se estrellaban contra los guijarros de la calle. Algunos se colocaban debajo, fingiendo apararlas con la cabeza; pero con un movimiento hábil sorteaban el golpe, que de recibirlo hubiera sido de muerte.

Los chiquillos contemplaban a los mozos desde lejos, y corrían gritando:

—¡Ahí vienen los *rútiles!*

—¡Ahí vienen los momos!

* * *

Una de esas tardes, varios de estos barbarotes, entre los cuales iba Eufrasio, después de cometer toda clase de desafueros, cantando coplas obscenas e insultando a las personas pacíficas, que protestaban inútilmente desde el interior de sus negras viviendas, decidieron jugarse varias jarras de vino al *cinco y caballo.*

—Puesto que somos muchos, juguemos tres *pa* tres —dijo el pretendiente de Agueda.

—Sí, sí, tres *pa* tres—repuso un mozo alto y fornido.

—¿Y adónde vamos?

—A la plaza. A la taberna del Cojo.

—¿Dentro o fuera?

—Fuera.

—¿Querrá sacar las mesas?

Sonrió el mozallón:

—Si no las quisiera sacar, peor para él: le rompemos las cantarillas de vino y la pata que tiene sana. ¡Pues no faltaría más!

—Y si se resiste, lo metemos en una tinaja—agregó otro.

—Entonces en marcha—dijo Eufrasio, levantando como una bandera un enorme azadón.

La tarde era clara y luminosa. El cielo azul. Uni-

camente las casas, chatas y negras, causaban en el ánimo una impresión de tristeza y de abandono. Eufrasio capitaneaba el grupo. Cinco mozos, tan borrachos como él, lo seguían, vociferando. Tres iban vestidos con arpilleras, y el resto con percalina. Tres llevaban caretas de vieja, los demás se habían embadurnado el rostro con yeso y corcho quemado. Daba miedo mirarlos. La borrachera ponía en las miradas, vidriosas y enrojecidas, reflejos metálicos. En el fondo de las pupilas se vislumbraba algo sanguinario y cruel. En torno de ellos parecía aletear el pájaro agorero de la amenaza de la agresión y del crimen.

—¡Eh, Cojo! Sácanos una mesita aquí, al aire libre, y tráenos una baraja. Que no se te vaya a olvidar la jarra de vino—ordenó Eufrasio.

—¿Cuántos *tajos* hacen falta?—preguntó el tabernero.

—Seis. ¿No tienes ojos en la cara?—dijo uno de los mascarones.

El muchacho de la taberna sacó la mesita y los seis taburetes.

Los mirones permanecían de pie para contemplar los incidentes de la partida.

—¡Venga vino!—gritó el hijo de la *señá* Petra, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

La jarra, colmada, fué pasando de uno en otro. El último que la recibió, vacía, la estrelló contra el suelo.

—¡Que te la paguen los que pierdan!—dijo al dueño, riéndose como un idiota.

Empezó la partida.

El *cinco y caballo* era un juego de envite, donde abundaban los incidentes.

—¡¡Truco!!—exclamó uno de los mozos, que tenía la nariz y las mejillas tiznadas.

—¡¡Quiero!!—contestó Eufrasio.

—¡¡Seis!!—repitió el otro.

—¡Nueve!—dijo Eufrasio, muy tranquilo, y agregó triunfalmente: —¡Anda, anda; ahí, majo!... ¿Creías que ibas a asustarme? ¡¡Nueve, nueve!!

El de la nariz embadurnada meditó un rato, y después se quedó mirando fijamente a su adversario, como si tratara de adivinar sus intenciones. Algo extraño vería, porque exclamó vencido y tirando las cartas:

—No quiero.

El estruendo que siguió a esta frase fué terrible. Todos reían, incluso los mirones, que palmoteaban gozosos.

—¿Qué pasa?—preguntó amoscado el jugador.

—Nada, hombre, que eres un infeliz; que Eufrasio no tenía juego y te ha metido un *pardo*.

—Eso no es portarse con nobleza—exclamó enfurecido.

—Oye, tú; eso no consiento yo que se me diga —contestó el hijo de la *señá* Petra, poniéndose de pie.

—Pues te lo digo aquí y en todas partes—respondió el otro engallándose.

—Habría que verlo.

—Cuando tú quieras.

—Vamos a callar y a seguir la partida—gruñó otro

de los mozos, interviniendo—. Hoy no es día de terminar la fiesta a trompicones. Tú, Cojo, tráete otra jarra. Y siga el juego.

—Yo no me siento en la mesa donde ése esté—replicó Eufrasio, al mismo tiempo que arrojaba los naipes.

—Ni yo donde juegue un ventajista como tú—vociferó el otro, rojo de ira.

—¡Calma, hombre, calma!—dijo el mocetón fornido, despojándose de su careta.

—¿Pero no ves que me está retando?—volvió a decir el hijo de la *señá* Petra aún más furioso.

—Si estás de mal humor, acuéstate. ¿Tenemos nosotros la culpa de que no te haya hecho caso la hija del señor alcalde?—agregó su contrario, riéndose maliciosamente.

Fué cuestión de un segundo. Nadie pudo evitarlo. Eufrasio, fuera de sí e impulsado por la borrachera, saltó como un tigre sobre su enemigo, y lo magulló a mordiscos, a patadas y a puñetazos. Cuando los demás acudieron a impedir la riña, ya se habían agarrado y pugnaban por derribarse mutuamente.

—¡Anda, anda, repite lo que has dicho, víbora! —gritaba Eufrasio.

—Lo diré todas las veces que me salga del ombligo—respondía el otro con frases entrecortadas y bufando como un becerro.

Después de grandes esfuerzos, consiguieron separarlos. Las figuras eran lamentables. El rival de Eufrasio salió con el rostro de varios colores. Durante la lucha los tiznones se habían corrido. Ade-

más tenía la nariz hinchada de un trompazo, y la sangre, como pintura roja, se le cuajaba en las mejillas. El hijo de la *señá* Petra resultó con el traje roto y con una herida en la cabeza que le causó su contrario con un pedazo de la jarra estrellada contra el suelo al principio de la partida.

XXXIV

—¡Agueda!

—¿Quería usted algo, padre?—contestó la moza apareciendo en la puerta del comedor.

—¿Qué haces?

—Estoy acabando de arreglar mi alcoba.

—Bueno. Pues termina pronto y ven, que habemos de hablar largo y tendido.

En los labios de Agueda hubo un temblor que no pudo advertir el *señó* Felipe. Cuando a los pocos momentos presentóse de nuevo ante su padre, iba con la cabeza baja y sin conseguir disimular la excitación de sus nervios.

—Vamos, hija, siéntate y no temas, que no voy a regañarte, aunque quizás no me faltarían razones para ello. Sobre todo por haberme ocultado una cosa que yo no debía ignorar.

Palideció Agueda. El *señó* Felipe continuó gravemente:

—Has de decirme la verdad de lo ocurrido. ¿Es cierto que Eufrasio te ha parlado de amores?

—Es cierto, padre—repuso Agueda, algo más tranquila.

—¿Es cierto también que tú lo has rechazado?

—Sí, señor.

—Pues es necesario que cambies el disco.

—¿Qué dice usted, padre?—exclamó Agueda, sin comprender aún.

—Bueno, hija; te lo diré más claro. Es imprescindible que le hagas caso a Eufrasio, es decir, que te pongas en relaciones con él, cuanto antes. A todos nos conviene que este asunto no se malogre.

—Padre, si yo no le tengo ningún cariño.

—Ya se lo tendrás, mujer, ya se lo tendrás. Acuérdate de tu hermana. Además le debes una reparación.

—¿Por qué?—preguntó asombrada.

—¿Pero no te has enterado, boba? ¿No sabes que Eufrasio riñó ayer tarde con Crispín, en la taberna del Cojo, porque le dijo que tú lo habías despreciado?

—No sabía nada.

—Hazte la tonta ahora. Buena mosquita muerta estás tú, chacha. Pues, sí, hija; riñó por ti, y tiene una herida en la cabeza que le impedirá salir a la calle en ocho o diez días, los mismos que habemos de aprovechar para que cambies de parecer, pues así se lo he ofrecido a la *señá* Petra, y yo por nada del mundo falto a mi palabra. Todo está ya hablado. Las relaciones empezarán tan pronto como se ponga bueno Eufrasio, y el casamiento, Dios mediante, lo celebraremos en mayo. Te van a envidiar todas las mozas, arramblas con el mejor partido del pueblo. Ya ves si tu padre es bueno, que te arregla los asuntos que tú habías querido desarreglar sin consultarle. De modo que ya estás enterada. La *señá* Petra vendrá con

Eufrasio dentro de unos días a pedirte. Ya sabes lo que has de responder.

Agueda, humildemente, temblando de emoción y de miedo, pugnaba por contener sus lágrimas, y repuso:

—Padre, yo estoy muy contenta al lado de usted. Yo no quisiera casarme todavía.

—¿Pero qué dices, boba? ¿Vas a desperdiciar una ocasión como esta? ¿Crees que yo no velo por tu felicidad? Eufrasio te conviene; es el mozo más rico del pueblo. El único que puede competir en caudal con nosotros. Una locura sería echar por tierra todo lo que he arreglado ya con la *señá* Petra. Tú harás lo que yo te diga.

—¡No me obligue, padre; no me obligue!—clamó Agueda desolada, y repitió con amargura indescriptible:—¡Es que no podría, es que no podría!

El *señó* Felipe se irguió fiero, arrogante, dominador. Dió con el puño cerrado un golpe brutal sobre la mesa, y dijo, mascando con lentitud las frases, como si quisiera triturarlas:

—He dicho que te pondrás en relaciones con Eufrasio la semana próxima. Desgraciada de ti como no me obedezcas. Lo mando, ¿entiendes? Lo mando.

El *tío* Felipe, al pronunciar estas últimas palabras, se acercó a su hija y la zamarreó como a un pelele. Agueda tuvo miedo. Jamás había visto a su padre en aquel estado tan terrible de exaltación.

—¡Padre, padre, por Dios, no se ponga usted así!

El *señó* Felipe, perdida por completo la serenidad, replicó aún más enfurecido:

—Has de obedecerme, óyelo bien, porque si no me obedeces te ahogaré entre mis brazos por bruta y por desagradecida. Y ahora, ¡vete, vete de aquí, que yo no te vea, porque me dan ganas de ahogarte ahora mismo, para que no se te ocurra nunca oponerte a mis deseos! ¡Vete, vete, mala hija!

Y el antiguo buhonero la empujó bárbaramente hacia la puerta, con altivez de señor que rechaza a su esclava.

* * *

Cuando llegó Agueda a su alcoba se arrojó sobre el lecho y ocultó el rostro entre las manos. De sus ojos corrían lágrimas ardientes, que iban deslizándose entre sus dedos.

Al fin lo que tanto temían había llegado. ¿Qué hacer? ¿Cómo oponerse a la inflexible voluntad de su padre? Negarse sin dar una razón, era absurdo. Confesar su cariño por Pedro, mil veces peor. ¡Si únicamente por negarse a admitir las relaciones de Eufrasio había estado a punto de abofetearla! ¿Qué pasaría si se enterase de toda la verdad? No se vislumbraba otra salvación que el fingimiento. Fingir, fingir hábilmente, hasta agotar los últimos recursos. Entonces Dios, compadecido de tantas angustias y de tantos dolores, no los abandonaría. Necesitaban ser fuertes y no desmayar ni aun en los momentos más desesperados. Agueda acordábase de aquel refrán de Castilla que decía: "Dios aprieta, pero no

ahoga." Fingir y esperar eran las sendas más seguras y menos erizadas de asechanzas y de peligros. Había que engañar a su padre, hacerle creer que admitía con gusto a Eufrasio. Así podrían ellos estudiar el medio más seguro de liberarse. Hasta pensó en la fuga, la víspera del casamiento. Todo, todo lo arrostraría antes que renunciar a su amor.

Poco a poco, fué adquiriendo entereza y serenidad. Se levantó, acercóse al modesto tocadorcito que tenía en un rincón de su dormitorio, y se lavó los ojos, enrojecidos aún por el llanto. Empezaba la farsa, daba principio al disimulo. En lo hondo del pecho ocultaría toda la angustia y toda la desesperación de su alma. Había que ganar de nuevo el cariño y la voluntad de su padre. Para maniobrar necesitaban tener expedito el terreno. Aquella misma tarde consultaría con Pedro e iniciarían un plan de defensa. El enemigo era ducho en toda clase de artimañas. Descubrir el juego valdría tanto como la perdición. Cautelosamente avanzarían, sorteando los obstáculos y dispuestos a sacrificarse cuando no hubiera otro remedio.

Agueda quedó más tranquila después de esta auscultación de sus más recónditos pensamientos. La confianza volvió a su espíritu y la calma a su corazón. Después cogió el costurero y, sentándose cerca de la ventana, se dispuso a coser.

XXXV

Aquella tarde, y durante las horas que el *señó* Felipe permanecía en el café, Agueda pudo hablar largamente con Pedro.

—Lo que me temía llegó—musitaba la moza, después de relatarle la escena de la mañana.

—¿Y no hay medio de oponerse a esas relaciones?

—Imposible; mi padre no está acostumbrado a que yo lo desobedezca, y estoy segura de que acudiría a los medios más violentos. Tendré que fingir y aguantar a ese bárbaro hasta que tú me saques de este purgatorio.

—¿Y si nos escapáramos?

—Nos descubrirían antes de llegar a los encinares, y no saldríamos vivos de la aventura. Conozco a mi padre. Eso no me lo perdonaría nunca.

Estaban en la puerta del despacho, con las manos entrelazadas. En el rostro de Agueda reflejábase la indecisión y el miedo. En el rostro de Pedro había más calma, más fijeza.

—¿Qué es eso?—dijo el mozo al oír unas pisadas que parecían sonar a cada momento más cerca. Agueda huyó rápidamente por el corredorcillo, y Pedro

volvió a la mesa del despacho. No era nadie de la casa; los pasos se alejaban calle arriba y al fin quedaron apagados por la distancia.

Pedro salió entonces al zaguán y llamó a su novia misteriosamente, sin levantar la voz. Por el fondo del pasillo avanzó de nuevo la fina silueta de la moza.

—Nos engañó el miedo. Anda, acércate y hablemos otro poco, que tu padre aun tardará.

Con sigilo tornó Agueda al lado de su novio. Ahora Pedro, en un instante de exaltación amorosa, le había pasado un brazo por la cintura y enterraba su mirada en la mirada de ella.

—¿No me olvidarás nunca?

—Jamás.

—¿Pase lo que pase?

—Aunque se hundiera el mundo.

—Pruébamelo.

—¿Aun quieres más pruebas? ¿No sabes lo que estoy sufriendo por nuestro cariño, bobo?

—Perdóname, Agueda. Te creo, te creeré siempre; es que estoy loco por ti y loco de celos. No me conformaré nunca a perderte, y cuando pienso que no has de ser mía, me entran unas ansias terribles de estrecharte entre mis brazos y de ahogarte en ellos.

Pedro, cada vez más exaltado, seguía apretando contra su pecho el cuerpo de Agueda, y estaba su rostro tan unido al de ella, que sus alientos se confundían.

—¡Por Dios, Pedro, déjame! — pudo balbucear Agueda.

—No. Has de jurarme que me quieres, que no me olvidarás nunca.

—Te lo juro, Pedro. No quiero a nadie más que a ti. Eres mi vida.

Agueda pronunció estas frases con una sublime energía y un amoroso anhelo.

El odio que le inspiraba Eufrasio hacía más grande y más invencible el cariño por Pedro. Al exacerbarse su odio, se exacerbaba también su amor. Era un curioso caso de psicología experimental. El hijo del maestro seguía estrechando entre sus brazos el cuerpo de la hija del *señó* Felipe. Sin darse cuenta de lo que hacía, inclinó el rostro para ver quizás mejor en el fondo de las pupilas de ella, y entonces las bocas se juntaron. Fué un beso salvaje, que Agueda recibió casi desvanecida, con la cabeza derrumbada sobre el hombro de Pedro.

Ahora se oyeron unos pasos recios, fuertes, que se acercaban con rapidez.

—¡Agueda, Agueda, pronto, pronto, que alguien viene!

Ella se irguió súbitamente. En su rostro reflejábase ese resplandor maravilloso, esa belleza ideal, misteriosa y sublime, que pone el deseo en toda mujer enamorada. Había tal expresión de ternura en sus ojos negros y abrillantados, que Pedro avanzó nuevamente hacia ella, sin pensar en nada, olvidándose del peligro cercano. Pero Agueda, vuelta ya a la realidad, pudo zafarse de los brazos de su novio y huyó por el pasillo como una sombra.

Pedro, excitadísimo y latiéndole el corazón con violencia, volvió a su mesa de trabajo.

Los pasos cesaron. Alguien se había detenido en el portal. Era el *señó* Felipe, que regresaba del café.

XXXVI

Muy comentada fué en el pueblo la riña de Eufrasio con el otro mozo. Unos decían que el hijo de la *señá* Petra se había zurrado con Crispín por defender a Agueda. Otros por lo bajo decían la verdad. Y la verdad no tenía más que un camino: Eufrasio salió únicamente a la defensa de su amor propio. Atreverse a decirle que una moza del pueblo lo rechazaba era un insulto. Por eso arremetió contra su compañero. Una frase de burla hacia la mujer que pretendía, no era para tomarlo tan a pecho, y Eufrasio hubiese sido el primero en lanzar sus donaires. Pero allí se dijo con voz muy clara para que lo oyeran todos los del corro que él había sido rechazado por Agueda. Y esto era muy grave. Con él no se jugaba de aquella forma. Estaba obligado a demostrar sin pérdida de tiempo que Agueda lo quería.

¡Con cuánta impaciencia guardó cama hasta que pudo cicatrizársele la herida que recibiera en la riña! Afortunadamente, tenía carne de caballo y cabeza de rinoceronte. La herida, que en otro mozo menos fuerte hubiera sido de alguna gravedad, para él no tenía importancia. Sólo se preocupaba de que se acercase el momento de dejar el lecho con el fin de que

su madre fuese a visitar al *señó* Felipe y arreglaran todo lo concerniente al noviazgo. Creía el muy asno que en asunto de tanta trascendencia la voluntad de la moza era lo de menos.

—Mire usted, madre: si el *señó* Felipe no quiere dar para el casamiento el dinero que usted le pida, hágase la tonta y acepte sus condiciones. Yo sólo deseo ponerme en conversación con Agueda para que los mozos del pueblo no se rían de mí. Porque si se vuelven a reír, soy capaz todavía de majarle a uno las costillas con una cachiporra.

—Bueno, hijo, no te apures, que tu madre lo arreglará todo. Ya ha estado aquí el *señó* Felipe, y hemos quedado en que iríamos por su casa en cuanto tú puedas salir a la calle sin trapajos en la cabeza.

—Oiga usted, madre. ¿Pondrá Agueda algún inconveniente?

—¡Qué ha de poner, hombre, qué ha de poner! Si todo está hablado y allí sólo esperan nuestra visita.

—¡Vaya un alegrón que me ha dado usted, madre! Poco que van a rabiar esos tontainas. Le aseguro que por darles en la cabeza me casaría con la moza aunque no me gustara. Pero me gusta, y me gusta más por lo arisca. A mí no me acaba de llenar una mujer muy tierna y muy dulce. La miel empalaga.

—No te vayas a creer que Agueda es un fraile dominico—repuso la *señá* Petra.

—Ya lo sé, madre. Pero, vamos, que a mí me empacha todo lo que tiene almíbar. Y Agueda, por las veces que yo he hablado con ella, no me parece de

mucho aguante. Por cualquier cosa que le decía se enfadaba.

—Ya se amansará, hijo—contestó la *señá* Petra.

—Y si no se amansa, la amansaré yo—exclamó brutalmente Eufrasio.

—Bueno, no hables más, que podrá hacerte daño.

—No, madre, si ya estoy bien. Mañana mismo le doy un manotazo a la venda. Y eso que el avestruz de Crispín me embutió un *cacho* de la jarra hasta donde pudo. ¡Tan cobarde como ha sido siempre! El vino hace milagros.

—El vino tiene la culpa de todo lo malo que pasa en el pueblo—contestó la *señá* Petra con acritud. Y añadió aún más enfadada:—El día en que no haya tabernas, no ocurrirá ninguna riña. ¡Maldita bebida!

—Madre, son cosas de hombres. Hay que alternar, y alternando es necesario *soplar* para adentro.

—Se bebe agua, que no irrita. Todo menos venir descalabrado.

—¿Se asustó usted mucho?

La *señá* Petra cariñosamente se acercó a su hijo, y le dió varios besos en las mejillas. Después, con ternura, le fué mostrando los peligros de una vida desordenada.

Eufrasio se echó a reír, y exclamó con socarronería:

—Vamos, madre, déjeme usted de sermones. Acuérdese del que echó en la iglesia el padre Ambrosio, y comprenderá que no son muy agradables.

XXXVII

Días más tarde se presentó en casa del alcalde la *señá* Petra muy emperifollada y frescota, a pesar de sus cuarenta y cinco años y pico, un pico de bastante importancia. El *señó* Felipe la hizo pasar a la mejor habitación de su vivienda, que era una sala de estrado con muebles del siglo XVII revueltos con otros de traza moderna y un reloj de cuco tan definitivamente parado, que apuntaba las siete y media desde hacía veinte años. Este reloj competía con el otro de pesas del escritorio.

—Siéntese usted, consuegra. Ya sabe cuánto se la estima por esta casa. ¿Y Eufrasio cómo está?

—Ya está bien del todo. Ha pasado unos días muy *mediano*. Ese burro de Crispín me lo pudo dejar en el sitio. Con la bebida se vuelven locos y no saben lo que hacen.

—Tiene usted razón, consuegra. Por Carnaval raro es el año que no ocurre una desgracia.

—¿Y por qué no suspende usted esa fiesta?

—Lo he pensado muchas veces; pero me da miedo. No sabe usted a lo que se expone uno yendo contra las costumbres, aunque sean muy salvajes. Los mozos no me lo perdonarían.

—Afortunadamente, la cosa no ha sido grave.

—¡Bueno, consuegra, bueno! ¿Y el negocio cómo marcha?

—Viento en popa, *señó* Felipe.

—¿Y Tomasa y Desiderio le dan mucho que hacer?

—Ni una pizca. Antes solían tener sus disgustillos, siempre de poca monta. Ahora están de acuerdo en todo. Ya sabe usted el refrán: "Dos que duermen en el mismo colchón..."

—"Se vuelven de la misma opinión"—le interrumpió el *señó* Felipe con la risa en los labios.

—Consuegro, si es usted mudo revienta. Eso de no dejarme concluír el refrán no está bien—añadió la frescota viuda, lanzando una carcajada.

El *señó* Felipe observaba a su consuegra con fruición de viejo que aun siente en sus venas el latigazo del deseo. Estaba maja la *señá* Petra, maja, pero maja de verdad. El rostro sonrosado de manzana madura, los ojos todavía alegrillos y un principio de garganta que se le veía por el escote con su piel aterciopelada como la de un melocotón. No andaba muy desencaminado el *tío* Muela. La *señá* Petra, además de sus monedas de oro y de sus propiedades rústicas, tenía muchos atractivos personales. ¡Vaya si los tenía! Que se lo contaran al *señó* Felipe, que se había quedado con la boca abierta viéndole temblar el pecho de matrona al impulso de la risa.

—Consuegra, está usted muy contenta. ¿Ha ganado usted hoy mucho dinero?

—No se ríe solamente cuando se gana dinero. Es-

toy contenta porque, la verdad, no me matan las preocupaciones.

—Dichosa usted.

—Vamos, *señó* Felipe, que usted tampoco se puede quejar. Su hija Agueda es una santa.

—Sí; pero los viudos no nos acostumbramos a vivir solos.

—Hay un remedio, consuegro.

—¿Cuál?

—Casarse otra vez.

—Ah, sí. ¡Pero es tan difícil!

—Todo es proponérselo. ¿O es que le teme usted a la cencerrada?

—Yo a lo que tengo un miedo terrible es a equivocarme.

Y el *señó* Felipe, en un tono entre amistoso y burlón, intentó explorar el ánimo de su consuegra con estas frases:

—Si yo encontrara una mujer como usted, decididamente me echaría de nuevo las bendiciones.

—*Señó* Felipe, volvamos la hoja, que hoy está usted muy bromista.

El *señó* Felipe, como zorro viejo, no insistió. La idea estaba lanzada, y la viuda no echaría en saco roto aquel aviso.

—Y de jamones, ¿cómo vamos, señor alcalde?

—Tengo la bodega llena. Este año me parece que haré un buen negocio.

La *tía* Petra llevaba ya media hora hablando con el *señó* Felipe, y todavía no le había dicho nada del asunto principal de su visita. La *señá* Petra iba a pe-

dir permiso a su consuegro para que Agueda se pusiera en relaciones con Eufrasio. Era costumbre en el pueblo, que en las visitas de esta índole, se hablara de todo, y a última hora, desviando la conversación y como cosa baladí, se trataba del asunto primordial. Así venía a ser una especie de estilización de la socarronería. Algo parecido a esas cartas en las cuales lo único de interés para el que las escribe es la postdata. Aquí estaba ya todo convenido de antemano; pero se conducían las dos partes como si nada hubiesen acordado. El acto adquiere de esta forma prestigio de rito.

—Bueno, *señá* Petra, ¿y qué se dice por el pueblo?

—Poco puedo contarle. Eso ustedes, que se reunen en el café y discuten de lo divino y de lo humano.

—No lo crea, consuegra. Allí, fuera de nuestra partidita de *chamelo,* no despegamos los labios para nada.

—Oiga usted, *señó* Felipe, ¿no se encontró el cofrecito del tío de Nicomedes?

—Hasta hora, no. Además, de eso ya no se habla.

—¿Y Nicomedes qué dice?

—Nada, que le sorprende la desaparición del cofrecito; pero que sigue creyendo en el suicidio de su tío.

—Y usted, consuegro, ¿qué piensa de todo eso?—le preguntó la viuda con mucho retintín.

—Yo de las cosas que no me interesan no pienso nada.

—Hace usted bien. Más vale ser sordo de naci-

miento que enterarse de ciertas ruindades. Allá Dios con la conciencia de cada uno. ¿No le parece, consuegro?

—Le sobra a usted la razón por encima del manteo, consuegra.

—Bueno, *señó* Felipe, y ya que habemos parlado de tantas cosas interesantes, vamos a dedicar un ratillo a un asunto que no tiene tanta importancia. Usted ya sabe que mi hijo Eufrasio quiere a su hija Agueda.

—Sí, consuegra.

—¿Y usted consiente en el noviazgo?

—Si usted lo ve bien y los mozos se tienen ley, ¿por qué no?

—Bueno, pues llame usted a su hija y consulte con ella, porque mi chico está esperando en el portal de esta casa desde que entré yo aquí.

—Ahora mismo, consuegra.

El *señó* Felipe llamó a Agueda, que se presentó a los pocos momentos. Su rostro tenía la expresión triste y angustiosa de los martirizados.

—Acércate, Agueda—le dijo el antiguo buhonero severamente y envolviéndola en una mirada que hizo temblar a la moza desde los pies hasta la raíz del cabello. Y agregó:

—Agueda, la *señá* Petra dice que su hijo Eufrasio quiere pedirte la conversación. Responde. ¿Tú aceptas?

Las dos últimas palabras las pronunció con un dejo tan raro, había tal energía en aquella pregunta, que Agueda, recordando las amenazas de su padre, per-

maneció en silencio, sin negar ni afirmar nada. Aquella tregua la aprovechó el *señó* Felipe para dirigirse a la *tía* Petra:

—Avise al mozo. Agueda acepta muy complacida el noviazgo. Perdone usted que no conteste, es muy vergonzosa. Hablar de amoríos delante de nosotros es un trago muy fuerte para ella. ¿No lo cree usted así?

Agueda seguía en pie, baja la cabeza y veladas las pupilas por las negras pestañas. Quieta y silenciosa, parecía la estatua del dolor.

Conducido por la *señá* Petra entró en la sala Eufrasio. Con todo respeto saludó al *señó* Felipe. Los preliminares del noviazgo estaban cumplidos. El hijo de la *señá* Petra entonces, acercándose a Agueda, le estrechó las manos. Eufrasio pudo advertir que la piel de la moza tenía la misma frialdad que la de una muerta.

XXXVIII

Aquel día, como domingo de Resurrección, el pueblo entero se desparramaba por los encinares. Allí, bajo las redondas cúpulas de los árboles centenarios, las mozas y los mozos, resguardados del sol, bailaban mientras saltaba el vino en las jarras y se iban preparando las meriendas en el verdoso y perfumado mantel que fingían las matas de romero y de tomillo. Ya la sierra se había impregnado de ese grato olor que anuncia el despertar de la primavera. En esta tarde clara, dulce y soleada como un fruto del Sur, se preparaba el *hornazo*. El clásico bollo adornado de huevos de gallina colocados a flor de piel, como piedras blancas engarzadas en un pesado medallón. Cada familia llevaba el suyo envuelto cuidadosamente en papeles para cuando llegase la hora, mostrarlo a las miradas ávidas de todos los comensales como algo prodigioso y único, como una maravilla gastronómica. Antes de hendirlo con la acerada faca, todos callaban emocionados. El arma cortante crujía en el vientre del hornazo, y al partirlo veíanse entre la blancura de la masa pedazos de chorizo, rodajas de salchichón y otras excelentes sustancias no menos apetitosas y nutritivas.

La *señá* Petra, que tenía fama de buena cocinera, había llevado al monte un descomunal hornazo, que parecía una peña por lo grande y la cabeza de un picador de toros después de una corrida por los chichones. Cada chichón era un huevo cocido, que conservaba la cáscara. Estaban incrustados por una punta en la masa del bollo y fingían en aquella quebrada superficie picos de montañas nevadas.

—¿Lleno de vino las jarras?—dijo Desiderio, que se hallaba cerca de su madre y sentado en el suelo.

—Espera un poco. Primero hay que preparar la mesa.

El ramaje de una encina de retorcido tronco caía sobre el grupo. Estaban allí también el *señó* Felipe, Tomasa, Agueda y Eufrasio. La *señá* Petra quería que todos ellos se relamieran con su sabrosísimo hornazo.

—*Señó* Felipe—dijo sonriéndose—, un bollo como éste no lo ha probado usted en su vida.

—No lo dudo, consuegra, y ya estoy deseando hincarle el diente.

—Paciencia, paciencia, *señó* Felipe, que las cosas han de ir por sus pasos contados. Preparar bien una merienda no es tan fácil como se cree.

Y, dirigiéndose a Agueda, agregó dicharachera:

—Oye, ¿y tú, tienes hambre o tienes ganas de conversación?

—Ni una cosa ni otra. Me duele la cabeza tanto, que he venido por no desairar a usted.

—No seas bobita y anímate. Así te aburres y aburres también a los que están a tu lado.

Y la *señá* Petra, maliciosamente, lanzó una mirada escrutadora a su hijo Eufrasio, que, apoyado en el tronco de la encina, se entretenía en arrancar matas de tomillo de la tierra rojiza y compacta.

—Déjela usted, consuegra. En cuanto pruebe el bollo y baile con Eufrasio, se le quita el dolor de cabeza. ¿No es verdad, Agueda?—le preguntó su padre con un extraño dejo metálico en la voz.

—Quizás me alivie, padre—contestó Agueda con humildad.

* * *

Desde el día en que fueron concertadas las relaciones, la pobre moza había sufrido terriblemente. Tuvo que salir a la ventana para oír las gansadas de aquel bárbaro, mientras en su corazón la imagen de Pedro, del único ser que ella adoraba en la tierra, adquiría la fuerza prodigiosa y la ideal belleza de los ensueños irrealizables.

En los primeros días, la repulsión fué tan irresistible, que se vió obligada a decir que padecía neuralgias para no pasar por el tormento de escuchar las frases amorosas de Eufrasio, que sonaban en sus oídos como blasfemias. Seguía viéndose con Pedro por las tardes, y entonces caía desolada en sus brazos, arrepentida como una Magdalena, porque Agueda tenía la absoluta evidencia de que era una profanación verdadera, una burla a sus sentimientos aquellas entrevistas con Eufrasio al través de los hierros

de una ventana y bajo el manto de la noche silenciosa. Era aquello un suplicio superior a sus fuerzas y de una crueldad refinada. El hijo de la *señá* Petra no permanecía mucho tiempo con la moza. Se aburría al ver que ella contestaba a sus frases de amor con monosílabos y que ni una sola vez vió encenderse en sus pupilas la llama del deseo; pero a Agueda, despiertas todas sus facultades por el odio y la repulsión, se le hacía más visible y más insoportable la brutalidad del macho. Sobre todo, cuando Eufrasio, defendido por las sombras, introducía sus manos entre los hierros, intentando acariciarla. Entonces ella, como si hubiese sentido sobre su cuerpo la piel viscosa de un reptil, retirábase de la ventana y airadamente protestaba de aquel proceder, asegurándole que si persistía en sus inconveniencias, daría por terminadas las relaciones. Esta incomprensible castidad de la moza avivaba los deseos carnales de Eufrasio. El no sentía cariño por Agueda, sino un ansia impura de posesión, y ese mismo despego excitaba más su lujuria. Y hasta mostrábase orgulloso de ser el novio de una mujer que se defendía tan enérgicamente. Ni con un candil encontraría en el pueblo una moza tan arisca. Pero de esto no hablaba Eufrasio con nadie. Ya se amansaría. Dábase el caso de que éstas que protestaban al comienzo del noviazgo, sintiéndose ultrajadas por un pellizco, fuesen las más fáciles y las primeras que se dejaran besar. De todos modos, el hijo de la *señá* Petra estaba satisfecho. Con las relaciones quedó a cubierto de burlas y donaires. Todos los mozos sabían que ya era novio de Agueda.

Hasta Crispín, después de aquella riña idiota, vino a felicitarlo y a ofrecerse como un amigo de corazón.

Pedro, mientras tanto, buscaba los medios de cortar aquellas malditas relaciones. A su cerebro acudían los más absurdos pensamientos, pero ninguno era viable; todos los que se le ocurrían hubiesen empeorado la situación en vez de mejorarla. Abrigó hasta ideas criminales, y pensó también en matar a Eufrasio y huír con Agueda, internándose en la sierra, como un bandido de la España de pandereta. Pensaba otras veces en echarse a los pies del *señó* Felipe para confesarle su loca pasión. Pero en cuanto empezaba a razonar detenidamente en estas dos soluciones, le parecían absurdas y elaboradas en un cerebro de loco. Si mataba a Eufrasio, lo ahorcarían indefectiblemente, y si imploraba piedad al *señó* Felipe, sólo obtendría el desprecio y la venganza. No había más medio que la huída, pero sin matar a nadie y llevando la conciencia libre de remordimientos. Pero ¿cómo huír? La ausencia de Agueda, dado caso de que pudiera escaparse de su casa cuando no la viese nadie, sería notada en seguida. La alcanzarían antes de que el pueblo aparentemente creyera que había sido deshonrada. En el tren no podían alejarse. Serían descubiertos inmediatamente. Y más en aquella estación, donde conocían a Pedro y a Agueda hasta el último guardaagujas. Y los días pasaban con la crueldad de lo inevitable, agravándose por momentos la situación de los enamorados.

* * *

—¿Quieres bailar, Agueda?

Habían terminado la merienda. Entre los negros troncos de las encinas veíanse revolotear los refajos rojos, verdes y amarillos de las mozas y resplandecer ojos negros y azules en el marco de unos rostros juveniles y sonrientes. En el suelo, entre macizos de jara, aparecían revueltos sartenes, vasijas, platos, cantarillas de vino, trozos de lomo, rodajas de *embutido* y pedazos de pan. Eran los restos de las meriendas, diseminados por la alfombra violeta de los encinares, mientras los mozos y las mozas bailaban bajo la grata sombra de la arboleda.

—Anda, boba, y baila con Eufrasio—dijo el *señó* Felipe en tono suave, pero mirando a su hija de tal forma que era más bien un mandato que una invitación.

Agueda se levantó lentamente, uniéndose a Eufrasio, que la esperaba.

—Me pensé que no querías bailar conmigo.

—Figuraciones tuyas.

—¿Pero aun te duele la cabeza, chacha?

—No se me acaba de quitar nunca, estoy ya aburrida.

—Entonces no bailamos.

—Deja, bailaremos. No quiero que mi padre se nos enfade.

Agueda pronunció estas palabras con tal melancolía, que Eufrasio se conmovió y repuso:

—No consiento que bailes así. Nos sentaremos en cuanto des tres vueltas.

—Te lo agradeceré mucho.

—Tú no tienes que agradecerme. Quiéreme nada más, chacha. Con esa cara de tristura, estás más guapa. Da gloria verte.

Agueda volvió el rostro, fingiendo no haber oído las frases amorosas de Eufrasio. Pedro le aseguró que iría por los encinares, y ella, disimuladamente, miraba el camino blanco que veía serpentear no lejos de allí.

—¿*Demos* las tres vueltas o no?

—Vamos—repuso Agueda, dirigiendo una mirada de ansiedad al camino.

De pronto se detuvo.

—¡Déjame, Eufrasio; estoy mareada! Si diera una vuelta más, me caería al suelo.

El mozo sonrió bestialmente y repuso:

—Estando en *los* mis brazos, no te caerías, boba.

—¡Déjame!—repitió la moza en tono autoritario y soltándose con rudeza.

—¿Te ha picado algún bicho?—le preguntó el hijo de la *señá* Petra, un poco asombrado.

Agueda había visto avanzar a Pedro por la faja blanca de la senda. Aun hallábase lejos; pero al divisar al amado, el odio y la repugnancia que sentía por Eufrasio acentuáronse mucho más. No comprendía cómo pudo resistir todo aquel tiempo al lado suyo y hasta el extremo de acceder a bailar en su compañía. Veía ahora a Pedro por la vereda que parecía llenarse de luz en torno de la figura esbelta. Ya distinguía sus facciones y la palidez de su rostro y el brillo inconfundible de sus ojos, que habían cambiado con los de ella una mirada intensa de ternura. Pedro

se adentró en los encinares, como si no hubiera advertido la presencia de la familia de su principal. Era lo convenido. Cerca de allí bailaban las mozas y los mozos. El viento traía las notas dulces y melancólicas del tamboril y de la dulzaina.

XXXIX

En marzo Tomasa dió a luz un hermoso niño. El bautizo se celebró por todo lo alto, y con este motivo se estrecharon más las relaciones entre las dos familias. Una tarde del mes de abril salió el *señó* Felipe de su casa hacia la estación para enterarse si le habían despachado una mercancía. Al cruzar por una de las aceras de la Plaza Mayor vió reunidas a las tres mujeres más charlatanas del pueblo, mujeres que sabían la vida y milagros de cualquier tejolense, fuera joven o viejo, varón o hembra. Para resguardarse de los rayos del sol y del viento, las habladoras mujeres, como era costumbre, tenían colocado una especie de toldo de originalísima estructura. El toldo estaba constituído por una manta que colgaba a guisa de bandera sobre un palo apoyado por su base en la fachada principal de la vivienda. Bajo aquel rectángulo de sombra pasaban reunidas al aire libre varias horas de la tarde.

—¿Adónde se camina, *señó* alcalde?

—A mis obligaciones, que son muchas, *tía* Casilda.

—Yo creí que usted ya no tenía obligaciones—saltó, sonriéndose, la *señá* Juliana.

—Pues sí que las tengo, y a mucha honra.

—No se enfade usted, *señó* Felipe.

—Si yo no me enfado. Y tu hija, ¿cómo sigue?

—Así, así, *señó* alcalde—repuso con tristeza la *señá* Juliana.

La *tía* Casilda intervino con vehemencia:

—Lo que debéis hacer es seguir el mi consejo y no *sos* pesará.

—¿Y cuánto tiempo tiene la tu muchacha?

—Pos la muchacha tiene *aina* veintidós meses.

—Más me pensé yo que tuviera, por lo medrá que está.

—Y eso que la probe con el dichoso mal se ha quedao muy malucha. Sepa usted, *tía* Casilda, que yo y él estamos decidíos. Dígame usted con todo detalle cómo habemos de hacer el remedio. Necesitamos que se cure. Una quebradura como la que tiene puede traer malas consecuencias.

—Pos verás—dijo la *señá* Casilda, disponiéndose a relatar aquel portento—. De antes se decía que la cosa había de hacerse precisamente el día de San Juan; pero yo he visto casos en que ha resultao bien el remedio haciendo lo que te digo en cualisquier otro día. De manera que tú, si quieres y puedes, lo haces el día de San Juan y si no cualisquier otro día.

—Siga usted, *señá* Casilda, que me tiene sobre ascuas.

—No te impacientes, Juliana. Es preciso que un hombre que se llame Juan y una mujer que se llame María sean los dos que lo hagan. Velay los tus primos tienen esos nombres y servirán para el caso. Bueno. Pos se levantan bien temprano, cogen a la criatu-

rita y se van con ella a un huerto donde haya guindas (al mío, sin dir más lejos). Se ponen cerca de un guindo y están muy al cuidado pa encuantis el sol comience a salir, encomiencen ellos la faena, que no es más sino arrojarse la niña el uno al otro, pasándola por encima de una ramita del guindo, y diciendo:

—¡Tómala, Juan!

—¡Tómala, María!

—¡Tómala, Juan!

—¡Tómala, María!

Y así, arrojando y recogiendo a la niña por encima de la ramita, que pa eso se escoge una que esté poco crecida. Y habréis de continuar de esa forma hasta que el sol haya terminado de salir. Después, el Juan cogerá esa ramita, sin cortarla, ¿eh?, y la juntará con otra ramita cercana, haciendo como quien dice un injerto. Eso lo hace cualquiera; ya sabès: mondas un poco las dos ramas por donde hayan que juntarse, las unes después, cubriéndolas con barro y envolviéndolas en un trapo. Y ya está hecho. Cuando las ramas se junten quedando injertadas, la quebradura de la niña se cura. Si no prende el injerto, hay que repetir toda la operación hasta que prenda... No. No lo dudéis. Ni ponga usted esa cara de desconfianza, *señó* Felipe, que lo contado aquí es tan verdad como la religión cristiana. He visto yo muchos casos. Mi hijo Pepe estuvo que aina si se muere por guiarnos del médico. Hice el remedio como sos lo he contao y tan sano y tan bueno.

—A mi madre la había yo oído decir que se hacía eso; pero ahora han venido las modas de los especí-

ficos y de los doctores, que no sirven más que para sacar cuartos—dijo el *señó* Felipe, terciando en el diálogo, como hombre entendido y enjundioso.

—Pero las ramas, *tía* Casilda, no pegarán tan aina —exclamó la otra mujer, ya muy interesada por todo aquello.

—Claro que no; depende de que la quebradura sea más fácil o más difícil de curar. Además, que si no prenden a la primera, prenderán a la segunda o a la tercera... Te digo que no hay que perder la pacencia.

—¡Pos na, que desde luego lo he de hacer!... ¡Pos ya lo creo! ¡Tan guapa como estaba la mi niña y tan malina que *me se* está quedando!

—Bueno, *tía* Juliana y la compaña, hasta luego, que me esperan en la estación—dijo el *señó* Felipe, despidiéndose—. ¡Ah! Y no se olvide del consejo de la *señá* Casilda, que se le curará la criatura.

—Dios lo oiga, *señó* Felipe. ¿Y cuándo es el casamiento de Agueda?

—El mes que viene, si vivimos en el mundo.

—¿Han empezado ya las amonestaciones?

—Sí, señora. Y la mi casa está ya abierta para todo el que quiera felicitar a los novios.

—Pos esta misma noche iré, *señó* Felipe.

—Y yo—dijo la *señá* Casilda.

—Entonces, hasta luego y que haya salud.

Y el padre de Agueda siguió su marcha por una callejuela formada de casas negras y torcidas, que parecían huesos podridos de una quijada gigantesca, surgiendo de la tierra como de un osario.

XL

Acercábase el día fatal. Agueda y Pedro seguían viéndose todas las tardes, cuando se marchaba el *señó* Felipe. ¿Qué hacer? ¿Cómo oponerse a la marcha normal de los acontecimientos? Pedro en un mes adelgazó como si hubiera padecido una grave enfermedad. Pasábase las noches sin poder dormir, y cuando lo conseguía despertábanlo unas terribles pesadillas. El, que jamás se equivocó al extender las facturas, ahora sufría olvidos imperdonables, hasta el extremo de que el *señó* Felipe le había llamado la atención muy seriamente. Estaba anonadado. Veía que no encontraba ningún medio para impedir el casamiento. Los celos eran ya como unas tenazas que le iban apretando el corazón. Por la noche, cuando pensaba que quizás en aquel momento estaría Agueda hablando con Eufrasio, sentía como un impulso homicida, y la sangre, a semejanza de una espuma maldita, invadíale el cerebro. Pero todo aquello era producto de una imaginación enfermiza. El no tenía valor para matar a nadie. El sólo poseía un corazón muy grande para querer a su Agueda, pero plácidamente, sin verse obligado a vencer obstáculos de aquella naturaleza, ni a ser el protagonista de una escena sangrienta. Pero tampoc

se resignaba a que le arrebatasen lo que para él era tanto como la vida. ¡Oh, qué suplicio! Y no había otro medio para evitar la boda que matar a Eufrasio, porque por las buenas aquel bárbaro no se conformaría. Con la desolación de la angustia fué estudiando planes a cual más descabellado. Pensó en anónimos terribles, y si esto fallaba, hubo un momento en que se creyó capaz de asesinar a Eufrasio por la espalda y al pie mismo de la ventana de Agueda. Pero nada de esto llegó a cuajar en su cerebro. Las ideas revoloteaban en todas direcciones como pájaros agoreros; mas ninguna se detenía lo necesario para que triunfara de las otras. ¡Surgían tantos obstáculos para resolver en definitiva! Y sobre todo, ninguna de las soluciones pensadas conducían a un fin práctico. Por aquellos procedimientos Agueda no podría ser nunca suya. El remedio era peor que la enfermedad. Habilidad y astucia. En estas dos palabras estaría, tal vez, la salvación. ¿Pero cómo auxiliarse de ellás? ¿Qué armas habría que entregarles para que pudieran combatir con probabilidades de triunfo? No era posible. No encontraba una senda segura ni una salida practicable. Estaba preso, rodeado del anillo angustioso de la desesperación, sin un resquicio por donde entrase una ráfaga de esperanza confortadora.

Tenía el amor de Agueda, la seguridad de que por él lo sacrificaría todo en el último momento; pero, por eso mismo, estaba obligado a resolver el asunto antes de que las cosas pasaran a mayores. Agueda se podía negar en el instante del casamiento, en la misma iglesia, a unirse en santo lazo con el hijo de la *tía* Petra;

pero entonces, ¿de qué no sería capaz el *señó* Felipe? Con seguridad, la martirizaría tan cruelmente que ella misma acabaría por acceder a la boda para verse libre de tantos tormentos. Con el *señó* Felipe no se jugaba; sobre todo, en asuntos de intereses. El antiguo buhonero reaparecía, y ya se había corrido la voz por el pueblo que después del casamiento de Agueda con Eufrasio, se preparaba el de la *señá* Petra con el alcalde.

¡Ah, zorro! ¡Y qué bien preparaba todos sus negocios, sin pensar en nadie y sin detenerse a escuchar los dolientes latidos de los corazones angustiados!

Y Pedro allí, sin defensa alguna, solitario, viviendo por raro e irónico contraste del *señó* Felipe, del hombre que trataba de arrebatarle para siempre lo único que le hacía grata la existencia!

Pedro no podía desahogar sus penas con nadie. Ahora estaba completamente solo. La vieja que le servía desde la muerte de su desgraciado padre, se había marchado hacía un mes a Salamanca para pasar una temporada con la familia. A Pedro le mandaban la comida de la fonda y una criada iba diariamente de allí para arreglarle la habitación. Vivía, pues, solo, sin una persona amiga a quien pudiera pedir consejo después de haberle contado toda la odisea de sus amores. A nadie podía confiarse. Él, entre los mozos del pueblo, era *el castellano* y se le consideraba como a un forastero. En las *rondas* nunca tomaba parte, y jamás se mezcló en las diversiones y juegos de los demás. Por las tardes, después de salir del despacho del *señó* Felipe, daba un gran paseo por las afueras de la aldea

y al obscurecer retirábase a su vivienda, y unas veces leyendo y otras pensando en Agueda, permanecía tres o cuatro horas, hasta que el sueño empezaba a rendirlo. Ahora se agudizaba algo más el aislamiento por la marcha de su vieja sirvienta, que podía ya considerarse como de la familia. Pedro notaba la ausencia de esta mujer, parecía que la casa era otra y que las paredes y los muebles adquirían un tono más sombrío. Al mismo tiempo, la soledad le era grata, porque permanecía horas y horas pensando en Agueda y experimentaba ese quintaesenciado placer del recuerdo superior a la realidad más bella.

Pero desde que Eufrasio se puso en relaciones con Agueda, esos pensamientos hubieron de convertirse en un semillero de plantas venenosas, y en su cerebro empezaron a germinar ideas absurdas y endemoniadas.

XLI

En la iglesia se habían leído ya varias veces las amonestaciones de la próxima boda de Agueda con Eufrasio. Todos los días el bondadoso párroco formulaba la siguiente pregunta:

—¿Se sabe de algo que pueda cristianamente impedir esta boda?

Cincuenta o sesenta voces de hombres y mujeres respondían al unísono:

—¡No se sabe na!

Después, cuando salían todos de la iglesia, unos marchaban a casa de la *señá* Petra y otros grupos dirigíanse a casa del *señó* Felipe. En los dos sitios eran obsequiados los visitantes con peras partidas, trocitos de pan y de queso y jarras de vino.

Agueda recibía las enhorabuenas sonriendo forzadamente. A veces no tenía alientos ni para dar las gracias, y en ocasiones estuvo a punto de romper a llorar ante los que la felicitaban, sin darse cuenta de que cada palabra era como un puñal que le iban clavando en el corazón.

¡Y cuando tenía que salir a la ventana para hablar con Eufrasio! Aquel bruto no advertía su despego, y, aunque a veces sorprendía en Agueda una mirada

de desprecio, bromeaba y reíase, achacándolo al carácter estrambótico de su prometida, que solía enfadarse sin motivo.

—Ya te acostumbrarás a las mis cosas —decíale, riendo de tan desusada forma, que la tal risa semejaba un relincho, por lo estrepitosa y lo irracional.

Agueda, casi oculto el rostro en las sombras de la alcoba, sentía empaparse sus ojos en lágrimas, y la figura de Pedro levantábase ante ella con toda la idealidad que envuelven a los ensueños y a las evocaciones.

Al día siguiente, cuando llegaba Pedro, caía en sus brazos desolada.

—¡No puedo, no puedo hablar con ese hombre! Es superior a mis fuerzas este fingimiento. ¡Pedro mío, busca el medio de librarme de este martirio!

Pedro callaba, acariciándola dulcemente, ensombrecido el rostro, perdida la mirada en un punto lejano y baja la cabeza, como si quisiera ocultar un pensamiento tenebroso.

Ahora las entrevistas en el despacho se hacían más largas, no se ocupaban de los criados de la casa, que solían andar cerca de allí, ni del regreso del *señó* Felipe, que podía cualquier tarde cogerlos en pleno idilio. A medida que acercábase el día de la boda, se ocultaban menos, como si desearan ser descubiertos, acariciando la ilusión de un cambio en sus vidas que quizás les fuese favorable. Ni Agueda ni Pedro tenían valor para confesar la verdad, para afrontar la cuestión cara a cara, sin temer las consecuencias; pero si algo inesperado cambiaba el curso de los aconteci-

mientos, entonces el único responsable era el destino. Ni uno ni otro tenían la gallarda actitud del rebelde. Acostumbrados desde pequeños a obedecer y a no rebelarse nunca, sentían ese miedo pueril y lógico de los esclavos. Ella no vió en su hogar más que muñecos de carne y hueso supeditados a la voluntad de su padre. Así murió la madre y se casó su hermana Tomasa. El, niño aún, se encontró solo en un pueblo que le era hostil y viviendo únicamente con la ayuda del *señó* Felipe.

Durante su infancia no vió a su lado más que miserias y vejaciones, esas miserias y esas vejaciones de que son siempre víctimas los maestros de escuela en las aldeas castellanas. Creció en un ambiente enrarecido, acobardado por las injusticias y las crueldades que solían cometer con su pobre padre.

¡¡Energía!! ¡¡Rebelión!! ¿Dónde hallarlas para oponerse al curso inexorable y fatal de los acontecimientos?

XLII

—¡¡El mayo!!

—¡¡El mayo!!

Era la última noche de abril. En la plaza del pueblo estaban reunidos todos los mozos. Seis de los más fornidos, puestos en fila, conducían el tronco de chopo que habían traído del monte para clavarlo enmedio de la plaza Mayor, donde permanecería todo el mes de mayo como una ofrenda a la gentil y maravillosa primavera.

—¡¡El mayo!!

—¡¡El mayo!!

Repetían los mozos, enardecidos, sintiendo hervir en sus venas la sangre renovada por el cambio de estación.

El mayo era un tronco de chopo largo y derecho como un puntero y de corteza tierna y tan delgada, que se podían hacer incisiones con un cortaplumas.

Varios mozos, armados de picos o azadas, empezaron a remover la tierra hasta conseguir hacer un hoyo con la suficiente profundidad para plantar el chopo, despojado de ramas y de hojas, rígido y quieto como un cuerpo sin vida. Después, cuando lo levantaban en alto para plantarlo en el centro de la pla-

za, parecía renacer, y su fina silueta se destacaba gentil entre las casas negras, mientras que en su cúspide, como si surgiera del mismo tronco, como una flor luminosa, veíase temblar la estrella de la tarde.

—¡¡El mayo!!

—¡¡El mayo!!

Ahora sí que había quedado en su sitio. De allí no se movería en todo el mes, aunque mil endiablados vendavales se desencadenaran sobre la aldea. ¡Qué majo estaba allí en medio de la plaza y erguido ante la noche cuajada de luceros!

—¡¡El mayo!!

—¡¡El mayo!!

Iban entrando los mozos y agrupándose en torno de las acacias florecidas.

—¡¡El mayo!!

—¡¡El mayo!!

Entonces el canto a la primavera era iniciado por el tamboril y la dulzaina, y comenzaba el baile en torno del madero airoso, que parecía un índice señalando al infinito.

Al terminar el primer baile, los mozos dejaban su correspondiente pareja bajo las olorosas y susurrantes acacias y ellos acercábanse al tamborilero y al dulzainero, y reían y bromeaban, en tanto las jarras de vino pasaban de unos en otros.

—¿Y la tu novia no viene a ver el mayo?—preguntó un mozo al hijo de la *señá* Petra, mientras le ofrecía una cantarilla de vino.

—Dice que no quiere salir porque le duele la cabeza.

—Pues cortásela, bobo. ¡Mira que estar casi en vísperas de casorio y no venir a bailar contigo!

—Ya ves—repuso Eufrasio con indiferencia.

—¿Y cuándo es la tu boda?

—De aquí a seis días, si no nos morimos alguno de los dos.

—¿Y será tan sonada como la de tu hermano Desiderio?

—Pues ya lo creo. ¿Qué te pensabas tú?

—Nada, hombre. El que pregunta no yerra, chacho.

De nuevo empezaron a sonar el tamboril y la flauta; la plaza a cada momento se iba llenando de parejas que parecían esfumarse en la semipenumbra del anochecer. Lejos, la espadaña de la iglesia rasgaba el velo violeta del espacio. Las casas, surgiendo del profundo seno de las sombras, trazaban en el aire perfiles diabólicos y atormentados.

Reían los mozos y chillaban las mozas, huyendo de los atrevidos, de los que perdieran la serenidad por beber más de lo conveniente. El mayo en medio de la plaza parecía alegrarse de aquel holgorio, de aquel desbordamiento de juventud. Era un milagro que el árbol, mutilado y aún tierno y jugoso, no se cubriese nuevamente de ramas y de hojas. Aquel tardío florecer en su agonía hubiera sido entonces el verdadero símbolo de la primavera castellana.

XLIII

Estaba Pedro descansando en uno de los más altos picos de la sierra, cerca de la peña de Los Dos Hermanitos, cuando vió avanzar por una de las estrecha veredas que iban a morir en la misma cúspide del cerro, a la bruja de Tejuelo. En la grandiosidad del paisaje, bravío y de dilatado horizonte, la figura de la vieja parecía más pequeña. Era como un ave de rapiña que se movía entre las encinas centenarias, y cuando inclinábase para coger matas de romero y de tomillo, producía la impresión de una bolita negra que fuera deslizándose entre los jarales. Era un domingo del mes de mayo. Pedro había salido del pueblo por la mañana, y, como siempre, trepó monte arriba en busca de la soledad y de algún sosiego para su espíritu. Dese allí, contemplando en toda su magnífica belleza el cielo azul y la sierra ubérrima, que parecía arquearse por la caricia del sol, como el lomo de un felino bajo la suavidad de una mano, Pedro sentíase más tranquilo, más dueño de sí, y hasta pensaba que un acontecimiento inesperado impediría el casamiento de Agueda con Eufrasio.

¡El pueblo, el pueblo maldito!

Ahora, desde aquella altura prodigiosa, lo veía muy

pequeño, en un rincón del paisaje, muy juntas sus casas, que refulgían al sol como fichas de porcelana negra, unas casi empotradas en otras, mientras las encinas avanzaban por todas partes como un ejército fantástico que se lanzara furioso a reconquistar el terreno perdido. ¡Oh, si aquellas encinas se volvieran soldados, si todo aquel bosque de troncos gigantescos y de ramas frondosas comenzara a moverse de súbito, con qué placer se uniría a él y entraría en el pueblo para rescatar lo que era suyo! Pero aquello no eran más que fantasías de una imaginación excitada. La realidad no podía alimentarse con ensueños ni con alucinaciones. Y esa realidad sólo se vencía con otra realidad.

Por el sendero marchaba la vieja. Ya había divisado a Pedro, y venía en su busca, trepando por las quebraduras del terreno, sonriente, contenta y ansiosa de conversar con el mozo.

—Muchacho—dijo apareciendo ya casi a la terminación de la vereda—, ¿qué haces ahí tú solo?

—Pues ya usted ve, contemplando la sierra.

—Y muy maja que está hoy con este sol tan claro.

—Sí que es verdad. Hoy son las encinas de cristal verde. Hasta las ramas parecen que se transparentan en el aire.

—Tienes razón, Pedro. Hoy está muy hermosa la sierra.

Flotaba tal tristeza en las frases de la mujer, que el hijo del maestro se quedó mirándola a los ojos, como si viera en la profundidad de sus pupilas la imagen misteriosa de una pena lejana.

—¿Le entristece la hermosura de este día?

—Me recuerda muchas cosas que pasaron para no volver. En mayo, en un día tan claro y tan sereno como éste, aprendí yo a sufrir. En un día que no olvidaré nunca tuve que salir de esta aldea, repudiada por todos, de esa aldea odiosa, que tiene entrañas de madrastra y corazón duro y negro como los pizarrales.

Y la anciana se irguió sobre la piedra que le servía de asiento, levantando el brazo hacia el pueblo maldito, escondido en la tierra rojiza como una fiera en acecho.

—Cálmese—le dijo Pedro—, ya todo eso pasó. Ahora olvide usted y perdónelo.

—Perdonar, nunca. Me hicieron sufrir mucho. Nadie tuvo compasión de mí.

Ella no había dicho nunca a Pedro cómo descubrieron en la aldea sus amores culpables.

—¿Y cómo lograron enterarse?

La vieja, en este día tan claro y tan sereno, que le recordaba otros más felices, sintió ansias de confidencias, y repuso:

—No sé quién tuvo la culpa. Y aun hoy daría lo que me resta de vida por saberlo. Pero en estos casos nadie presenta la cara. Se enteraron, porque una mano infame y oculta sembró *el rastrero* de la casa de él a la mía.

—*¿El rastrero?*—preguntó Pedro, queriendo recordar.

—Sí. ¿No sabes lo que es eso?

Pedro se pasó la mano por la frente; poco a poco

acudieron a su cerebro como unas vagas reminiscencias de aquella costumbre de las aldeas serranas.

—¿No lo sabes?—agregó la vieja, después de unos momentos de silencio.

—Tengo una idea remota; pero cuente, cuente usted—le interrumpió Pedro, interesado vivamente por el relato de la anciana.

—Pues, oye. *El rastrero* es algo horrible, que no puede compararse a nada. Es como una venganza muda, es como una maldición silenciosa de todo el pueblo, que huye de la moza que considera culpable, como si estuviera manchada de lepra. (1)

—Aquella mañana, aun me estremezco al recordarla, apareció *el rastrero*. Era como una sendita formada por un reguero de paja, que comenzaba en la misma puerta de mi casa, y que iba zigzagueando por las calles como una culebra de oro sin cola ni cabeza, y que relucía al sol de la mañana de mayo. Sí; una maldita culebra de amarillos tonos, silenciosa, quieta, y que, extendida entre mi vivienda y la de mi amante, pregonaba a los cuatro vientos mi deshonra. ¿Quién hizo el caminito? Jamás lo supe. En el misterio de la noche, unas manos crueles habían dejado verter aquel reguero como una demostración palpable de mi culpa. Después, ya sabes, nadie me quiso oír, nadie se apiadó de mi desamparo y de mi pobreza: las mujeres huían, no sin antes mirarme con des-

(1) En algunos pueblos de Castilla *el rastrero* puede significar también que un mozo tiene amores lícitos con una moza; pero, generalmente, y según los casos, es como una confesión muda y misteriosa de sus amores culpables.

precio; los mozos se reían y los viejos se encogían de hombros, sin dirigirme ni una sola palabra de consuelo. Era la venganza muda, la maldición silenciosa, que me cerraba las puertas y con ellas los pocos corazones bondadosos que había en la aldea. ¡Terrible *rastrero!*

—Vamos, no se acuerde de eso. ¿A qué remover esas penas tan lejanas?

—¡Si tú vieras, Pedro, cuánto me hicieron sufrir!

—¿Y quién no ha padecido y ha sufrido en esta vida, abuela?

—Todos, es verdad. Por algo le dicen a la tierra el valle de lágrimas; pero es que mi sufrimiento no tenía nombre. Me veía sola, abandonada por el que me burló y repudiada por todas las personas de la aldea. Ya te conté en otra ocasión que tuvieron hasta la crueldad de negarme la vivienda y la comida. ¡Desgraciada de la mujer que se le descubran sus amores culpables por *el rastrero!*

—Pero ¿aun hoy existe esa costumbre?—preguntó estremeciéndose Pedro.

—Todavía, todavía...

—Pero eso se presta a venganzas. Puede ocurrir que pusieran *el rastrero* y no hubiese culpa.

—No. Nadie se atreve a jugar con una cosa tan seria. Dicen que quien intentara vengarse así de una mujer no habiendo motivo, no existiendo los amores culpables, moriría en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Era cierto. Al *rastrero* se le veía surgir siempre misteriosamente, sin que nadie supiera cuya era la

mano que vertía en las calles el reguero de paja. El autor permanecía en la sombra. Si alguien lo sabía, guardaba el secreto hasta la tumba. Creían los ignorantes que era Dios, Dios mismo el delator de los impuros. El castigo venía del cielo. Y aquella mano que trazaba la senda inexorable era, sin duda alguna, la mano de la Providencia, o por lo menos dirigida por Aquel que todo lo puede, por Aquel sin cuya voluntad no se movería la hoja en el árbol.

XLIV

Al día siguiente, cuando el *señó* Felipe se dirigía al café, Agueda cayó en los brazos de Pedro, desolada, turbios los ojos por el llanto.

—No puedo más. El sufrimiento es superior a mis fuerzas. Faltan sólo tres días, Pedro mío. Es necesario pensar algo.

Y añadió, llena de temblores y con esa fiera rebeldía de la mujer que por encima de todo pone su amor:

—Yo no me resigno.

Estaba tan hermosa así, colgada del cuello de Pedro, asomándosele el alma a las pupilas negras con tal intensidad, que parecía ofrecerle su cuerpo y su vida. Pedro sintió entonces ese fuego y esa ceguera que precede a los momentos pasionales. Uno de sus brazos ceñíase a la cintura de Agueda. Con un movimiento inconsciente los rostros se juntaron.

—¿Me querrás siempre, Agueda mía? ¿Serías capaz de todo por mi cariño? ¡Di! ¡Responde!

—¡Seré tuya, únicamente tuya! ¡Huyamos lejos! ¡Pero pronto, pronto! No puedo fingir más.

—¡Nena, mi vida!—decía Pedro, secándole las lágrimas con sus besos cálidos y sintiendo palpitar el

corazón de ella tan cerca del suyo, que se confundían los latidos de uno y otro. Súbitamente el rostro del mozo se iluminó con una sonrisa, una sonrisa que era una esperanza de liberación en la desoladora realidad de la tragedia.

—Oye, Agueda; óyeme bien. ¿Estás dispuesta a todo?

—¿Qué piensas hacer?

—Ya lo verás, Agueda. Lo que necesito es tu conformidad.

—Tú mandas, tú eres mi único dueño, ¡Pedro de mi vida! Pero sácame pronto de este infierno.

—¿Me lo permites todo, Agueda?

—Por conseguir nuestra dicha todo me parecería poco.

—¿Y si la gente dudara de tu honra?

—¿Qué dices, Pedro?

—Cálmate. No me has entendido. Quiero decirte que si hubiera que fingir tu deshonra para evitar ese terrible casamiento...

Agueda no lo dejó concluír. Ya sin lágrimas, y con la sublime vehemencia de la hembra que nada tiene que reprocharse, le interrumpió:

—¡Y qué me importa la gente, creyéndome tú limpia de toda culpa! ¡Qué valor tiene la honra cuando no nos trae también la felicidad!

—¡Agueda mía, quiéreme mucho y no pierdas la esperanza! Te juro por mis pobres padres, que en gloria estén, que no te casarás con Eufrasio, y te juro además que he de conseguirlo sin violencia alguna.

—¡Habla, por Dios! ¿Qué intentas? No me tengas así. ¡Te lo suplico, te lo ruego!

—Para qué atormentarte, Agueda; déjame, no me preguntes nada. Nos salvaremos, ya lo verás.

—Pero dime cómo; necesito saberlo para ayudarte.

Pedro la miraba con intensa emoción, con la alegría del próximo triunfo reflejándose en sus ojos.

—Al fin venceremos, Agueda. Hoy Dios me ha iluminado. Bien dicen que cuando todos los caminos se cierran surge de pronto un senderito que conduce a la felicidad.

—Cuéntame cómo podrás destruír todos los planes de mi padre y de toda mi familia.

—Acércate y mírate en mis ojos, nena mía. Te lo contaré todo, todo. Ayer estuve en los encinares, cerca de la peña de Los Hermanitos, y allí...

Agueda se levantó sobresaltada. Había oído pasos, pasos recios, inconfundibles. ¿Tan pronto pudo pasar el tiempo? ¿Volvía ya del café su padre?

Corrió hasta la puerta del despacho. Los pasos seguían acercándose. No había duda, era él. Entonces, desolada, dijo a Pedro:

—¡Ya me lo contarás todo, ya me lo contarás todo!

Y huyó aceleradamente hacia el interior de la casa.

XLV

Transcurrieron dos días sin que Pedro hallase ocasión de hablar con Agueda. El *señó* Felipe, dada la proximidad de la boda de su hija, no iba al café por las tardes, pues todo el tiempo disponible lo dedicaba a los preparativos del fausto acontecimiento. ¡Vaya si marchan bien los negocios! Su misma boda con la *señá* Petra era ya casi un hecho; dependía del resultado de la de su hija, y la de su hija no podía presentarse con mejores auspicios. Agueda, al fin vencida por sus amenazas, resignábase con su suerte, y el *señó* Felipe tenía la certeza de que pasado algún tiempo su bonísima hija le agradecería que hubiese empleado con ella la violencia para que aceptase a Eufrasio. ¿Era por ventura un grano de anís aquel mozo rico, sano, rollizo y coloradote? La tonta de Agueda acabaría por querer a Eufrasio, como Tomasa a Desiderio. Durmiendo juntos se acababan todas las diferencias y todas las antipatías. Para el *señó* Felipe la mujer era antes que nada hembra. Sentimentalismos, amores platónicos, atracción hacia una persona determinada, todo eso, pamplinas y tonterías que podrían creer los bobos, pero no los hombres de pelo en pecho, acostumbrados a saber lo que era la vida. El aprendió mucho pasando de unas tierras

otras, y sabía que un duro tenía más valor que un sueño.

* * *

Desde la tarde que pasara Pedro con la bruja de la aldea había trazado su plan de defensa. Pensó ponerlo en práctica al día siguiente de su entrevista con Agueda, pero su carácter irresoluto lo detenía aún, temiendo las consecuencias que podría traer aquel acto de tanta gravedad. ¿Qué haría el *seño* Felipe? ¿Y Eufrasio? Tenía la certeza de que sería perseguido encarnizadamente por los dos. ¿Pero qué importaba, si de ello dependía la salvación de Agueda, que al fin habría de ser suya, aunque se opusiera el pueblo entero? El *seño* Felipe, al verse deshonrado públicamente, tendría que aceptarlo como yerno, único medio de borrar la mancha de la culpa. Y Pedro, entusiasmado, sintiéndose ahora fuerte y triunfador, pensaba en aquel plan maravilloso que destruía en un solo instante los cálculos de su futuro suegro. El *seño* Felipe acabaría por dar el consentimiento. Y el hijo del maestro, ya por el camino de la ilusión, pensaba que aquel hombre no era tan malo como parecía, y que al fin, entre las conveniencias y el interés, tendría que imponerse el amor de padre. No había que pensar más. Las resoluciones se tomaban así, de pronto, con valentía. Cada momento que pasaba era un minuto de felicidad perdida. Sí, aquella misma noche quedaría tendido *el rastrero*.

Lleno de optimismo, sonrió a su próxima dicha Comenzaba la rebeldía y el principio de la liberación,

ıeda hasta muy
·o podría burlar
por la *señá* Pe-
›‹e. Quedaban dos
›ábado estaba anun-
.ımano que detuviese
.·cimientos? Pedro no
ırma de verse libre de
estaban envueltos, pero
›rendió en su rostro una
era como una seguridad

ι por el cansancio, consiguió
ıeño agitado de alucinacio-
›ñó que marchaba del brazo de
·nda estrecha, rubia de sol, como
.ın muy despacio, teniendo mucho
·se de aquella veredita para no de-
ıto de estar bañados por aquel haz
cía en la misma puerta de su casa
infinito.

.ayo de sol convertido en lár
ı cota de acero que los hacía i

bles a toda clase de agresión. Agueda veía a las mozas y a los mozos del pueblo, encendidos en cólera, amenazándolos desde lejos, pero sin atreverse a entrar en la senda luminosa. Ellos reían al saberse defendidos por aquella coraza impalpable. Y se alejaban pisando la senda y sin salirse de ella. Su padre y Eufrasio disparaban las escopetas hacia la pareja culpable, pero los proyectiles, al llegar a la zona luminosa, desaparecían misteriosamente, como derretidos en aquel mágico fuego del rayo de sol, que nadie más que ella y Pedro podían resistir. Y así se alejaban con lentitud del pueblo y adentrábanse en los encinares de la sierra, oyendo como un susurro, casi desvanecidas por la distancia, las maldiciones de su padre y las blasfemias de los demás. Pero Agueda, todavía invadida por el miedo, sin advertirlo, puso un pie en la zona de la sombra. Pedro entonces lanzó un grito de angustia. No podían avanzar ya ni retroceder. Como si aquel pedazo de tierra estuviese cubierto de una espesa resina, el pie menudo de Agueda quedó adherido allí, formando una masa compacta con el suelo.

—Haz un esfuerzo, Agueda. ¡Que se acercan! ¡Que vienen en nuestra busca! ¡Huyamos, huyamos!

Imposible. El pie se iba clavando cada vez con más fuerza en la tierra, como si echara raíces profundísimas. Se acercaba la gente de la aldea al advertir que se habían detenido. Venían capitaneados por el *señó* Felipe y por Eufrasio. En un esfuerzo que hizo Pedro para arrancarla de allí, resbaló y medio cuerpo del amado quedó también fuera de la senda pro-

tectora. Se oyeron entonces alaridos de satisfacción:

—¡¡Venganza, venganza!!

Clamaban todos. Y como una manada de lobos avanzaban hacia la pareja indefensa, blandiendo estacas y hoces.

Se oyó un disparo. Pedro lanzó un grito de dolor. Ella, una exclamación de angustia...

Despertóse sobresaltada, latiéndole el corazón intensamente. Sentía un peso enorme sobre su pie derecho. Quiso mover la pierna y no lo consiguió. Ahora no estaba soñando. ¿Qué había ocurrido? Agueda irguió el busto y alzó la cabeza. La tranquilidad volvía a su espíritu. Se lo explicaba todo: la pesadilla mezclábase con una mínima parte de realidad. Gravitando sobre su pie había un hermoso cojín que servíale como adorno en su lecho de soltera.

XLVII

Tenía aquella mañana de mayo el perfume y la grata frescura de una rosa recién cortada. El *señó* Felipe, antes de levantarse Agueda, estaba ya en el despacho inspeccionando el trabajo hecho por su escribiente el día anterior. Cuando hallábase más enfrascado repasando una factura de jamones, sintió dos leves golpecitos en la puerta.

—Adelante quien sea, que aquí no nos comemos a nadie.

—Soy yo, *señó* Felipe.

Al oírse estas frases se abrió con lentitud la puerta del despacho y presentóse el hijo menor de la *señá* Petra, con la cabeza baja y con el sombrero encasquetado hasta las cejas.

El *señó* Felipe sonrió alegremente, y dirigiéndose a su futuro yerno invitóle a que descansara.

—Vamos a ver. ¿Qué te trae por la mi casa? ¿Le ocurre algo a tu madre?

—Gracias a Dios a nosotros no nos ocurre nada.

—Entonces toma asiento. Agueda todavía no se ha levantado; pero creo que no tardará.

—Por mí se puede quedar en la cama hasta el año

que viene—dijo Eufrasio, sin sentarse y recalcando las palabras.

—¿Qué dices?—repuso el *señó* Felipe, inquieto por el desprecio que parecía desprenderse de la respuesta del mozo.

—Digo, *señó* Felipe, que yo no he servido nunca de tapadera, y que lo que usted pretendía hacer conmigo no se hace con ningún cristiano.

Excitadísimo por la osadía del mozo, y sin comprender lo que significaban aquellas palabras, el *señó* Felipe contestó exasperado:

—Pero oye, ¿qué hablas ahí? ¿Estás loco, o has bebido más de la cuenta?

—Ni estoy loco ni estoy borracho. Y ya que se hace usted de nuevas y no quiere ver lo que salta a la vista, salga a la calle y dese usted un paseíto hasta la casa de su escribiente Pedro. Yo sólo vengo a decirle que no ha obrado usted cristianamente conmigo queriéndome hacer cargar con el mochuelo. Ni yo me caso con la Agueda ni me casaré nunca con una mujer que se le parezca en las acciones. Esto era lo que tenía que decirle. Y ahora adiós, *señó* Felipe. Siento de verdad lo que ha ocurrido, porque yo estaba muy encaprichado con la moza. La tenía ley, ¿a qué negarlo?

El *señó* Felipe, al terminar de hablar el hijo de la *tía* Petra, mostraba en el rostro, curtido por los años y el sol, esa lividez extraña que produce la ira en los temperamentos sanguíneos. Erguido en medio de la habitación, no sabía si avanzar, retroceder o arrojarse como una pantera sobre Eufrasio y deshacerlo

contra su pecho de bronce. De improviso, cuando se disponía a detener al desvergonzado mozo para que le explicase toda la verdad, de grado o por fuerza, vinieron de la calle, culebreando en el aire y estallando como latigazos, voces de hombres, de mujeres y de niños, que repetían sin cesar, asombrados ante el insólito acontecimiento:

—¡¡Hay rastrero!!

—¡¡Hay rastrero!!

El *señó* Felipe lanzó una blasfemia rotunda, enérgica, terrible, rechazó a Eufrasio ciegamente, y corriendo hacia la ventana, miró a la calle. Sintió que toda su sangre se le helaba en las venas. Del mismo portal de su casa surgía la senda acusadora y misteriosa.

Entonces pareció haber recuperado el dominio de sus nervios. Secamente ordenó a Eufrasio:

—¡Vete!, necesito estar solo.

—Yo, *señó* Felipe, siento...—repuso el hijo de la *señá* Petra con humildad.

—Te perdono todo lo que has pensado de mí; pero, ¡vete, vete!

Fueron tan inflexibles y autoritarias estas frases, que el mozo obedeció sin protesta.

El *señó* Felipe, una vez que se alejó Eufrasio, cerró por dentro la puerta de su casa, y con lentitud, pasándose la mano por el rostro, que ahora le ardía, dirigióse a la alcoba de Agueda.

A cada instante los latidos de su corazón se hacían más intensos. Una duda terrible cruzó por su cerebro y le hizo apretar el paso. ¿Estaría allí su hija? ¿S

habría escapado con aquel bandido? Sólo de pensarlo se le crispaban las manos, en un deseo febril de apretar entre sus dedos como tenazas la garganta morena y mórbida de la hija maldita y las cuerdas del cuello de aquel infame burlador de su honra.

La puerta del dormitorio de Agueda la halló entornada. Como un vendaval se introdujo el *señó* Felipe en la habitación. Lanzó un grito de alegría, feroz, salvaje, repulsivo. Agueda, que tranquilamente se arreglaba los rizos de su cabellera ante el espejo, volvióse, sorprendida y atemorizada hacia el *señó* Felipe, que seguía avanzando, ya descompuesto por la ira.

—¡Padre, padre! ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene? Me da usted miedo—gritó más bien que dijo Agueda, huyendo hacia un rincón de la alcoba y tapándose los ojos con las manos para no ver aquella mirada taladrante y estremecedora.

—No huyas; si te he de hacer pedazos entre las mis manos, si no te valdrá esconderte ni en el centro de la tierra, porque allí iré por ti para picarte el corazón como a una hiena. Pero antes me lo has de explicar todo, me has de decir desde cuándo te has estado burlando de mí, ¡infame!

—¡Padre, padre!—exclamó Agueda, invadida de un terror indescriptible, temblando toda como una epiléptica, ante aquellas amenazas de muerte—Yo no he hecho nada malo, se lo aseguro. ¿Quiere usted que se lo jure por el recuerdo santo de mi madre? Diga usted, padre, diga usted.

El *señó* Felipe lanzó una carcajada que sumió a la

moza en un terror aún más intenso; después dió un salto de felino, derribó una mesa, que se aplastó contra la pared, haciéndose trizas como si fuera de cristal, y cogiendo a su hija por los cabellos, la arrastró como a un trapo, como a una cosa inerte, hacia la ventana. Allí, con sus manos rudas, cogió aquella belísima cabeza de Magdalena aún virgen, no manchada por el cieno del pecado, y casi la embutió entre los hierros de la ventana, mientras le decía, mordiendo las palabras con el furor de un loco:

—¡Mira, y muérete de vergüenza! ¡Mala hija, mala hija! ¡Niega ahora tu pecado! ¡Zorra, más que zorra!

—*¡El rastrero, el rastrero!*—musitó Agueda, como en un suspiro, dándose cuenta, al fin, de toda la tragedia.

—¡Sí, *el rastrero!* La vergüenza sobre la mi casa, y todos mis planes echados por tierra, perdidos por el engaño de una mala hija. ¡Sí, *el rastrero!,* míralo cómo huye hacia la casa de ese criminal, que he de ahogarlo entre mis brazos como te ahogaré a ti.

—¡Cálmese, por Dios, yo le explicaré! Yo soy buena. Tenga piedad de Pedro. Ni él ni yo le hemos faltado. Había que evitar el casamiento con Eufrasio de alguna forma. No había otro medio, porque usted me obligaba a casarme con él. Pedro, enloquecido, habrá hecho eso. Perdónele y perdóneme a mí, padre.

—¡Jamás, jamás! ¿Lo oyes bien? De mí no se ha reído nunca nadie. Mi voluntad es soberana. Me habéis engañado, y pagaréis el engaño. Eufrasio no puede casarse contigo, pero te juro que te vas a acordar para toda la vida de este día.

—¡Perdón, padre; perdón!

Agueda, arrastrándose por el suelo, con los cabellos negros flotando en torno del rostro dolorido, se abrazó a sus piernas.

—¡Quita, víbora!

Y el *señó* Felipe, nuevamente invadido de un súbito furor, arrojóla de una tremenda patada contra los barrotes del lecho. La cabeza de Agueda chocó allí con un cuerpo duro. La pobre moza quedó exánime, como muerta.

XLVIII

Rechinando los dientes de rabia salió de la alcoba de su hija el *señó* Felipe. Luego siguió por el pasillo con dirección a las dependencias de la casa. Briosamente llamó:

—¡¡Eustaquio, Eustaquio!!

De la cuadra vino un mozallón fuerte, rubio, con pecho de Hércules y piernas cortas y macizas.

—Llégate al Ayuntamiento, y di al alguacil que venga en seguida.

—Está bien, mi amo.

Momentos después se presentaba Lucio, acompañado de Eustaquio.

—Es necesario saber—dijo el *señó* Felipe fríamente—dónde está Pedro. No quiero averiguar más que el sitio dónde se ha ocultado. ¿Me entiendes? No lo detengas ni le hagas el menor daño. Lo único que quiero saber es dónde está, ¿me entiendes?—repitió el *señó* Felipe, pronunciando las frases de tal forma que parecían hojas de acero cortando el aire en torno suyo.

Cuando se marchó el alguacil a cumplimentar su orden, el antiguo buhonero mandó llamar a Nicomedes. Al desaparecer el criado, hubo en el rostro del

padre de Agueda una sonrisa odiosa. Trasladóse al comedor, la pieza más apartada de la vivienda, acarició el puño de una pistola que llevaba en el bolsillo, y serenamente esperó la llegada del veterinario.

No tardó mucho en presentarse Nicomedes.

—Me han dicho que quería usted hablar conmigo, señor Felipe, y aquí me tiene para lo que pueda servirle. Me he enterado también de su desgracia, y lo siento de veras, créame.

—Amigo Nicomedes—replicó el *señó* Felipe, entrando de lleno en la cuestión y revestido de una fría y desconcertante serenidad. No estamos ahora para sentir, sino para obrar. Te he llamado porque me haces falta, porque eres el único hombre del pueblo que puede servirme; es decir, que estás obligado a servirme.

—No entiendo una palabra, señor Felipe—exclamó el otro, mirándolo con fijeza.

—Me explicaré mejor. Nosotros no podemos ser más que amigos, pero amigos verdaderos. Desde hoy nuestra amistad será más estrecha, se hará más íntima.

Y el *señó* Felipe agregó en voz baja, pero llena de autoridad, rechazando la réplica:

—Yo quiero, óyelo bien, yo necesito que *suprimas* a Pedro del mismo modo que a tu tío Sinibaldo.

Bruscamente levantóse de su asiento Nicomedes y con gran indignación repuso:

—Hemos concluído. De esas palabras responderá usted ante los Tribunales de justicia.

Aun más sereno, contestó el *señó* Felipe:

—No te exaltes, Nicomedes. Las buenas palabras y el querer mal no se les niega a nadie. Puedes comprender que cuando me he atrevido a llamarte para solicitar tu ayuda es porque tengo la seguridad de que has de servirme, o a menos que quieras acabar tus días en un presidio o en *garrote*. Yo soy dueño de un secreto tuyo. No es mi intención perjudicarte, sino que ese secreto me sirva de algo. Hasta ahora callé, porque no me interesaba, y hubiera seguido callando toda la vida; pero como te necesito, quiero cobrarme. De algo ha de valerme un secreto de tanta importancia. Puedo demostrar quién fué el asesino de tu tí Sinibaldo. Tengo pruebas. Y te advierto que no podrás sacar el cofrecillo de donde lo tienes enterrado porque desde este momento Eustaquio vigilará el corral de tu casa y me avisará en cuanto pretendas desenterrarlo. Sé que el dinero lo pusiste en un Banco; pero quedó allí, bajo la tierra, la prueba de tu crimen. Piensa en todo esto y comprenderás que te conviene ser mi aliado. Además que así no podrás temer nunca que yo te descubra. Nos guardaremos mutuamente.

Vencido, aniquilado por la lógica aplastante del *señó* Felipe, con la cabeza baja y en silencio, Nicomedes estudiaba la respuesta. Era inútil fingir. Con el antiguo buhonero no valían subterfugios. Para salvarse, para no caer en las sombrías paredes de un presidio, era necesario entregarse en cuerpo y alma al *señó* Felipe. Además tenía razón el viejo zorro. En lo sucesivo viviría sin temores. Unidos por la culpa, se guardarían mutuamente.

El rostro del veterinario fué recuperando la tranquilidad a medida que se iba haciendo estas reflexiones. Levantó entonces la cabeza, brillaron sus ojos metálicamente y repuso:

—Bueno, señor Felipe; puesto que me ha cogido usted la vez, dígame qué quiere de mí.

El antiguo buhonero sonrió triunfador. Los ojos verdosos relampaguearon sobre la nariz de finos cartílagos, esa nariz de campesino castellano algo curvada, que parece iluminar el rostro con un resplandor de dominio y de fiereza. El *señó* Felipe, en la semipenumbra del comedorcito, era como si estuviese tallado en bronce. La hoguera de ira encendida en su pecho relucía en su mirada. Una mirada penetrante y ardiente, como un punzón puesto a la lumbre. En su boca, de labios finos y levemente arqueados, parecía esconderse toda la tragedia que de un momento a otro iba a desarrollarse.

—Ya que te has puesto en razón, óyeme, Nicomedes. Yo no quiero comprometerte. Necesito tu ayuda, eso es todo. Nadie en el pueblo me serviría mejor. Tú eres hombre de recursos. Pedro ha de morir, si puede ser hoy, mejor que mañana; pero esta muerte ha de prepararse de tal forma, que parezca un suicidio. ¿Me comprendes?—añadió el *señó* Felipe, plegando aún más las comisuras de sus labios.

—Comprendo.

—Ese bandido no estará en su casa, se habrá ido al monte, tal vez cerca de la peña de Los Hermanitos, adonde él suele ir los domingos. En fin, eso ya nos lo dirán. He mandado a Lucio para que averigüe dón-

de se encuentra. Una vez que lo sepamos, irás tú solo. Como él habrá huído temiendo mi venganza, le dirás que lo perdono y que puede volver al pueblo. Viéndote a ti solo no sospechará nada; tú has sido, además, gran amigo de su padre; te hará caso, no lo dudes... Háblale allí, en la sierra, largamente, hasta que el sol se ponga; entonces, aprovechas un descuido y le echas un lazo corredizo como aquel que le echaste a tu tío Sinibaldo. Después lo cuelgas de la rama de una encina.

—¡Pero señor Felipe!

—No admito réplicas. Eso ha de hacerse, ¿lo oyes? Ha de hacerse, o de lo contrario...

—Basta, basta ya; señor Felipe: será usted obedecido; pero Dios quiera que no se arrepienta usted nunca de este acto. Pedro podía casarse con su hija.

Sonrió irónicamente el *señó* Felipe, y repuso:

—Eso quisiera ese pobretón, que yo le diera mi hija para comerse el dinero, ¿sabes? Mi dinero, ese capital que he podido reunir con tanto esfuerzo. ¡Oh, no! Un advenedizo, un castellano muerto de hambre que ha vivido hasta ahora de la caridad mía, ¿disponer a su antojo de mi hija y de su dote? Tú no me conoces, Nicomedes. ¡Jamás! ¡Jamás! Tengo la seguridad de que ella es inocente, que todo ha sido una burla infame para que se me obligara a casarla con ese ladrón. Pero la mancha del rastrero no se borra. El pueblo cree que mi hija está deshonrada. No importa. Me la llevaré lejos de aquí, después de tomar venganza de ese canalla, que ha que-

rido robarme, no la honra, sino mi dinero, mi dinero.

El *señó* Felipe se exaltaba al nombrar su dinero, ese dinero prodigioso que nadie podía tocar sin su consentimiento; ese dinero que en la cuenta de caja de su libro mayor tenía como primera entrada el producto del robo al muletero de Béjar. ¡Qué ira la del ladrón al sentirse también robado! ¿Robarle su dinero? Si esto era inaudito, y merecía aquel granuja, no sólo que le colgaran de una encina, sino otro suplicio y una muerte más lenta y más cruel.

Los dos hombres quedaron unos momentos silenciosos. Todo, todo estaba acordado. ¿A qué hablar más?

Nicomedes se levantó, y tendióle una de sus manos al *señó* Felipe, que la estrechó con fuerza.

—¿Somos amigos, señor Felipe?—le preguntó Nicomedes sin temblarle la voz.

—¡Amigos hasta la muerte, Nicomedes!

—Entonces confíe en mí. Hoy, si es posible, quedará arreglado el asunto.

—Que Dios te oiga.

—Querrá usted decir el diablo—repuso imperturbable el asesino del avaro.

XLIX

—¡Padre, padre! ¡Pero cómo ha sido eso, cómo es posible que Agueda nos estuviese engañando á todos?

Era Tomasa, que había venido a casa de su padre para acompañarlo en aquellos momentos de prueba.

La *señá* Petra y Desiderio no aparecieron por allí, pues, a pesar de todo, creían que el *señó* Felipe estaba enterado desde mucho antes de aquellos amores culpables y que los ocultó porque le convenía casar a Agueda con Eufrasio. Así se lo dijo Tomasa, sin darse cuenta de que avivaba el fuego de su ira.

—Eso es una infamia; la *señá* Petra me conoce lo bastante para no pensar de mí tal ruindad.

—Lo he defendido, padre. Pero dicen que no comprenden cómo siendo usted un hombre tan listo no hubiera notado nada.

—¿Y quién se iba a imaginar que una hija mía fuese tan bruta que se fijara en un escribientillo que no tiene donde caerse muerto?

—¿Y Agueda?

—Ahí, en su alcoba. Pero no entres. No quiero que hable con nadie.

—¿Y qué piensa usted hacer, padre?

—Aun no lo sé. No tengo la cabeza en disposición de pensar nada. Déjame, Tomasa. Vuelve con tu marido. Y di a la *señá* Petra que está equivocada. Nada supe hasta que llegó Eufrasio. ¡Ahora vete, Tomasa, vete, quiero estar solo!

Temblando de emoción abrazó a su padre. Unos momentos quedaron las cabezas unidas. Después, el *señó* Felipe rechazó con dulzura las caricias de la hija buena y obediente, y la obligó a marchar.

—¿No me deja usted ver a Agueda, padre?—insistió aún Tomasa desde la puerta.

—No. He dicho que no.

Y ahora el *señó* Felipe lo dijo con tal rudeza, que Tomasa no se atrevió a replicar y se hundió en la calle soleada, llevándose el pañuelo a los ojos, ya cuajados de lágrimas.

* * *

—¿Da usía su permiso, señor alcalde?

Era Lucio, que venía a dar parte de sus gestiones y pedía permiso para entrar, estando ya dentro de la habitación.

—¿Qué? ¿Has averiguado por dónde anda el pájaro?—le preguntó el *señó* Felipe secamente.

—Sí, señor. Salió del pueblo antes del alba y está refugiado en la choza de la bruja. Si quiere usted que lo saquemos de allí a palos, no hay más que decirlo, y hecho. No olvide que usted cuenta conmigo

para todo—añadió el alguacil con un matiz de voz que causaba frío y repugnancia.

—Ya lo sé, chacho, ya lo sé. Pero no es necesario acudir a esos extremos. Dejadlo en la choza, que ya él vendrá a pedirme perdón, si tiene vergüenza.

—Poca tendrá, señor alcalde, cuando tanto le debe a usía y le paga con esa moneda.

—Déjale, que para él hace. Retira de aquel terreno a la gente. Ya no hace falta que vigilen—repuso el *señó* Felipe con mucha calma.

—¿De modo que no quiere usted nada?

El alguacil hacía una mezcla caprichosa de los dos tratamientos.

—No, hombre, no; ve con Dios y deja las cosas correr, que hay más días que longanizas.

—Tiene usía razón. Además que en este mundo las malas acciones se pagan tarde o temprano; pero se pagan, vaya si se pagan. ¿Quiere usted que avise al señor juez?

Ahora el *señó* Felipe le interrumpió más rudamente.

—Márchate, y no hagas nada hasta que yo te avise.

—Bueno, bueno: haré lo que usía me ordena.

Y Lucio se encasquetó la gorra y salió de allí rascándose el colodrillo y echándose al hombro una escopeta de dos cañones que usaba cuando iba de correrías por la sierra.

* * *

Momentos después entraba Nicomedes.

—¿Se sabe ya dónde está el mozo?—preguntó fríamente.

—En la choza de la bruja. He mandado retirar a toda mi gente de aquellos contornos. Sólo tienes que guardarte de la vieja. Procura llevar a Pedro lejos de allí. De tu maestría en arreglar este asunto depende de que ni tú ni yo vayamos a presidio. Asegura el lazo. Pedro es pequeño y débil. Con seguridad que te costaría más trabajo vencer al otro. Procura que la cosa quede terminada hoy, pues suprimiendo a ese granuja en seguida, tal vez con el tiempo conseguiría que Eufrasio se casara con Agueda. Ya sabes que está muy extendida la creencia de que cuando lo que pregona el rastrero no es verdad muere el burlador ficticio antes de las cuarenta y ocho horas.

—Eso no lo podrá conseguir usted nunca, señor Felipe. Ni lo intente siquiera. Agueda desconfiaría de usted, y no creería nunca en el suicidio de Pedro.

—Eso ya lo veríamos, Nicomedes. Y ahora, no te detengas. Hay que terminar pronto.

—Las miradas de aquellos hombres se cruzaron en el aire como dos espadas. Ninguno bajó la vista. Pero después el veterinario saltó el muro de adobe por detrás de la casa del *señó* Felipe, y se internó en los encinares.

El padre de Agueda volvió al comedor y tranquilamente se puso a fumar un cigarrillo.

Empezaba a oscurecer. La estancia se sumió en tinieblas. El señó Felipe continuaba recostado en su gran sillón de anea, fumando sin descanso, como si aquellos cigarrillos de tabaco fuerte tuvieran la virtud de calmar sus nervios. Ni un vaso de leche había tomado durante el día. El *señó* Felipe alimentábase de su ira.

¡Con qué impaciencia esperaba el antiguo buhonero la vuelta de Nicomedes! ¿Se frustraría su plan? No. Confiaba en la habilidad del veterinario, en su fuerza y en sus precauciones de hombre avezado a los peligros. ¿Qué podría temer Nicomedes ante aquel muchachito imberbe que no había educado sus músculos ni en la *barra* ni en la *calva* y que desde pequeño sólo sabía esgrimir la pluma, una pluma con un mango que no fuese muy pesado ni muy grueso, porque también se le escapaba de entre los dedos. Sí. Nicomedes realizaría el plan tan ingeniosamente trazado. Y quién sabe si aun podría tener remedio lo que parecía no tenerlo. No era difícil que al descubrirse el cuerpo de Pedro colgado de una encina antes de las cuarenta y ocho horas la gente supersticiosa creyera que Agueda estaba limpia de culpa, y

entonces, con habilidad y deshecho el estorbo, podría intentarse el casamiento de su hija con Eufrasio, y más tarde el suyo con la *señá* Petra. Volvía el optimismo al alma negra del *señó* Felipe. De pronto pensó en Agueda. Y ella, ¿cómo recibiría la noticia de la muerte de Pedro? Y el antiguo buhonero tuvo un momento de angustia.

Se le ocultaría la muerte. Se le diría que había huído, temiendo al furor de todo el pueblo. Así Agueda terminaría por olvidarlo en justa correspondencia a su indigno proceder. Sí. Lo imprescindible era que Nicomedes no marrase el golpe.

El *señó* Felipe, sin preocuparse de su hija, que seguía encerrada sin tomar alimento alguno, se levantó y dirigióse al despacho. Allí se asomó a la ventana. La calle en cuesta, de casas torcidas y negras, se iba hundiendo en la penumbra del crepúsculo; el cielo se amorataba como las carnes de un niño combatidas por el frío. De vez en cuando fulgía una estrella, una estrella blanca y luminosa, en cuyo centro creía ver el *señó* Felipe que encendíase una chispa rojiza. Miró entonces a la calle, a la calle gris, de tierra compacta, moteada de hierbas por los sitios donde el paso no era muy frecuente, y vió, sintiendo una gran alegría, como un anuncio de próximas felicidades, que el rastrero no existía ya. La paja menudita y amarilla como el oro, como el oro maldito causa de tantos crímenes en Castilla la noble, había sido arrastrada por el viento de la sierra.

LI

Era ya noche completa. El *señó* Felipe había vuelto a hundirse en el sillón de anea. A medida que pasaba el tiempo crecía su inquietud. ¿Qué habría ocurrido? ¿Por qué no volvería Nicomedes? Sintió el temor de los cobardes y de los criminales. ¿Llegaría a descubrirse todo? ¿Traerían preso a Nicomedes en vez de conducir muerto al otro?

De la torre de la iglesia cayeron sobre el pueblo, en paz, nueve campanadas, que sonaron en los oídos del *señó* Felipe lúgubremente. ¿Dónde estaba el valor de su juventud? ¿Y la serenidad ante el peligro? ¡Pues no temblaba como un viejo achacoso! El *señó* Felipe jugábase a esta carta su bienestar y toda su fortuna. Por eso sentía miedo, un miedo que le iba invadiendo poco a poco.

De repente llegó a sus oídos, afinados por su misma nerviosidad, un golpe misterioso. Respiró ansiosamente. ¡Al fin! En silencio, como un ladrón en su misma casa, andando de puntillas, avanzó por el corredor y, descorriendo el cerrojo, abrió la puerta de escape. Con tal violencia se introdujo Nicomedes, que el *señó* Felipe tuvo que apoyarse en la pared para

no ser derribado. En silencio siguieron hasta el comedorcito. Allí podían hablar con toda calma.

El *señó* Felipe se fijó en el rostro de su vecino. Estaba imperturbable, sereno, como al siguiente día del asesinato del avaro. ¡Qué hombre! ¡Qué dominio sobre sí mismo! ¡Qué aplomo ante el destino! El antiguo buhonero no tuvo ni que preguntarle: en sus ojos traía encendida la chispa del triunfo.

—Está usted servido, señor Felipe—exclamó al entrar.

—¿No te ha visto nadie?

—Ni un alma.

—¿Y la bruja?

—No estaba en la choza. Marchó a una aldea cercana para asistir a un enfermo.

—¿Dónde, dónde pudiste darle caza?

—A la puerta de la misma choza. Le hice reflexiones y le dije que debía volver al pueblo para responder de su granujada. Le aseguré que usted lo perdonaría si se casaba con la moza. Entonces se echó en mis brazos, y de alegría comenzó a llorar: "Señor Nicomedes, si eso es lo que yo busco, no por su dinero, que desde este instante renuncio a él, sino por ella, por Agueda, que la quiero más que a mi vida, que por su amor me dejaría matar. Me arrepiento de lo que he hecho; pero todo ha sido por no perderla, por impedir que se casara con Eufrasio. Yo puse el rastrero. Ella es tan pura como la Virgen de nuestra iglesia. Jamás la he ofendido. ¡Cómo iba a ofenderla si quería que fuese mi compañera ante Dios

y ante los hombres! ¿De modo que el señor Felipe acepta? ¡Oh, cuánto le debo!

—¡Bandido!—fué toda la respuesta del *señó* Felipe.

Nicomedes continuó, sin hacer caso de la exclamación del padre de Agueda:

—Me dió lástima, créame, señor Felipe. Me pareció aquella criatura tan ingenua, tan poco maliciosa, tan infantil, que tuve necesidad de hacer un gran esfuerzo para echarle el lazo corredizo.

—¿Y dónde, dónde lo has dejado?—replicó el *señó* Felipe, atento únicamente al acto odioso.

—A unos siete kilómetros del pueblo. En la falda del encinar, cerca de la peña de Los Hermanitos. El pobre no sufrió nada. Iba delante de mí, y en un paso algo difícil le dije que tuviese cuidado. Inclinó la cabeza para no tropezar con el ramaje de una encina, y entonces le arrojé el lazo. Ni un grito siquiera. Yo no he visto nunca un cuello tan blando: si me descuido y aprieto un poco más, queda lo mismo que un saco cuando se ata por la boca con una cuerda.

—¡Calla, Nicomedes, calla!—repuso el *señó* Felipe sordamente, como si las frases del veterinario le rebotaran en el cerebro como guijarros de afiladas puntas—. ¿De modo que no te ha visto nadie?—insistió el *señó* Felipe, aun no desvanecidos sus temores.

—Nadie me ha visto. Y ahora me parece que estamos en paz. ¿No es cierto?

—Así es, Nicomedes. Además te quedo agradecido.

—Un favor solicito yo de usted.

—Habla; siempre que esté en mi mano, concedido.

—Quiero únicamente que me deje usted desenterrar el cofrecito esta misma noche.

El *señó* Felipe sonrió de un modo singular, y repuso:

—No te preocupes hoy del cofrecito. Mañana podrás sacarlo y hacerlo desaparecer. Yo mantengo mi palabra, y nunca me vuelvo atrás de lo que ofrezco; pero es mejor esperar a mañana, a mañana que sabremos el resultado de todo lo que ha ocurrido esta noche.

Y el *señó* Felipe despidió a Nicomedes, dándole un golpecito amistoso en las espaldas y lanzándole otra sonrisa indefinible, en la que se advertía la desconfianza y la malignidad.

El *señó* Felipe no durmió aquella noche: se quedó vigilando el solar de su vecino y cómplice.

LII

A la mañana siguiente, muy temprano, volvió a llamar al alguacil.

—¿No está Pedro en su casa todavía?—le preguntó el *señó* Felipe, muy sereno.

—No, señor.

—Entonces es necesario buscarlo y traerlo aquí en seguida, aunque sea a rastras.

—Me parece que he esperado bastante. Ahora me convenzo de que ha obrado de mala fe. Pero ese bandido me pagará la granujada. Id todos en su busca y hasta conviene que aviséis a la Guardia civil, por si acaso se resiste.

—¿Desea algo más, señor alcalde?

—Después de lo que te he dicho nada.

En cuanto se marchó Lucio, el *señó* Felipe dirigióse a la alcoba de su hija. Quedaba la parte más peliaguda del asunto.

Al entrar vió a Agueda tirada sobre el lecho, vestida aún como la víspera, con el pelo revuelto y los ojos negros y tristes hinchados por el llanto. En la mejilla izquierda tenía un cardenal amoratado, casi negro, y varias equimosis en las sienes y en la frente. El *señó* Felipe recordó que estas señales se las causó

él mismo al arrojarla de su lado cuando ella se arrastraba por el suelo pidiéndole perdón.

El *señó* Felipe sentóse tranquilamente en una silla, y empezó así:

—Vengo a traerte la paz o la guerra: depende de lo que tú determines. Ese canalla de Pedro, en vez de responder de sus actos como un hombre, ha huído, se ha escapado con más miedo que una mona, dejándote a ti toda la responsabilidad. Como aún yo no desisto de que te cases con Eufrasio, correré la voz por el pueblo de que ese Judas ha muerto antes de las cuarenta y ocho horas de haberse notado el rastrero. Como alcalde puedo simular con un parte falso esta muerte. Tú dirás a todo el mundo que nunca has querido a Pedro y que jamás te entregaste a él. ¿Lo oyes? Y has de decir, además, que la sendita de paja fué obra de ese canalla para hacerse dueño de nuestro dinero.

En los ojos de Agueda hubo entonces un terror indescriptible. Miró al padre cruel con tanta fijeza, que el hombre rudo y calmoso de la serranía sintió que aquella mirada le taladraba el cerebro y hundíase en su conciencia. ¿En aquella mirada de suprema amargura y de indecible espanto ocultábase esa fuerza misteriosa del adivino?

Siguieron unos instantes de silencio, que al *señó* Felipe le parecieron siglos. De repente, Agueda, con esas energías que presta la desesperación, repuso con una firmeza impropia de sus años y de su carácter apocado:

—¡Jamás me casaré con Eufrasio, óigalo usted

bien, padre, jamás! Diré a todo el mundo que he sido de Pedro. Y así lo salvaré, porque usted lo que quiere es matármelo; matármelo, sí, lo conozco en sus ojos, en su manera de hablarme, en todo, en todo, y no será, no. ¡Padre, padre, tenga usted compasión de nosotros, que no hemos cometido otro pecado que querernos mucho, mucho, sin faltarle a usted, sin burlarnos de nadie!

Y Agueda, desolada, volvió a arrastrarse por el suelo y a pedir perdón de rodillas.

—Déjame, si no quieres que vuelva a hacer contigo lo de ayer. No quiero oírte. Volveré dentro de un rato, y ¡ay de ti! si no cambias de pensamiento.

Y echando fuego por los ojos salió de la alcoba de su hija.

LIII

Una hora después Lucio entraba meditabundo en la vivienda del alcalde.

—¿Qué ocurre? Habla pronto—dijo el *señó* Felipe, esperando con impaciencia las explicaciones del alguacil.

—Nada, usía, que esa mala persona se ha ahorcado de miedo. Cerca de la peña de Los Hermanitos lo hemos visto colgando de una encina y con el rostro que parecía mismamente un higo maduro. ¡Jesús, qué negro estaba y qué brillo tenía en la piel! Si era como un trozo de canto de los pizarrales. Escalofríos entraban de verlo, *señó* alcalde, y eso que estamos en primavera. Pero un hombre visto así impone mucho. Ya tiene la encina esa una historia. ¡Cualquiera se pone a comer el hornazo bajo su sombra!

—¿Y cómo sabes tú que se ha ahorcado él mismo? ¿No podría ser una venganza?—preguntó muy tranquilo el *señó* Felipe.

—Aquí nadie le quería mal. Usted, *señó* alcalde, por lo que me dijo ayer, tampoco deseaba hacerle ningún daño. Además, el lazo es de nudo corredizo, como el que suelen hacerse los suicidas. Y allí, por

más que hemos buscado, no se ven señales de lucha.

—¿Has avisado al juez?

—No, *usía.*

—Pues anda, avísale, para que levanten el cadáver—ordenó el *señó* Felipe, mientras pasábase un pañuelo por la frente, bañada en sudor.

* * *

Ocultando el estercolero podrido de su alma, con la máscara de la serenidad y de la nobleza, volvió a entrar el *señó* Felipe en la alcoba de su hija.

—¿Qué has resuelto?—preguntó con la voz clara y firme del dueño, del hombre acostumbrado a ser obedecido por todos.

Pero en aquellos momentos de prueba surgió en Agueda la hija del chacal castellano, y repuso, rebelándose al fin:

—¡Máteme usted, haga de mí lo que quiera; pero jamás diré que no he sido de Pedro! ¡Sé que obrando así lo salvo, que de esta forma no lo asesinarán!

Y clavó la mirada en su padre, como queriendo penetrar en sus más recónditos pensamientos.

El *señó* Felipe lanzó una carcajada, una carcajada de rabia, de rencor, de venganza satisfecha. ¡Ah! ¿Se atrevía aquella mocosa a discutir sus órdenes? Ya se arrepentiría de ponerse enfrente de su padre.

Y entonces avanzó hacia ella, y cogiéndola por un brazo, que oprimió con fuerza, y brillándole en

la mirada un fulgor siniestro, el *señó* Felipe rugió más bien que dijo:

—¡Pedro, tu Pedro, se acaba de ahorcar de una encina por miedo de morir a mis manos!

Agueda abrió los ojos desmesuradamente, como una loca, dió un grito terrible y cayó al suelo, donde quedó inmóvil con los brazos abiertos, rígida, los labios exangües y el rostro de marfil, como una santa del Cristanismo después de haber sido martirizada por los enemigos de su religión.

El *señó* Felipe, muy sereno y con la tranquilidad que presta el deber cumplido, repetía, sin saber que su hija no tenía ya alientos para escucharlo:

—Se acabaron las contemplaciones. Puesto que así lo quieres, mañana te mandaré al convento de Alba de Tormes. Reniego de ti. ¡A mi lado no quiero que crezca la mala hierba!

FIN

Madrid, 10 mayo 1921.
Salamanca, 8 julio 1921.

